

# **Gabriel García Márquez**

29 notas de prensa

4 Discursos

1 Entrevista

1 Reportaje

1982-1999

Compilación dedicada a periodistas, comunicadores sociales, escritores y a todo aquel que lucha por escribir.

(Sabemos que ésta siempre fue la voluntad del Gabo)

# El mejor oficio del mundo

A una universidad colombiana se le preguntó cuáles son las pruebas de aptitud y vocación que se hacen a quienes desean estudiar periodismo, y la respuesta fue terminante: "Los periodistas no son artistas". Estas reflexiones, por el contrario, se fundan precisamente en la certidumbre de que el periodismo escrito es un género literario. Hace unos cincuenta años no estaban de moda escuelas de periodismo. Se aprendía en las salas de redacción, en los talleres de imprenta, en el cafetín de enfrente, en las parrandas de los viernes. Todo el periódico era una fábrica que formaba e informaba sin equívocos, y generaba opinión dentro de un ambiente de participación que mantenía la moral en su puesto. Pues los periodistas andábamos siempre juntos, hacíamos vida común, y éramos tan fanáticos del oficio que no hablábamos de nada distinto que del oficio mismo. El trabajo llevaba consigo una amistad de grupo que inclusive dejaba poco margen para la vida privada. No existían las juntas de redacción institucionales, pero a las cinco de la tarde, sin convocatoria oficial, todo el personal de planta hacía una pausa de respiro en las tensiones del día y confluía a tomar el café en cualquier lugar de la redacción.

Era una tertulia abierta donde se discutían en caliente los temas de cada sección y se le daban los toques finales a la edición de mañana. Los que no aprendían en aquellas cátedras ambulatorias y apasionadas de veinticuatro horas diarias, o los que se aburrían de tanto hablar de lo mismo, era porque querían o creían ser periodistas pero en realidad no lo eran.

El periódico cabía entonces en tres grandes secciones: noticias, crónicas y reportajes, y notas editoriales. La sección más delicada y de gran prestigio era la editorial. El cargo más desvalido era el de reportero, que tenía al mismo tiempo la connotación de aprendiz y carga ladrillos. El tiempo y el mismo oficio han demostrado que el sistema nervioso del periodismo circula en realidad en sentido contrario. Doy fe: a los diecinueve años -siendo el peor estudiante de derecho- empecé mi carrera como redactor de notas editoriales, y fui subiendo poco a poco y con mucho trabajo por las escaleras de las diferentes secciones, hasta el máximo nivel de reportero raso.

La misma práctica del oficio imponía la necesidad de formarse una base cultural, y el mismo ambiente de trabajo se encargaba de fomentarla. La lectura era una adicción laboral. Los autodidactas suelen ser ávidos y rápidos, y los de aquellos tiempos lo fuimos de sobra para seguir abriéndole paso en la vida al mejor oficio del mundo -como nosotros mismos lo llamábamos.- Alberto Lleras Camargo, que fue periodista siempre y dos veces presidente de Colombia, no era siquiera bachiller.

La creación posterior de las escuelas de periodismo fue una reacción escolástica contra el hecho cumplido de que el oficio carecía de respaldo académico. Ahora ya no son sólo para la prensa escrita sino para todos los medios inventados y por inventar. Pero en su expansión se llevaron de calle hasta el nombre humilde que tuvo el oficio desde sus orígenes en el siglo XV, y ahora no se llama periodismo sino Ciencias de la Comunicación o Comunicación Social. El resultado, en general, no es alentador. Los muchachos que salen ilusionados de las academias, con la vida por delante, parecen desvinculados de la realidad

y de sus problemas vitales, y prima un afán de protagonismo sobre la vocación y las aptitudes congénitas. Y en especial sobre las dos condiciones más importantes: la creatividad y la práctica.

La mayoría de los graduados llegan con deficiencias flagrantes, tienen graves problemas de gramática y ortografía, y dificultades para una comprensión reflexiva de textos. Algunos se precian de que pueden leer al revés un documento secreto sobre el escritorio de un ministro, de grabar diálogos casuales sin prevenir al interlocutor, o de usar como noticia una conversación convenida de antemano como confidencial. Lo más grave es que estos atentados éticos obedecen a una noción intrépida del oficio, asumida a conciencia y fundada con orgullo en la sacralización de la primicia a cualquier precio y por encima de todo. No los conmueve el fundamento de que la mejor noticia no es siempre la que se da primero, sino muchas veces la que se da mejor. Algunos, conscientes de sus deficiencias, se sienten defraudados por la escuela y no les tiembla la voz para culpar a sus maestros de no haberles inculcado las virtudes que ahora les reclaman, y en especial la curiosidad por la vida.

Es cierto que estas críticas valen para la educación general, pervertida, por la masificación de escuelas que siguen la línea viciada de lo informativo en vez de lo formativo. Pero en el caso específico del periodismo parece ser, además, que el oficio no logró evolucionar a la misma velocidad que sus instrumentos, y los periodistas se extraviaron en el laberinto de una tecnología disparada sin control hacia el futuro. Es decir: las empresas se han empeñado a fondo en la competencia feroz de la modernización material y han dejado para después la formación de su infantería y los mecanismos de participación que fortalecían el espíritu profesional en el pasado. Las salas de redacción son laboratorios asépticos para navegantes solitarios, donde parece más fácil comunicarse con los fenómenos siderales que con el corazón de los lectores. La deshumanización es galopante.

No es fácil entender que el esplendor tecnológico y el vértigo de las comunicaciones, que tanto deseábamos en nuestros tiempos, hayan servido para anticipar y agravar la agonía cotidiana de la hora del cierre. Los principiantes se quejan de que los editores les conceden tres horas para una tarea que en el momento de la verdad es imposible en menos de seis, que les ordenan material, para dos columnas y a la hora de la verdad sólo le asignan media, y en el pánico del cierre nadie tiene tiempo ni humor para explicarles por qué, y menos para darles una palabra de consuelo. "Ni siquiera nos regañan", dice un reportero novato ansioso de comunicación directa con sus jefes. Nada: el editor que antes era un papá sabio y compasivo, apenas si tiene fuerzas y tiempo para sobrevivir él mismo a las galeras de la tecnología.

Creo que es la prisa y la restricción del espacio lo que ha minimizado el reportaje, que siempre tuvimos como el género estrella, pero que es también el que requiere de más tiempo, más investigación, más reflexión, y un dominio certero del arte de escribir. Es en realidad la reconstitución minuciosa y verídica del hecho. Es decir: la noticia completa, tal como sucedió en la realidad, para que el lector la conozca como si hubiera estado en el lugar de los hechos.

Antes que se inventaran el teletipo y el télex, un operador de radio con vocación de mártir capturaba al vuelo las noticias del mundo entre silbidos siderales, y un redactor erudito las elaboraba completas con pormenores y antecedentes, como se reconstruye el esqueleto' entero de un dinosaurio a partir de una vértebra. Sólo la interpretación estaba vedada, porque era un dominio sagrado del director, cuyos editoriales se presumían escritos por él, aunque no lo fueran, y casi siempre con caligrafías célebres por lo enmarañadas. Directores históricos tenían linotipistas personales para descifrarlas.

Un avance importante en este medio siglo es que ahora se comenta y se opina en la noticia y en el reportaje, y se enriquece el editorial con datos informativos. Sin embargo, los resultados no parecen ser los mejores, pues nunca como ahora ha sido tan peligroso este oficio. El empleo desafortunado de comillas en declaraciones falsas o ciertas permite equívocos inocentes o deliberados, manipulaciones malignas y tergiversaciones venenosas que le dan a la noticia la magnitud de un arma mortal. Las citas de fuentes que merecen entero crédito, de personas generalmente bien informadas o de altos funcionarios que pidieron no revelar su nombre, o de observadores que todo lo saben y que nadie ve, amparan toda clase de agravios impunes.

Pero el culpable se atrinchera en su derecho de no revelar la fuente, sin preguntarse si él mismo no es un instrumento fácil de esa fuente que le transmitió la información como quiso y arreglada como más le convino. Yo creo que sí: el mal periodista piensa que su fuente es su vida misma -sobre todo si es oficial- y por eso la sacraliza, la consiente, la protege, y termina por establecer con ella una peligrosa relación de complicidad, que lo lleva inclusive a menospreciar la decencia de la segunda fuente.

Aun a riesgo de ser demasiado anecdótico, creo que hay otro gran culpable en este drama: la grabadora. Antes de que ésta se inventara, el oficio se hacía bien con tres recursos de trabajo que en realidad eran uno solo: la libreta de notas, una ética a toda prueba y un par de oídos que los reporteros usábamos todavía para oír lo que nos decían. El manejo profesional y ético de la grabadora está por inventar. Alguien tendría que enseñarles a los colegas jóvenes que la casete no es un sustituto de la memoria, sino una evolución de la humilde libreta de apuntes que tan buenos servicios prestó en los orígenes del oficio. La grabadora oye pero no escucha, repite -como un loro digital- pero no piensa, es fiel pero no tiene corazón, y a fin de cuentas su versión literal no será tan confiable como la de quien pone atención a las palabras vivas del interlocutor, las valora con su inteligencia y las califica con su moral. Para la radio tiene la enorme ventaja de la literalidad y la inmediatez, pero muchos entrevistadores no escuchan las respuestas por pensar en la pregunta siguiente.

La grabadora es la culpable de la magnificación viciosa de la entrevista. La radio y la televisión, por su naturaleza misma, la convirtieron en el género supremo, pero también la prensa escrita parece compartir la idea equivocada de que la voz de la verdad no es tanto la del periodista que vio como la del entrevistado que declaró. Para muchos redactores de periódicos la transcripción es la prueba de fuego: confunden el sonido de las palabras, tropiezan con la semántica, naufragan en la ortografía y mueren por el infarto de la sintaxis. Tal vez la solución sea que se vuelva a la pobre libretita de notas para que el periodista vaya editando con su inteligencia a medida que escucha, y le deje a la grabadora su verdadera categoría de testigo invaluable. De todos modos, es un consuelo suponer que

muchas de las transgresiones éticas, y otras tantas que envilecen y avergüenzan al periodismo de hoy, no son siempre por inmoralidad, sino también por falta de dominio profesional.

Tal vez el infortunio de las facultades de Comunicación Social es que enseñan muchas cosas útiles para el oficio, pero muy poco del oficio mismo. Claro que deben persistir en sus programas humanísticos, aunque menos ambiciosos y perentorios, para contribuir a la base cultural que los alumnos no llevan del bachillerato. Pero toda la formación debe estar sustentada en tres pilares maestros: la prioridad de las aptitudes y las vocaciones, la certidumbre de que la investigación no es una especialidad del oficio sino que todo el periodismo debe ser investigativo por definición, y la conciencia de que la ética no es una condición ocasional, sino que debe acompañar siempre al periodismo como el zumbido al moscardón.

El objetivo final debería ser el retorno al sistema primario de enseñanza mediante talleres prácticos en pequeños grupos, con un aprovechamiento crítico de las experiencias históricas, y en su marco original de servicio público. Es decir: rescatar para el aprendizaje el espíritu de la tertulia de las cinco de la tarde.

Un grupo de periodistas independientes estamos tratando de hacerlo para toda la América Latina desde Cartagena de Indias, con un sistema de talleres experimentales e itinerantes que lleva el nombre nada modesto de Fundación del Nuevo Periodismo Iberoamericano. Es una experiencia piloto con periodistas nuevos para trabajar sobre una especialidad específica -reportaje, edición, entrevistas de radio y televisión, y tantas otras- bajo la dirección de un veterano del oficio. En respuesta a una convocatoria pública de la Fundación, los candidatos son propuestos por el medio en que trabajan, el cual corre con los gastos del viaje, la estancia y la matrícula. Deben ser menores de treinta años, tener una experiencia mínima de tres y acreditar su aptitud y el grado de dominio de su especialidad con muestras de las que ellos mismos consideren sus mejores y sus peores obras.

La duración de cada taller depende de la disponibilidad del maestro invitado -que escasas veces puede ser de más de una semana-, y éste no pretende ilustrar a sus talleristas con dogmas teóricos y prejuicios académicos, sino foguearlos en mesa redonda con ejercicios prácticos, para tratar de transmitirles sus experiencias en la carpintería del oficio. Pues el propósito no es enseñar a ser periodistas, sino mejorar con la práctica a los que ya lo son. No se hacen exámenes ni evaluaciones finales, ni se expiden diplomas ni certificados de ninguna clase: la vida se encargará de decidir quién sirve y quién no sirve.

Trescientos veinte periodistas jóvenes de once países han participado en veintisiete talleres en sólo un año y medio de vida de la Fundación, conducidos por veteranos de diez nacionalidades. Los inauguró Alma Guillermo Prieto con dos talleres de crónicas y reportajes. Terry Anderson dirigió otro sobre información en situaciones de peligro, con la colaboración de un general de las Fuerzas Armadas que señaló muy bien los límites entre el heroísmo y el suicidio. Tomás Eloy Martínez, nuestro cómplice más fiel y encarnizado, hizo un taller de edición y más tarde otro de periodismo en tiempos de crisis. Phil Bennet hizo el suyo sobre las tendencias de la prensa en los Estados Unidos y Stephen Ferry lo hizo sobre fotografía. El magnífico Horacio Bervitsky y el acucioso Tim Golden exploraron

distintas áreas del periodismo investigativo, y el español Miguel Ángel Bastenier dirigió un seminario de periodismo internacional y fascinó a sus talleristas con un análisis crítico y brillante de la prensa europea. Uno de gerentes frente a redactores tuvo resultados muy positivos, y soñamos con convocar el año entrante un intercambio masivo de experiencias en ediciones dominicales entre editores de medio mundo. Yo mismo he incurrido varias veces en la tentación de convencer a los talleristas de que un reportaje magistral puede ennoblecer a la prensa con los gérmenes diáfanos de la poesía.

Los beneficios cosechados hasta ahora no son fáciles de evaluar desde un punto de vista pedagógico, pero consideramos como síntomas alentadores el entusiasmo creciente de los talleristas, que son ya un fermento multiplicador del inconformismo y, la subversión creativa dentro de sus medios, compartido en muchos casos por sus directivas. El solo hecho de lograr que veinte periodistas de distintos países se reúnan a conversar cinco días sobre el oficio ya es un logro para ellos y para el periodismo. Pues al fin y al cabo no estamos proponiendo un nuevo modo de enseñarlo, sino tratando de inventar otra vez el viejo modo de aprenderlo.

Los medios harían bien en apoyar esta operación de rescate. Ya sea en sus salas de redacción, o con escenarios contruidos a propósito, como los simuladores aéreos que reproducen todos los incidentes del vuelo para que los estudiantes aprendan a sortear los desastres antes de que se los encuentren de verdad atravesados en la vida. Pues el periodismo es una pasión insaciable que sólo puede digerirse y humanizarse por su confrontación descarnada con la realidad. Nadie que no, la haya padecido puede imaginarse esa servidumbre que se alimenta de las imprevisiones de la vida. Nadie que no lo haya vivido puede concebir siquiera lo que es el palpito sobrenatural de la noticia, el orgasmo de la primicia, la demolición moral del fracaso. Nadie que no haya nacido para esto y esté dispuesto a vivir sólo para esto podría persistir en un oficio tan incomprensible y voraz, cuya obra se acaba después de cada noticia, como si fuera para siempre, pero que no concede un instante de paz mientras no vuelve a empezar con más ardor que nunca en el minuto siguiente.

**1982**

# Desde París, con amor

Gabriel García Márquez, 1982.

Vine a París por primera vez una helada noche de diciembre de 1955. Llegué en el tren de Roma a una estación adornada con luces de Navidad, y lo primero que me llamó la atención fueron las parejas de enamorados que se besaban por todas partes. En el tren, en el metro, en los cafés, en los ascensores, la primera generación después de la guerra se lanzaba con todas sus energías al consumo público del amor, que era todavía el único placer barato después del desastre. Se besaban en plena calle, sin preocuparse de no estorbar a los peatones, que se apartaban sin mirarlos ni hacerles caso, como ocurre con esos perros callejeros de nuestros pueblos que se quedan colgados los unos de las otras, haciendo cachorros en mitad de la plaza. Aquellos besos de intemperie no eran frecuentes en Roma - que era la primera ciudad europea donde yo había vivido-, ni tampoco, por supuesto, en la brumosa y pudibunda Bogotá de aquellos tiempos, donde era difícil besarse aun en los dormitorios. Eran los tiempos oscuros de la guerra de Argelia. Al fondo de las músicas nostálgicas de los acordeones en las esquinas, más allá del olor callejero de las castañas asadas en los braseros, la represión era un fantasma insaciable. De pronto, la policía bloqueaba la salida de un café o de uno de los bares de árabes del Boulevard Saint Michel y se llevaban a golpes a todo el que no tenía cara de cristiano. Uno de ellos, sin remedio, era yo. No valían explicaciones: no sólo la cara, sino también el acento con que hablábamos el francés, eran motivos de perdición. La primera vez que me metieron en la jaula de los argelinos, en la comisaría de Saint-Germain-des-Prés, me sentí humillado. Era un prejuicio latinoamericano: la cárcel era entonces una vergüenza, porque de niños no teníamos una distinción muy clara entre las razones políticas y las comunes, y nuestros adultos conservadores se encargaban de inculcarnos y mantenemos la confusión. Mi situación era todavía más peligrosa, porque, si bien los policías me arrastraban porque me creían argelino, éstos desconfiaban de mí dentro de la jaula cuando se daban cuenta de que, a pesar de mí cara de vendedor de telas a domicilio, no entendía ni la jota de sus algarabías. Sin embargo, tanto ellos como yo seguimos siendo visitantes tan asiduos de las comisarías nocturnas que terminamos por entendernos. Una noche, uno de ellos me dijo que para ser preso inocente era mejor serlo culpable, y me puso a trabajar para el Frente de Liberación Nacional de Argelia. Era el médico Anied Tebbal, que por aquellos tiempos fue uno de mis grandes amigos de París, pero que murió de una muerte distinta de la guerra después de la independencia de su país.

Veinticinco años después, cuando fui invitado a las fiestas de aquel aniversario en Argel, declaré a un periodista algo que pareció difícil de creer: la revolución argelina es la única por la cual he estado preso.

Sin embargo, el París de entonces no era sólo el de la guerra de Argelia. Era también el del exilio más generalizado que ha tenido Latinoamérica en mucho tiempo. En efecto, Juan Domingo Perón -que entonces no era el mismo de los años siguientes- estaba en el poder en Argentina, el general Odría estaba en Perú, el general Rojas Pinilla estaba en Colombia, el



general Pérez Jiménez estaba en Venezuela, el general Anastasio Somoza estaba en Nicaragua, el general Rafael Leónidas Trujillo estaba en Santo Domingo, el general Fulgencio Batista estaba en Cuba. Éramos tantos los fugitivos, de tantos -patriarcas simultáneos, que el poeta Nicolás Guillén se asomaba todas las madrugadas a su balcón del hotel Grand Saint Michel, en la calle Cujas, y gritaba en castellano las noticias de Latinoamérica que acababa de leer en los periódicos. Una madrugada gritó: "Se cayó el hombre". El que se había caído era sólo uno, por supuesto, pero todos nos despertamos ilusionados con la idea de que el caído fuera el de nuestro país.

Cuando llegué a París yo no era más que un caribe crudo. Lo que más le agradezco a esta ciudad, con la cual tengo tantos pleitos viejos, y tantos amores todavía más viejos, es que me hubiera dado una perspectiva nueva. y resuelta de Latinoamérica. La visión de conjunto, que no teníamos en ninguno de nuestros países, se volvía muy clara aquí en torno a una mesa de café, y uno terminaba por darse cuenta de que, a pesar de ser de distintos países, todos éramos tripulantes de un mismo barco. Era, posible hacer un viaje por todo el continente y encontrarse con sus escritores, con sus artistas, con sus políticos en desgracia o en ciernes, con sólo hacer un recorrido por los cafetines populosos de Saint-Germain-des-Prés. Algunos no llegaban, como me ocurrió con Julio Cortázar -a quien ya admiraba desde entonces por sus hermosos cuentos de bestiarío-, y a quien esperé durante casi un año en el Old Navy, donde alguien me había dicho que solía ir. Unos quince años después le encontré, por fin, también en París, y era todavía como lo imaginaba desde mucho antes: el hombre más alto del mundo, que nunca se decidió a envejecer. La copia fiel de aquel latinoamericano inolvidable que, en uno de sus cuentos del otro cielo, gustaba de ir en los amaneceres brumosos a ver las ejecuciones en la guillotina.

Las canciones de Brassens se respiraban con el aire. La bella Tachia Quintana, una vasca temeraria a quien los latinoamericanos de todas partes habíamos convertido en una exiliada de las nuestras, realizaba el milagro de hacer una succulenta paella para diez en un reverbero de alcohol. Paul Coulaud, otro de nuestros franceses conversos, había encontrado un nombre para aquella vida: la mis~re dorée: la miseria dorada. Yo no había tenido una conciencia muy clara de mi situación hasta una noche en que me encontré de pronto por los lados del jardín de Luxemburgo sin haber comido ni una castaña durante todo el día y sin lugar donde dormir. Estuve merodeando largas horas por los bulevares, con la esperanza de que pasara la patrulla que se llevaba a los árabes para que me llevara a mí también a dormir a una jaula cálida, pero por más que la busqué no pude encontrarla. Al amanecer, cuando los palacios del Sena empezaron a perfilarse entre la niebla espesa, me dirigí hacia la Cité con pasos largos y decididos y con una cara de obrero honrado que acababa de levantarse para ir a su fábrica. Cuando atravesaba el, puente de Saint Michel sentí que no estaba solo entre la niebla, porque alcancé a percibir los pasos nítidos de alguien que se acercaba en sentido contrario. Lo vi perfilarse en la niebla, por la misma acera y con el mismo ritmo que yo, y vi muy cerca su chaqueta escocesa de cuadros rojos y negros, y en el instante en que nos cruzamos en medio del puente vi su cabello alborotado, su bigote de turco, su semblante triste de hambres atrasadas y mal dormir, y vi sus ojos anegados de lágrimas. Se me heló el corazón, porque aquel hombre parecía ser yo mismo que ya venía de regreso.

Ese es mi recuerdo más intenso de aquellos tiempos, y lo he evocado con más fuerza que nunca ahora que he vuelto a París de regreso de Estocolmo. La ciudad no ha cambiado desde entonces.

En 1968, cuando me trajo la curiosidad de ver qué había pasado después de la maravillosa explosión de mayo, encontré que los enamorados no se besaban en público, y habían repuesto los adoquines en las calles, y habían borrado los letreros más bellos que se escribieron jamás en las paredes: La imaginación, al poder; Debajo del pavimento está la playa; Amaos los unos encima de los otros. Ayer, después de recorrer los sitios que alguna vez fueron míos, sólo pude percibir una novedad: unos hombres del municipio vestidos de verde, que recorren las calles en motocicletas verdes y llevan unas manos mecánicas de exploradores siderales para recoger en la calle la caca que un millón de perros cautivos expulsan cada veinticuatro horas en la ciudad más bella del mundo.

# Cena de paz en Harpsund

Gabriel García Márquez, 1982.

Al cabo de casi dos horas de viaje nocturno por una carretera glacial, llegamos a la residencia campestre de Harpsund, donde el primer ministro de Suecia, Olof Palme, nos había invitado a cenar aquella tranquila noche del 9 de diciembre. Mercedes y yo estábamos preparados para descubrir entre la bruma un castillo medieval de aquellos de los cuentos de Andersen, y nos encontramos en cambio con una casa muy sencilla y limpia junto a un lago dormido en el hielo, y en medio de un prado apacible donde había otras casas iguales para los invitados. Aquel conjunto es la residencia campestre de los primeros ministros de Suecia. Todos los actos que aquella semana agotadora se llevaron a cabo en Estocolmo terminaban por convertirse en homenajes públicos a la América Latina. Algunos espíritus puros de Colombia abrigaban el temor provinciano de que nuestra delegación cultural fuera a hacer el ridículo en la muy civilizada Escandinavia. Lo que hizo, en cambio, no fue sólo una labor excelente de afirmación cultural, sino una demostración emocionante de que nuestra identidad es ya bastante específica como para ser exportada sin reservas. La propia reina Silvia, que está en la vida real con los pies sobre la tierra, me habló de su pesar por no haber tenido ocasión ni tiempo para aprender a bailar la cumbia con el conjunto de nuestra delegación cultural. Me dijo que la había bailado una vez y deseaba descifrar a fondo el secreto de esa danza tan nuestra, cuya elegancia natural dejó en Suecia un rastro de dignidad y buen gusto. Tal vez nuestro único mérito haya sido ése: haber tenido el decoro de mostrarnos tal como somos, y no como quisiéramos que los otros creyeran que somos.

La cena en la casa campestre del primer ministro Olof Palme no fue una excepción: también aquella reunión, que había sido despojada de todo carácter oficial y se ofrecía como un encuentro entre dos viejos amigos, terminó convertida por la misma dinámica de los hechos en un homenaje a la América Latina. Era un grupo muy reducido de amigos comunes. Allí estaba la señora Danielle Mitterrand, la esposa del presidente de Francia, que no oculta su satisfacción de ser el alma del comité francés de solidaridad con El Salvador. Estaban Regis Debray y Pierre Schori, francés el primero y sueco el segundo, pero arribos vinculados de modo muy estrecho a la América Latina. Había un grupo muy escogido de escritores suecos, entre ellos el presidente del Pen Club Internacional, y nuestro muy querido Sven Linqvist, autor de un estudio muy serio y muy bien divulgado sobre las relaciones entre la propiedad de la tierra y el poder político en América Latina. Estaba, por último, el antiguo primer ministro turco Bulen Ecevit, un hombre de brazo fuerte y corazón generoso, que cumplió varios meses de cárcel después de ser derrocado, y que hasta la semana pasada carecía de permiso para salir de su país. Olof Palme le invitó a esta cena íntima, pero no como político, sino como poeta, que, según él mismo ha dicho, es su vocación dominante. En su breve y amable brindis de aquella noche, el primer ministro sueco lo contó con su sentido del humor habitual: "Me alegro mucho en mi fuero interno de que las autoridades turcas entendieran que son tan inocentes nuestras extravagancias de esta noche, que le dieron a nuestro amigo Bulen Ecevit el permiso para venir".

La sensibilidad de Olof Palme por los sufrimientos de América Latina -que es común a la mayoría de los suecos que conozco- está, por cierto, en el origen de nuestra amistad. Nos presentó François Mitterrand hace muchos años en su casa de Bievre, en París, dentro del paréntesis de alguna de sus tantas derrotas anteriores. Había allí personalidades políticas y literarias de todas partes, de modo que la conversación era suculenta y al mismo tiempo muy divertida. De pronto, sin que nada especial hubiera ocurrido, Olof Palme me hizo llegar el mensaje de que deseaba salir a tomarse una cerveza con los latinoamericanos. Fuimos a La Coupole, como era de rigor a la medianoche, y durante más de dos horas estuvo Olof Palme interrogándonos sobre la situación de nuestros países, con una versación y un interés que nos dejó sorprendidos. Ninguno de nosotros advirtió a un matrimonio de adultos tranquilos que seguía la conversación con un gran interés desde una mesa vecina. Al final, cuando Olof Palme se empeñó en pagar la cuenta, la mujer de la otra mesa le preguntó en sueco si había pagado con dinero suyo o con dinero del Estado sueco. Palme se sentó entonces a la mesa de sus compatriotas desconocidos y les dio toda clase de explicaciones.

En realidad había pagado con dinero suyo, pero consideraba de todos modos que habría sido legítimo pagar con dinero del Estado, porque le parecía que aquella reunión informativa sobre América Latina era un acto oficial importante del primer ministro sueco.

En la cena de su casa campestre logró también cautivarnos con sus recuerdos de nuestros países remotos. Evocó una conversación que sostuvo con Pablo Neruda en su casa de Isla Negra, en 1969, un año antes de la victoria electoral de Salvador Allende. "Hablamos toda la noche frente al fuego", dijo, "rodeados de los soberbios mascarones de proa que habían navegado por todos los mares del mundo. Hablamos, y Neruda era inagotable en sus reflexiones sobre la dictadura como fenómeno omnipresente de la historia latinoamericana, inagotable como el movimiento incesante de la resaca del Pacífico que aquella noche subía hasta la casa". Su brindis puso sobre la mesa el tema de América Latina, y allí estuvo hasta la hora tardía en que nos levantamos para dormir.

Al término de la velada, el primer ministro me pidió que hiciera para sus invitados una síntesis de la situación de América Central en este momento. Yo llevaba tres días sin dormir, abrumado por las solicitudes insaciables de aquel jubileo mortal, pero la petición del primer ministro me pareció tan importante que me metí en un análisis minucioso de casi dos horas, hasta que Pierre Schori, muerto de risa, me interrumpió para decirme: "No sigas, Gabriel; ya estamos convencidos". Fue así como surgió la idea del llamado a los seis presidentes de América Central para que hagan un esfuerzo inmediato en favor de la paz en la región. El sentido de ese llamado, que correspondía al de mi exposición, era que nunca había estado la América Central tan cerca de una guerra generalizada, pero que tampoco -tal vez por eso mismo- nunca habían sido más propicias las condiciones para una solución negociada.

# La literatura sin dolor

Gabriel García Márquez, 1982.

Hace poco incurrí en la frivolidad de decirle a un grupo de estudiantes que la literatura universal se aprende en una tarde. Una muchacha del grupo -fanática de las bellas letras y autora de versos clandestinos- me concretó de inmediato: "¿Cuándo podemos venir para que nos enseñe?". De modo que vinieron el viernes siguiente a las tres de la tarde y hablamos de literatura hasta las seis, pero no pudimos pasar del romanticismo alemán, porque también ellos incurrieron en la frivolidad de irse para una boda. Les dije, por supuesto, que una de las condiciones para aprender toda la literatura en una tarde era no aceptar al mismo tiempo una invitación para una boda, pues para casarse y ser felices hay mucho más tiempo disponible que para conocer la poesía. Todo había empezado y continuado y terminado en broma, pero al final yo quedé con la misma impresión que ellos: si bien no habíamos aprendido la literatura en tres horas, por lo menos nos habíamos formado una noción bastante aceptable sin necesidad de leer a Jean Paul Sartre. Cuando uno escucha un disco o lee un libro que le deslumbra, el impulso natural es buscar a quién contárselo. Esto me sucedió cuando descubrí por casualidad el Quinteto para cuarteto de cuerdas y piano, de Bela Bartok, que entonces no era muy conocido, y me volvió a suceder cuando escuché en la radio del automóvil el muy bello y raro Concierto gregoriano para violín y orquesta, de Ottorino Respighi. Ambos eran muy difíciles de encontrar, y mis amigos melómanos más cercanos no tenían noticias de ellos, de modo que recorrí medio mundo tratando de conseguirlos para escucharlos con alguien. Algo similar me está sucediendo desde hace muchos años con la novela Pedro Páramo, de Juan Rulfo, de la cual creo haber agotado ya una edición entera sólo por tener siempre ejemplares disponibles para que se los lleven los amigos. La única condición es que nos volvamos a encontrar lo más pronto posible para hablar de aquel libro entrañable.

Por supuesto, lo primero que les expliqué a mis buenos estudiantes de literatura fue la idea, tal vez demasiado personal y simplista, que tengo de su enseñanza. En efecto, siempre he creído que un buen curso de literatura no debe ser más que una guía de los buenos libros que se deben leer. Cada época no tiene tantos libros esenciales como dicen los maestros que se complacen en aterrorizar a sus alumnos, y de todos ellos se puede hablar en una tarde, siempre que no se tenga un compromiso ineludible para una boda. Leer estos libros esenciales con placer y con juicio es ya un asunto distinto para muchas tardes de la vida, pero si los alumnos tienen la suerte de poder hacerlo terminarán por saber tanto de literatura como el más sabio de sus maestros. El paso siguiente es algo más temible: la especialización. 'Y' un paso más adelante es lo más detestable que puede hacer en este mundo: la erudición. Pero si lo que desean los alumnos es lucirse en las visitas, no tienen que pasar por ninguno de esos tres purgatorios, sino comprar los dos tomos de una obra providencial que se llama Mil libros. La escribieron Luis Nueda y don Antonio Espina, allá por 1940, y allí están resumidos por orden alfabético más de un millar de libros básicos de la literatura universal, con su argumento y su interpretación, y con noticias impresionantes de sus autores y su época. Son muchos más libros, desde luego, de los que harían falta para

el curso de una tarde, pero tienen sobre éstos la ventaja de que no hay que leerlos. Ni tampoco hay que avergonzarse: yo tengo estos dos tomos salvadores en la mesa donde escribo, los tengo desde hace muchos años, y me han sacado de graves apuros en el paraíso de los intelectuales, y por tenerlos y conocerlos puedo asegurar que también los tienen y los usan muchos de los pontífices de las fiestas sociales y las columnas de periódicos.

Por fortuna, los libros de la vida no son tantos. Hace poco, la revista Pluma, de Bogotá, le preguntó a un grupo de escritores cuáles habían sido los libros más significativos para ellos. Sólo decían citarse cinco, sin incluir a los de lectura obvia, como La Biblia, La Odisea o El Quijote. Mi lista final fue ésta: Las mil y una noches; Edipo rey, de Sófocles; Moby Dick, de Melville; Roresta de la lírica española, que es una antología de don José María Blecua que se lee como una novela policiaca, y un Diccionario de la lengua castellana que no sea, desde luego, el de la Real Academia. La lista es discutible, por supuesto, como todas las listas, y ofrece tema para hablar muchas horas, pero mis razones son simples y sinceras: si sólo hubiera leído esos cinco libros -además de los obvios, desde luego-, con ellos me habría bastado para escribir lo que he escrito. Es decir, es una lista de carácter profesional. Sin embargo, no llegué a Moby Dick por un camino fácil. Al principio había puesto en su lugar a El conde de Montecristo, de Alejandro Dumas, que, a mi juicio, es una novela perfecta, pero sólo por razones estructurales, y este aspecto ya estaba más satisfecho por Edipo rey. Más tarde pensé en La guerra y la paz, de Tolstoi, que, en mi opinión, es la mejor novela que se ha escrito en la historia del género, pero en realidad lo es tanto que me pareció justo omitirla como uno de los libros obvios. Moby Dick, en cambio, cuya estructura anárquica es uno de los más bellos desastres de la literatura, me infundió un aliento mítico que sin duda me habría hecho falta para escribir.

En todo caso, tanto el curso de literatura en una tarde como la encuesta de los cinco libros conducen a pensar, una vez más, en tantas obras inolvidables que las nuevas generaciones han olvidado. Tres de ellas, hace poco más de veinte años, eran de primera línea: La montaña mágica, de Thomas Mann; La historia de San Michel, de Axel Munthe, y El gran Meaulnes, de Alain Fournier. Me pregunto cuántos estudiantes de literatura de hoy, aun los más acuciosos, se han tomado siquiera el trabajo de preguntarse qué puede haber dentro de estos tres libros marginados. Uno tiene la impresión de que tuvieron un destino hermoso, pero momentáneo, como algunos de Ela de Queiroz y de Anatole France, y, como contrapunto, de Aldous Huxley, que fue una especie de sarampión de nuestros años azules; o como El hombrecillo de los gansos, de Jacobo Wassermann, que tal vez le deba más a la nostalgia que a la poesía; o como Los monederos falsos, de André Gide, que acaso fueran más falsos de lo que pensó su propio autor. Sólo hay un caso sorprendente en este asilo de libros jubilados, y es el de Herman Hesse, que fue una especie de explosión deslumbrante cuando le concedieron el Premio Nobel en 1946, y luego se precipitó en el olvido. Pero en estos últimos años sus libros han sido rescatados con tanta fuerza como antaño por una generación que tal vez encuentra en ellos una metafísica que coincide con sus propias dudas.

Claro que todo esto no es preocupante sino como enigma de salón. La verdad es que no debe haber libros obligatorios, libros de penitencia, y que el método saludable es renunciar a la lectura en la página en que se vuelva insoportable. Sin embargo, para los masoquistas que prefieran seguir adelante a pesar de todo hay una fórmula certera: poner los libros

ilegibles en el retrete. Tal vez con varios años de buena digestión puedan llegar al término feliz de El paraíso perdido, de Milton.

# Bueno, hablemos de música

Gabriel García Márquez, 1982.

En una de esas encuestas que proliferan a diario me han preguntado, como tantas veces, cuál es la música que me llevaría, si sólo pudiera llevarme un disco, a una isla desierta. No he dudado un instante la respuesta: las Suites para chelo solo, de Juan Sebastián Bach; y si sólo pudiera llevarme una de ellas, escogería la número uno. Conozco distintas versiones, y entre ellas, por supuesto, la de Pau Casals. Además de su valor histórico, es una versión excelente, pero la grabación es tan antigua que es mucho lo que se pierde de su excelencia. En realidad, la versión que más me conmueve es la de Maurice Gendron, y por consiguiente sería ésta la que me llevaría a la isla desierta, junto con un libro único: una buena antología de la poesía española del Siglo de Oro. Este tema me ofrece la oportunidad de contestar a otra pregunta que los periodistas me hacen con frecuencia sobre mis relaciones con la música. Les contesto siempre la verdad: la música me ha gustado más que la literatura, hasta el punto de que no logro escribir con música de fondo porque le presto más atención a ésta que a lo que estoy escribiendo. Sin embargo, nunca voy mucho más lejos en mis explicaciones, entre otras cosas porque tengo la impresión de que mi vocación musical es tan entrañable que forma parte de mi vida privada. Por lo mismo, cuando estoy solo con mis amigos muy íntimos no hay nada que me guste más que hablar de música. Jomi García Ascot, que es uno de estos amigos, publicó un libro excelente sobre sus experiencias de melómano empedernido, y allí incluyó una frase que me oyó decir alguna vez: "Lo único mejor que la música es hablar de música". Sigo creyendo que es verdad.

Lo raro es que cuando uno dice que le gusta la música se piensa casi siempre en la música que por pura pereza mental se ha dado en llamar música clásica. También se la llama música culta, lo que no resuelve el problema, pues pienso que la música popular también es culta, aunque de una cultura distinta. Aun la simple música comercial, que no siempre es tan mala como suelen decir los sabios de salón, tiene derecho a llamarse culta, aunque no sea el Producto, de la misma cultura de Mozart. Al fin y al cabo, los grandes maestros de todos los tiempos saben que el manantial más rico de su inspiración es la música popular. La foto más conmovedora en la vasta y hermosa iconografía de Bela Bartok es una en que aparece recogiendo una canción de labios de una campesina con una grabadora de cilindro, que nada tenía que envidiar a la primera que construyó Edison, y en la cual quedaron grabadas para la historia las preciosas líneas del Corderito de María.

Todo esto para mí es más simple: música es todo lo que suena, y el trabajo de establecer si es buena o mala es posterior. Tengo más discos que libros, pero muchos amigos, sobre todo los más intelectuales, se sorprenden de que la lista en orden alfabético no termine con Vivaldi. Su estupor es más intenso cuando descubren que lo que viene después es una colección de música del Caribe -que es, de todas, sin excepción, la que más me interesa-. Desde las canciones ya históricas de Rafael Hernández y el trío Matamoros, hasta las plenas de Puerto Rico, los tamboritos de Panamá, los polos de la isla de Margarita, en



Venezuela, o los merengues de Santo Domingo. Y, por supuesto, la que más ha tenido que ver con mi vida y con mis libros: los cantos vallenatos de la costa del Caribe de Colombia, de los cuales habría que hablar un día de estos en una nota distinta. Jamaica y la Martinica tienen una música de grande, y fue Daniel Santos quien divulgó algunas canciones que estuvieron de moda hace muchos años sin que casi nadie supiera que eran de Curazao con letra de Papiamento. Debo decir, sin embargo, que la canción más bella que escuché jamás en esa región alucinada fue la que cantaba una niña indígena de unos nueve años en las islas San Blas de Panamá. La niña cantaba con una hermosa voz primitiva, acompañándose con una sola maraca, mientras se mecía a grandes bandazos en la misma hamaca donde dormía un niño de pocos meses. Me quedé como extasiado, flotando en la magia de la canción y lamentando con el alma no haber llevado conmigo una grabadora. Nuestro guía local nos dijo -sin pretender ningún juego de palabras- que era una canción de cuna de los indios cunas. Fue tanta mi impresión que al día siguiente le conté mi emoción al general Omar Torrijos para que me facilitara el regreso a las islas con una grabadora, pero él me disuadió con su raro y demoledor sentido común. "No vuelvas más", me dijo "que esas cosas suceden una sola vez en la vida". No volví, por supuesto, pero la certidumbre de que nunca más volveré a escuchar aquella canción es una de las muy pocas amargas de mi vida.

Tengo versiones inencontrables en ningún lugar del Caribe, que, sin embargo, las he encontrado donde menos podía imaginarse: en los mercados de discos latinos de la calle Catorce de Nueva York. Tengo discos de salsa, desde luego, pero con la conciencia de que no es una música nueva, sino la continuación exiliada y sofisticada para bien de la música tradicional de Cuba. Como lo dijo hace pocos días en una entrevista Dámaso Pérez Prado, el inmortal, que es uno de mis ídolos más antiguos y tenaces, como debe constar en los archivos de los periódicos en que escribí mis primeras notas. Me alegra comprobar, por otra parte, que mi pasión por la música del Caribe está bien correspondida. Hace unos años recibí en Barcelona un telegrama de alguien que solicitaba mi ayuda para escribir sus memorias y que se firmaba con el seudónimo de El Inquieto Anacobero. Un seudónimo cuyo titular es conocido de todo el Caribe: Daniel Santos, el jefe. Más tarde me llamó por teléfono desde Nueva York mi amigo Rubén Blades para decirme que quería cantar algunos de mis cuentos, y yo le contesté que encantado, inclusive por la curiosidad de saber qué clase de transposición endiablada podía quedar de semejante aventura. Lo digo sin ironía: nada me hubiera gustado en este mundo como haber podido escribir la historia hermosa y terrible de Pedro Navajas. Por último, en el reciente aluvión telefónico que estremeció mi casa de México, una de las primeras llamadas fue la del otro gigante de la canción, Nelson Ned. Hace pocos años perdí la amistad de algunos escritores sin sentido del humor porque declaré en una entrevista -pensándolo de veras- que uno de los más grandes poetas actuales de la lengua castellana era mi amigo Armando Manzanero.

Hablar de música sin hablar de los boleros es como hablar de nada. Pero también eso es motivo para una nota distinta, y tal vez interminable. En este género, Colombia tiene un mérito que sólo Chile le disputa, y es la de haberse mantenido fiel al bolero a través de todas las modas, y con una pasión que sin duda nos enaltece. Por eso debemos sentirnos justificados con la noticia cierta de que el bolero ha vuelto, que los hijos les están pidiendo con urgencia a sus padres que les enseñen a bailarlo para no ser menos que los otros en las fiestas del sábado, y que las viejas voces de otros tiempos regresan al corazón en los

homenajes más que justos que se rinden en estos días a la memoria inmemorial de Toña la Negra. Sin embargo, y sin ninguna duda, mi respuesta a la pregunta de siempre fue muy bien pensada y sincera: el disco que me llevaría a una isla desierta es la Suite número uno para chelo solo, de Juan Sebastián Bach. Terco que es uno.

# El lujo de la muerte

Gabriel García Márquez, 1982.

He dicho muchas veces que no tengo corazón para enterrar a los amigos. Sin embargo, el pasado 2 de noviembre, día de todos los muertos, quise acompañar a la esposa de uno muy querido que sería incinerado en el improbable panteón de las Lomas. El cuerpo había pasado la noche en el motel funerario que tiene la agencia Gayoso en la avenida Félix Cuevas de la ciudad de México, la cual había hecho los trámites de la incineración y el transporte final hasta el horno crematorio. La cita era a las once de la mañana, y todos suponíamos que sería un acto más bien técnico, sin ceremonias de ninguna clase, que no podía durar más de dos horas. Pero al llegar al panteón nos hicieron ver que había otros cadáveres en turno, y que el de nuestro amigo tenía que esperar por lo menos hasta las cinco de la tarde. En la lúgubre sala de espera, helada, sin una flor y sin un escaño miserable donde sentarse, estaban alineados contra la pared en posición vertical los ataúdes usados de los que habían tenido la precaución de morir más temprano. Aquellos ataúdes habían sido vendidos por las agencias funerarias y habían servido para la velación y el transporte, pero era obvio que los deudos que los habían pagado a precio de oro no tenían nada que hacer con ellos, de modo que alguien se encargaría de venderlos otra vez para otros muertos futuros. El chófer de la carroza que había llevado el cuerpo de nuestro amigo, dijo: "¿Por qué no vuelven mañana y tratan de ser los primeros?" Esa sola pregunta, formulada por alguien que sin duda conocía mejor que nosotros estos dramas de la burocracia fúnebre, nos hizo vislumbrar de pronto cuál era la clase de día que nos esperaba. Ana María Pecanins se hizo cargo de la situación, y ha relatado aquella experiencia en una carta a la Prensa que no debía pasar inadvertida, porque es apenas un botón de muestra del desamparo en que se encuentran los sobrevivientes frente a las agencias funerarias después de que los servicios han sido pagados. Hace unos meses, también Fernando Benítez contó en un periódico cómo habían sido tratados por la agencia Gayoso los parientes de un escritor que no tenían dinero para pagar la cuenta de los funerales, una cuenta tal vez mayor que la suma total de derechos de autor percibidos en toda su vida por el amigo muerto. La revista del Instituto Nacional del Consumidor también se ha ocupado en varias ocasiones del precio desmesurado de la muerte en México, pero su prédica, como tantas, otras sobre otros temas mortales, se ha perdido para siempre en el desierto. Es como si las agencias funerarias en el mundo entero gozaran de un fuero especial que las pusiera a salvo de cualquier sanción por sus abusos.

Ana María Pecanins ha contado que el único funcionario que encontró en el crematorio le dio una explicación tan realista que más parecía de un panadero. "El horno está ocupado", le dijo, "el horneador está dentro y no terminará de hornear en tres horas". No hubo más información. Ana María llamó entonces a la agencia Gayoso pensando obtener un auxilio suplementario después de haber pagado los servicios completos, y un empleado que dijo llamarse Ricardo López le informó que la responsabilidad de la empresa termina en el momento en que el cadáver sale de la casa funeraria. Punto: colgó el teléfono. Ana María, con su temeridad catalana, volvió a marcar el mismo número, y esa vez le contestó otro

funcionario, quien le explicó con la voz colorida de los comerciantes de la muerte que nada podía hacerse para apresurar la incineración. "Por desgracia", dijo, sin saber acaso que estaba inventando un proverbio desolador, "la suerte es de los que llegan primero". No hubo, en efecto, nada que hacer. El servicio, el apoyo y la comprensión contratados por los vendedores de la muerte que prometen hasta la entrada al cielo con trompetas angélicas, habían cesado para siempre.

Aquél había sido un drama más, y de los menos graves, de cuantos ocurren a cada minuto en el mundo por la voracidad y el corazón de piedra de las agencias funerarias. En México, donde el negocio de la muerte es uno de los más despiadados y de los más fructíferos, los abusos suelen invadir los territorios más esquivos de la literatura fantástica. "El servicio dura apenas diez o quince minutos máximo", dice el folleto de propaganda de una agencia funeraria. "No es deprimente, puede ir uno hasta de día de campo. Es muy bonito. No es un panteón tradicional, es muy moderno, está alfombrado, tiene luz, vitrales, aire acondicionado y cuenta con filtros de ventilación dentro de las criptas".

El Instituto del Consumidor ha calculado que existen en México 195 agencias funerarias con registro legal, y 110 que actúan de un modo casi clandestino. Sobre todo estas últimas, que se rigen más bien por las leyes de la oferta y la demanda coyunturales que por una tarifa establecida, participan en una pavorosa rebatiña de cadáveres en las puertas y corredores de los hospitales. Pero aun en las funerarias de los ricos, los agentes vendedores carecen de una norma precisa para establecer los precios del servicio. Se guían más bien por el aspecto y el estado del cliente en el momento de cerrar el negocio. El precio del ataúd determina el valor de todo el servicio, y no es posible combinar un ataúd caro con un servicio modesto, o al contrario. Al fin y al cabo, la muerte no es más que un viaje, por muy eterno que sea, y las agencias no han encontrado una razón para no organizar sus servicios como las excursiones turísticas en las que todo va incluido, hasta las posibilidades del amor ocasional. El negocio es fabuloso: en 1976, sólo las funerarias legales de México se ganaron 175 millones de pesos, equivalentes a un 76% de utilidades en relación con sus costos de operación.

La concepción nos viene de Estados Unidos y es muy simple: el lujo de la muerte es de primera necesidad. El norteamericano medio no tiene en ningún momento un nivel de vida más alto que el nivel de su muerte. Ni nunca es más bello que en el ataúd: sus propios parientes se asombran de cuánto les favorece el embalsamamiento, con cuánta ternura sonrían y cuán comprensivos y amorosos, parecen con la cabeza apoyada en las almohadas de la muerte, y tal vez se duelan en secreto de que no se hubiera inventado la posibilidad de embalsamar en vida a los seres difíciles. Pero es una ilusión que cuesta caro, y detrás de ella prospera uno de los comercios más descorazonados y sucios del mundo. Hace muchos años, en un libro fascinante sobre el tráfico funerario en Estados Unidos, leí una anécdota de horror. Una viuda de clase media había invertido sus últimos ahorros para darle a su marido muerto unos funerales más lujosos que el de sus posibilidades reales. Todo parecía acordado, cuando un funcionario de la agencia mortuoria le llamó por teléfono para decirle que el cadáver era más alto de lo previsto en el contrato, y que ella debía pagar en consecuencia una suma suplementaria. La viuda no tenía un centavo más. Entonces el funcionario, con la voz melodiosa de los de su oficio, le dio la solución. "En ese caso", dijo, "le suplico darnos la autorización para serrucharle los pies al cadáver". La pobre viuda, por

supuesto, encontró donde pudo el dinero que no tenía, sólo para que la agencia le hiciera la caridad de enterrar entero a su marido.

# La penumbra del escritor de cine

Gabriel García Márquez, 1982.

En Fregene, una localidad marina cerca de Roma, murió hace poco mi muy querido amigo Franco Solinas, uno de los escritores de cine mejor calificados de nuestro tiempo. Creo que no alcanzó a terminar su último guión, que había trabajado junto con el director Costa Gavras, sobre el tema actual y apasionante del pueblo sin tierra de Palestina. Varios directores de renombre mundial debieron de quedarse esperando su turno, pues solían aceptar las esperas largas e imprevisibles a que les obligaban los numerosos compromisos de Franco Solinas. Este era, de todos modos, un caso raro en su medio: no aceptó nunca trabajar en más de un guión al mismo tiempo, y a ése consagraba toda su energía, su paciencia infinita y su autocritica implacable, durante un tiempo que era imposible calcular de antemano. Un año de trabajo diario era su promedio para cada guión. Su obra maestra fue, sin duda, *La batalla de Argel*, que escribió para el director Gillo Pontecorvo, para quien escribió también *La quemada*. Para Costa Gavras escribió *Estado de sitio*, y para Joseph Losey escribió *Mr. Klein*. La lista de sus películas no es muy larga, pero es de muy alta calidad. Para mi gusto, fue uno de los profesionales más rigurosos en uno de los oficios más difíciles y menos servidos, y también de los más ingratos. Prueba de esto último es que la noticia de la muerte de Franco Solinas ha pasado casi inadvertida, aun para las publicaciones especializadas, y muy pocos amigos personales y admiradores sabemos a ciencia cierta lo que hemos perdido. Esta es, en todo caso, una oportunidad para reflexionar sobre el destino de penumbra de los escritores de cine. Nadie sabe quiénes son, a menos que sean conocidos como escritores de otra cosa, y en este caso, hasta ellos mismos tienen la tendencia a pensar que su trabajo para el cine es el secundario. Un recurso para comer. Las revistas de cine se fijan, por encima de todo, en el director -no sin razón- y pocas veces recuerdan que, antes de llegar a la pantalla, toda película tiene que haber pasado por la prueba de fuego de la letra escrita. De modo que son los escritores, y no los directores, quienes suministran la base literaria que sustenta la película. Lo cual, por cierto, no está bien ni para la literatura ni el cine.

Después de la Segunda Guerra Mundial, los escritores de cine vivieron su cuarto de hora con la aparición en primer plano del guionista Cesare Zavattini, un italiano imaginativo y con un corazón de alcachofa, que le infundió al cine de su época un soplo de humanidad sin precedentes. El director que realizó sus mejores argumentos fue Vittorio de Sica, su gran amigo, y estaban tan identificados que no era fácil saber dónde terminaba uno y dónde empezaba el otro. Fueron ellos las dos estrellas mayores del neorrealismo, en cuyo cielo había otras tan radiantes como Roberto Rossellini. Juntos hicieron *Ladrones de bicicletas*, *Milagro en Milán*, *Humberto D* y otras inolvidables. Se hablaba entonces de las películas de Zavattini como se habla de las películas de Bertolucci: como si aquél fuera el director. En la práctica, fueron muy pocas las películas italianas de aquellos tiempos cuyos guiones no pasaron por el rastrillo purificador de Zavattini, quien aparecía siempre en el último lugar de los créditos sólo porque éstos eran dados por orden alfabético. Su fecundidad era tal que, dicen quienes lo conocían en ese tiempo, tenía un archivador enorme atiborrado de

argumentos sintéticos en tarjetas. Los productores, siempre escasos de temas, acudían a él desesperados. En alguna ocasión, uno de ellos le pidió con urgencia una historia de amor, y Zavattini le preguntó muy en serio: "¿La quiere sin perrito o con perrito?" Toda una generación fanática del cine se fue a estudiar en el Centro Experimental de Cinematografía, en Roma, con la esperanza de que fuera Zavattini quien lo enseñara.

Fue una excepción. En realidad, el destino del escritor de cine está en la gloria secreta de la penumbra, y sólo el que se resigne a ese exilio interior tiene alguna posibilidad de sobrevivir sin amargura. Ningún trabajo exige una mayor humildad. Más aún: debe considerarse como un factor transitorio en la creación de la película y es una prueba viviente de la condición subalterna del arte del cine. Mientras éste necesite de un escritor, o sea, del auxiliar de un arte vecino, no logrará volar con sus propias alas. Ese es uno de sus límites. El otro, y todavía más grave, por supuesto, es su compromiso industrial. El propio director termina por darse cuenta, tarde o temprano, de que tampoco es mucho lo que él puede hacer dentro del estrecho margen de creación que le dejan las cuentas del productor, por un lado, y los fantasmas prestados del escritor, por el otro. Es un milagro que todavía pueda tener la impresión de que ha logrado expresarse a fondo dentro de ese callejón enrarecido. Por eso me asombra tanto, y me alegra tanto, cada vez que encuentro una película capaz de hacerme llorar, que es lo que uno va buscando en el fondo de su alma cuando se apagan las luces de la sala.

En estos días de tantas entrevistas, una pregunta que se ha repetido sin tregua es la de mis relaciones con el cine. Mi única respuesta ha sido la misma de siempre: son las de un matrimonio mal avenido. Es decir, no puedo vivir sin el cine ni con el cine, y, a juzgar por la cantidad de ofertas que recibo de los productores, también al cine le ocurre lo mismo conmigo. Desde muy niño, cuando el coronel Nicolás Márquez me llevaba en Aracataca a ver las películas de Tom Mix, surgió en mí la curiosidad por el cine. Empecé, como todos los niños de entonces, por exigir que me llevaran detrás de la pantalla para descubrir cómo eran los intestinos de la creación. Mi confusión fue muy grande cuando no vi nada más que las mismas imágenes al revés, pues me produjo una impresión de círculo vicioso de la cual no pude restablecerme en mucho tiempo. Cuando por fin descubrí cómo era el misterio, me atormentó la idea de que el cine era un medio de expresión más completo que la literatura, y esa certidumbre no me dejó dormir tranquilo en mucho tiempo. Por eso fui uno de los tantos que viajaron a Roma con la ilusión de aprender la magia secreta de Zavattini, y también uno de los que apenas lograron verlo a distancia. Ya para entonces había ganado en Colombia una batalla para el cine. Cuando llegué al espectador de Bogotá, en 1954, la única crítica de cine posible en el país era la complaciente. De no ser así, los exhibidores amenazaban con suspender los anuncios de las películas, que son para la Prensa una apreciable fuente de ingresos. Con el respaldo de los directores del periódico, que asumieron el riesgo, escribí entonces la primera columna regular de crítica de cine durante un año. Los exhibidores, que al principio asimilaban mis notas desfavorables como si fuera aceite de ricino, terminaron por admitir la conveniencia de contar con un público bien orientado.

Fue también por la ilusión de hacer cine que vine a México hace más de veinte años. Aún después de haber escrito guiones que luego no reconocía en la pantalla, seguía convencido de que el cine sería la válvula de liberación de mis fantasmas. Tardé mucho tiempo para

convencerme de que no. Una mañana de octubre de 1965, cansado de verme y no encontrarme, me senté frente a la máquina de escribir, como todos los días, pero esa vez no volví a levantarme sino al cabo de dieciocho meses, con los originales terminados de Cien años de soledad. En aquella travesía del desierto comprendí que no había un acto más espléndido de libertad individual que sentarme a inventar el mundo frente a una máquina de escribir.



# USA: mejor cerrado que entreabierto

Gabriel García Márquez, 1982.

Hace unos dieciocho años acompañé a Mercedes y a nuestros dos hijos a la ciudad fronteriza de Nuevo Laredo, donde hay un puente de hierro que tiene una pata en México y otra en Estados Unidos. Los tres pasaron al otro lado con el objetivo de solicitar una visa de reingreso a México, pues las suyas estaban vencidas. La mía también lo estaba, por supuesto; pero yo no podía acompañarles al otro lado, porque Estados Unidos me negó inclusive un permiso simple de tres horas para atravesar el puente; el paso de gente en ambos sentidos era constante y numeroso. Como en casi todas las fronteras del mundo, hay muchos que viven en un lado y trabajan en el otro, de modo que son conocidos de los funcionarios de ambos lados y ni siquiera les exigen una identificación. Pero los controles de inmigración y aduana en los dos extremos del puente eran severos con los desconocidos, y mucho más con los mexicanos; de modo que ni siquiera intenté convencer a nadie. Me senté en un escaño de madera que estaba frente al lado mexicano del puente y me dispuse a leer un paquete de revistas en ambos idiomas, mientras mi familia regresaba de aquel raro viaje al exterior. Tardaron menos de lo que todos suponíamos, pero antes de regresar ocurrió algo que sin duda no podré pasar. por alto en mis memorias: ocurrió que Mercedes quería traerme un suéter de regalo, pero no se decidía a escoger el color. De modo que se paró frente a la puerta de una tienda del otro mundo y desde allí me mostraba los suéteres disponibles, hasta que le indiqué por señas cuál prefería. Tengo este episodio muy bien anotado, no sólo por ser tan insólito y divertido, sino porque me parece un buen ejemplo de los extremos de ridiculez a que puede conducirlo a uno la estupidez ajena. Esa fue la primera vez que Estados Unidos me negó una visa y' desde entonces, cada viaje mío a ese país -con permisos provisionales y condicionados- ha dado origen a incidentes estragos. Para empezar, nunca he podido saber por qué fui declarado inaceptable para entrar en Estados Unidos. En 1959, cuando solicité en Bogotá mi primera visa para trabajar como corresponsal de la agencia cubana de noticias en Nueva York, me dieron de inmediato una tarjeta de residente; disfruté de ella durante casi un año, hasta que abandoné la agencia y me vine a México. Un funcionario de la Embajada de Estados Unidos en este país me encontró sin dificultad y me pidió devolver las tarjetas de residentes de toda la familia; me sorprendió la eficacia con que encontraron mi dirección, así como había de sorprenderme después que no la encontrarán nunca para devolverme los dólares excedentes de la última liquidación de impuestos que había hecho en Nueva York. Durante más de diez años fueron inútiles todos mis esfuerzos para que me concedieran la visa o, al menos, para que alguien me explicara cuál era el motivo de mi inelegibilidad. Un amigo que creyó descifrar un código secreto de la embajada donde trabajaba me dijo el motivo: actos terroristas en Camerún. No me sorprendió, porque estoy acostumbrado a esta clase de disparates, sobre todo teniendo conciencia de que siempre he sido un enemigo público del terrorismo y que nunca en mi vida he estado en Camerún. Sin embargo, la razón oficial, que distintos consulados me han repetido muchas veces a lo largo de tantos años, ha sido siempre la misma. Se me atribuye el cargo frívolo de pertenecer, o haber pertenecido, a un partido comunista o a alguna organización afiliada. Podría ser cierto, y no tendría nada de qué

arrepentirme; pero el caso es que no lo es. Nunca he pertenecido a ningún partido de ninguna clase.

La primera vez que aceptaron darme una visa de una semana, y circunscrita a la isla de Manhattan, fue en 1971, cuando la Universidad de Columbia, de Nueva York, me ofreció el grado de doctor honoris causa en Letras. Mi alegría -de volver a Nueva York se ensombreció mucho por otro incidente tan divertido como lamentable. El Departamento de Estado, temiendo que las autoridades de inmigración del aeropuerto de Nueva York hicieran algo indebido que pudiera repercutir en la Prensa, mandó desde Washington un funcionario, que debía recibirme a las ocho de la noche en el aeropuerto, acompañarme luego al hotel y regresar de inmediato en el avión más próximo, para estar al día siguiente en su oficina. Sólo que mi avión no iba desde Fráncfort, sino desde Barranquilla (Colombia), y no llegó a las ocho de la noche, sino a las cuatro de la madrugada. Encontré al pobre hombre muerto de hambre y de sueño, después de haber leído casi tres veces durante la espera una versión inglesa de El coronel no tiene quien le escriba. Lo había conseguido al menos para saber quién .era y qué había escrito el hombre que iba a recibir en el aeropuerto. Al amanecer, cuando me dejó en el hotel, quise ponerle un autógrafo en el libro, pero él me confesó avergonzado que era de una biblioteca circulante y no se podía escribir nada en sus páginas. Salió disparado, tratando de alcanzar un avión del alba que le permitiera estar a tiempo en su oficina, y me dejó con el mal sabor de haberle estropeado una noche completa a un pobre empleado público, mal pagado y sin ningún sentido del humor, y que no tenía nada que ver con la imbecilidad de los burócratas que no se atrevían a concederme la visa completa ni a negármela completa. Una de las cosas que me gustan menos de los gringos es su conciencia de pecadores. Viven enredados con ella. Y donde más se nota es, por cierto, en este problema que ellos mismos se han creado con sus visas a escritores y artistas latinoamericanos; tengo incontables amigos cuya entrada les ha sido prohibida en Estados Unidos. Invitado perpetuo de las universidades y otros organismos culturales norteamericanos, Julio Cortázar tiene que someterse a toda clase de vueltas cada vez que quiere cumplir un compromiso en ese país. Sin embargo, el único cargo que pueden hacerle -aparte del de ser un escritor que piensa con su propia cabeza- es que siempre ha sido partidario de la revolución cubana y ahora lo es del proceso de Nicaragua. Carlos Fuentes, cuyas ideas políticas las proclama él mismo cada vez que puede, aun dentro de Estados Unidos, es un inelegible a quien le conceden un permiso provisional muy limitado. Son muchos los escritores, artistas y profesores de América Latina que no son víctimas del mismo sistema de discriminación. Es decir: se nos permite la entrada a Estados Unidos cuando vamos a prestar algún servicio. Si no, nos la niegan con el argumento revenido de los vínculos comunistas.

En ese sentido, los casos de la crítica de arte argentina Marta Traba y del profesor y crítico uruguayo Ángel Rama constituyen un escándalo muy especial. Al cabo de varios años de excelentes servicios en la Universidad de Maryland, se les ha notificado sin más vueltas que deben abandonar el país. A Ángel Rama se le ofrece la opción más humillante: apelar como defensor y prometer mediante declaración jurada que renuncia a su pretendida vocación comunista. A Marta Traba le niegan inclusive esa opción.

Todo esto me parece no sólo estúpido, sino además inconsecuente: si nos impiden la entrada a nosotros, sería racional que se la impidieran también a nuestros libros, pues si los talentos ocultos del Departamento de Justicia lo pensarán dos veces se darían cuenta de algo que ya Hitler había descubierto, y es que los libros son más peligrosos que quienes los escriben.

El hecho de que esto no les importe a los Gobiernos de Estados Unidos permite pensar que la prohibición de ingreso no es un acto defensivo de la sociedad norteamericana, como sus gobernantes dicen, sino que es un simple castigo imperial contra sus críticos.

# La cándida Erendira y su abuela

## Irene Papas

Gabriel García Márquez, 1982.

Hace muchos años, en una noche de parranda de un remoto pueblo del Caribe, conocí a una niña de once años que era prostituida por una matrona que bien hubiera podido ser su abuela. Andaba en un burdel ambulante que iba de pueblo en pueblo, siguiendo el itinerario de las fiestas patronales y llevando consigo su propia carpa, su propia banda de músicos y sus propios puestos de alcoholes y comidas. Yo tenía entonces unos dieciséis años y era consciente de que tarde o temprano sería escritor. La niña era uno de los seres más escuálidos que recuerde, y su actitud no tenía nada que ver con su oficio. Casi podía decirse que no tenía la menor idea de lo que estaba haciendo, sino que parecía repetir una lección aprendida de memoria. Su estancia en el pueblo fue sólo de tres días, pero la memoria que dejó duró mucho tiempo. Al parecer, había sido seducida a la edad de diez años por un tendero libidinoso, que le dio un plátano maduro a cambio de su virginidad, y la vieja matrona que la disfrutaba ejercía sobre ella un dominio inclemente mediante el terror. Nunca olvidé aquel episodio, y a medida que pasaba la vida se iba definiendo en mi memoria la certidumbre de que la matrona era su abuela. Cuando escribí Cien años de soledad me pareció que aquel recuerdo era adecuado para la iniciación sexual del adolescente que más tarde había de convertirse en el coronel Aureliano Buendía, y así lo utilicé. En el momento de escribirlo se me ocurrió algo que era fundamental: por qué la abuela explotaba a la nieta. Y entonces supe que lo hacía para pagarse el valor de la casa que se había incendiado por culpa de un descuido de la niña.

Aunque no era la primera vez que me sucedía, me llamó la atención que aquella imagen siguiera persiguiéndome, a pesar de que ya la había utilizado. Sin embargo, no lograba sentirla como una novela, sino como un drama en imagen. Era más cine que literatura. De modo que lo escribí en forma de guión y sólo muchos años después decidí someterla a un segundo tratamiento novelizado.

El nombre de la niña, que se me ocurrió a última hora, lo había conocido en México y es un nombre tarasco: Erendira. En cambio, nunca se me ocurrió un nombre convincente para la abuela, como no se me había ocurrido tampoco para el coronel que no tenía quien le escribiera, ni para el viejo patriarca de más de doscientos años que a veces se oía llamar Nicanor y a veces Zacarías. Parece tonto, pero está muy lejos de serlo: si el hombre no se ajusta al personaje con un nombre ajeno, se le crea a nadie, y hay muchas novelas en este mundo, inclusive novelas buenas, que se desbarrancan en el olvido porque los personajes tienen nombres equivocados. Algún día, con más tiempo, quisiera hacer algunas reflexiones y contar experiencias propias en relación con, los nombres de los personajes. Juan Rulfo - cuyos personajes tienen los nombres más hermosos y sorprendentes de nuestra literatura - me dijo alguna vez que él los encuentra en las lápidas de los cementerios, mezclando nombres de unos muertos con los apellidos de los otros, hasta lograr sus combinaciones

incomparables: Fulgor Sedano, Matilde Arcángel, Toribio Altrete y tantos otros. Es algo tan importante que la actriz griega Irene Papas se resistía a aceptar el papel de la abuela en la película mientras yo no le pusiera un nombre. "Si no tiene un nombre no lograré sentir que soy yo", me dijo. Pero yo también fui sincero: si no sabía el nombre no podía ponerle uno cualquiera, porque corría el riesgo de que se nos volviera un personaje distinto. Irene Papas decidió entonces ponerle al personaje un nombre secreto, sólo para ella, para poder evocarlo y meterse con facilidad dentro de su pellejo. Me prometió no decirlo nunca, y si alguna vez lo dice, espero no conocerlo.

El primer tratamiento del guión cinematográfico fue escrito hace catorce años. Durante todo ese tiempo, las diferentes tentativas de realización se habían frustrado por motivos diversos. Pero todas las condiciones que siempre parecían dispersas empezaron a integrarse hace unos dos años, hasta convertirse en una aventura compacta, capaz de instalar en la realidad un sueño muy antiguo. Rui Guerra, el director brasileño nacido en Mozambique, había esperado varios años con una paciencia de portugués hasta que el sueño estuviera completo. Ahora me parece una vivencia irreal aquella noche de quién sabe cuándo en Barcelona, cuando él y yo nos pusimos de acuerdo en que él sería el director de la película. Estábamos en una sala tan grande, él sentado en un extremo y yo sentado en el otro, que yo tenía que atravesarla cada vez que iba a servirle un trago. De modo que lo resolvimos con un sentido práctico digno de dos poetas: destapamos una botella para cada uno, y sólo cuando acabamos de tomarla dimos por terminada la conversación. Entonces eran las siete de la mañana y apenas podíamos caminar, pero ambos teníamos la convicción de que tarde o temprano haríamos la película. Desde entonces, casi como si fuera un rito memorable, Rui Guerra y yo conservamos la costumbre de encontrarnos en cualquier parte del mundo y en los momentos menos pensados, pero siempre que nos sentamos a beber lo hacemos cada uno de su botella propia.

Yo no estaba muy seguro de que el personaje de la abuela le fuera bien a Irene Papas, que es una de las más grandes actrices de nuestro tiempo. Siempre me había imaginado a la abuela como está escrita: con una gordura inmensa y unos enormes ojos diáfanos y unos setenta años de edad. Hice todo lo posible por convencer a Simone Signoret de que tenía el tipo perfecto y que con un poco de trapos más y un maquillaje adecuado podía ganar lo que le faltaba. Pero no fue posible, y en las diversas ocasiones en que lo discutimos su argumento fue siempre el mismo y muy respetable: al cabo de una carrera larga y brillante, Simone Signoret había conseguido imponer la misma imagen que tiene en la realidad, y no quería malograrla con la encarnación de un personaje desalmado. En cambio, cuando conocí a Irene Papas en un hotel de Roma me impresionó con la fuerza devastadora de un huracán y me sedujo de inmediato su corazón de griega desmandada, pero me pareció demasiado joven y esbelta para representar a la abuela. Rui Guerra me pidió un poco de confianza. "De acuerdo", le dije, "ya lo veremos en la pantalla". Por el resto del reparto no hubo problema. Durante muchos años le repetí a Rui Guerra mi convicción de que Brasil era un país lleno de Erendiras por todas partes, y allí encontró él a Claudia Ohana, que es una réplica embellecida del original. Ulises, el adolescente holandés de la historia, apareció como hecho sobre medida con sus resplandores angélicos en una escuela de danza clásica en Alemania Federal. Todo el resto era fácil.

La semana pasada, mientras mis amigos del mundo entero celebraban mi fiesta nobiliaria, todo el interés de mi alma estaba concentrado en una hacienda en ruinas, a setenta kilómetros de San Luis Potosí, en México, donde se acaba de iniciar la filmación de la historia escrita hace catorce años. Es una empresa babélica: un autor colombiano, un director brasileño nacido en Mozambique, una actriz griega y otra brasileña, y el resto alemanes, franceses y mexicanos, en una producción franco-alemano-mexicana. Cada quien habla como puede en la lengua que puede, pero todo el mundo se entiende a través de la historia. Para mí, sin embargo, la mayor alegría me la proporcionó el tener que admitir, una vez más, que la realidad termina por imponerse a la fuerza sobre cualquier tentativa mixtificadora de la imaginación. En efecto, cuando vi a Irene Papas metida en su pellejo de abuela, confirmé lo que había pensado en Roma: era demasiado joven y esbelta para el personaje inventado por mí. Pero en cambio me bastó ese mismo golpe de vista para descubrir -no sin cierta vergüenza de mí mismo- que era idéntica a aquella abuela desalmada de la realidad que conocí hace tantos años en una noche de parranda del Caribe.

# Hemingway en Cuba

Gabriel García Márquez, 1982.

Ernest Miller Hemingway llegó por primera vez a La Habana en abril de 1928, a bordo del vapor francés Orita, que lo llevó de Le Havre a Cayo Hueso en una travesía de dos semanas. Lo acompañaba su segunda esposa, Pauline Pfeiffer, con quien se había casado apenas diez meses antes, y ni él ni ella debían tener por aquella ciudad del Caribe un interés mayor que el de una escala tropical de dos días después del vasto océano y el bravo invierno de Francia. Hemingway tenía treinta años, había sido corresponsal de Prensa en Europa y chófer de ambulancias en la primera guerra mundial, y había publicado, con un cierto éxito, su primera novela. Pero todavía estaba lejos de ser un escritor famoso, y seguía necesitando un oficio secundario para comer y no tenía una casa estable en ninguna parte del mundo. Pauline, en cambio, era lo que entonces se llamaba una mujer de sociedad. Sobrina de un magnate norteamericano de los cosméticos, que la mimaba como a una nieta, lo tenía todo en la vida, inclusive la belleza estelar y el humor incierto de la esposa de Francis Macomber. Pero aquél no era su mejor abril. Estaba encinta y aburrida del mar, y el único deseo de ambos era llegar cuanto antes a Cayo Hueso, donde iban a instalarse para que Hemingway terminara su segunda novela: Adiós a las armas. De esas 48 horas de Hemingway en La Habana no quedó ninguna huella en su obra. Es verdad que en sus artículos de Prensa él solía hacer revelaciones muy inteligentes sobre los lugares que visitaba y la gente que conocía, pero entonces se había impuesto un receso como, periodista para consagrarse por completo a escribir novelas. Sin embargo, seis años después escribió su primer artículo de reincidente, y era sobre un tema cubano. A partir de entonces escribió una media docena sobre su estancia en Cuba, pero en ninguno de ellos hizo revelaciones útiles para la reconstitución de su vida privada, pues se referían de un modo general a su pasión dominante en aquella época: la pesca mayor. "Esta pesca", escribió en 1956, "era en otro tiempo lo que nos llevaba a Cuba". La frase permite pensar que en el momento de escribirla, cuando ya Hemingway llevaba veinte años viviendo en La Habana, los motivos de su residencia eran más hondos o al menos más variados que el placer simple de pescar.

Cerca del bar El Floridita está el hotel Ambos Mundos, donde Hemingway alquilaba una habitación cada vez que se quedaba a dormir en tierra, y terminó por hacer de ella un sitio permanente para escribir cuando regresó de la guerra civil española. Años después, en su entrevista histórica con Georges Plimpton, dijo: "El hotel Ambos Mundos era un buen sitio para escribir". Cuando uno piensa en la meticulosidad con que Hemingway escogía los lugares para escribir, su preferencia por aquel hotel sólo podría tener una explicación: sin proponérselo, tal vez sin saberlo, estaba sucumbiendo a otros en cantos de Cuba, distintos y más difíciles de descifrar que los grandes peces de septiembre y más importantes para su alma en pena que las cuatro paredes de su cuarto. Sin embargo, cualquier mujer que debiera esperar a que él terminara su jornada de escritor para volver a ser su esposa no podía soportar aquel cuarto sin vida. La bella Pauline Pfeiffer lo había abandonado en sus momentos más duros. Pero Martha Gellhorn, con quien Hemingway se casó poco después, encontró la solución inteligente, que fue buscar una casa donde su marido pudiera escribir a

gusto, y al mismo tiempo, hacerla feliz. Fue así como encontró en los anuncios clasificados de los periódicos el hermoso refugio campestre de Finca Vigía, a pocas leguas de La Habana, que alquiló primero por cien dólares mensuales, y que Hemingway compró más tarde por 18.000 al contado. A muchos escritores que tienen casas en distintos lugares del mundo les suelen preguntar cuáles consideran como su residencia principal, y casi todos contestan que es aquella donde tienen sus libros. En Finca Vigía, Hemingway tenía 9.000 y, además, cuatro perros; y 34 gatos.

Vivió en La Habana veintidós años en total. Allí pasó casi la mitad de su vida útil de escritor, y escribió sus obras mayores: parte de Tener o no tener, Por quién doblan las campanas, A través del río y entre los árboles, París era un fiesta e Islas en el golfo y, además, hizo incontables tentativas de la rara novela proustiana sobre el aire, la tierra y el agua, que siempre quiso escribir. Sin embargo, son éstos los años menos conocidos de su vida, no sólo porque fueron los más íntimos, sino porque sus biógrafos han coincidido en pasar sobre ellos con una fugacidad sospechosa.

Cómo era ese Hemingway secreto fue la pregunta que se hizo el joven periodista cubano Norberto Fuentes, en junio de 1961, cuando su jefe de redacción lo mandó a Finca Vigía para que escribiera un artículo sobre el hombre que la semana anterior se había volado la cabeza con un tiro de rifle en el paladar. Lo único que Norberto Fuentes sabía de Hemingway en aquel momento era lo poco que su padre le había contado una tarde en que lo encontraron por casualidad en el ascensor de un hotel. En alguna ocasión -cuando no tenía más de diez años- lo vio pasar en el asiento posterior de un largo Plymouth negro, y tuvo la impresión fantástica de que lo llevaban a enterrar sentado en la carroza fúnebre más conocida en las cantinas de la ciudad. A partir de aquellas viviendas fugaces, Norberto Fuentes se empeñó en la tarea colosal de averiguar cómo era el Hemingway de Cuba, que algunos de sus biógrafos póstumos parecían interesados no sólo en ocultar, sino también en tergiversar. Necesitó veinte años de pesquisas meticulosas, de entrevistas arduas, de reconstituciones que parecían imposibles, hasta rescatarlo de la memoria de los cubanos sin nombre que de veras compartieron su ansiedad cotidiana: su médico personal, los tripulantes de sus botes de pesca, sus compinches de las peleas de gallos, los cocineros y sirvientes de cantinas, los bebedores de ron en las noches de parranda de San Francisco de Paula. Permaneció meses enteros escudriñando los rescoldos de su vida en Finca Vigía, y logró descubrir los rastros de su corazón en las cartas que nunca puso en el correo, en los borradores arrepentidos, en las notas a medio escribir, en su magnífico diario de navegación, donde resplandece toda la luz de su estilo. Estableció por percepción propia que Hemingway había estado dentro del alma de Cuba mucho más de lo que suponían los cubanos de su tiempo, y que muy pocos escritores han dejado tantas huellas digitales que delaten su paso por los sitios menos pensados de la isla. El resultado final es este reportaje encarnizado y clarificador de casi setecientas páginas que acabo de leer en sus originales, y que nos devuelve al Hemingway vivo y un poco pueril que muchos creíamos vislumbrar apenas entre las líneas de sus cuentos magistrales. El Hemingway nuestro: un hombre azorado por la incertidumbre y la brevedad de la vida, que nunca tuvo más de un invitado en su mesa y que logró descifrar como pocos en la historia humana los misterios prácticos del oficio más solitario del mundo.



# Obregón o la vocación desafortada (\*)

Gabriel García Márquez, 1982.

Hace muchos años, un amigo le pidió a Alejandro Obregón que lo ayudara a buscar el cuerpo del patrón de su bote, que se había ahogado al atardecer, mientras pescaban sábalos de veinte libras en la ciénaga grande. Ambos recorrieron durante toda la noche aquel inmenso paraíso de aguas marchitas, explorando sus recodos menos pensados con luces de cazadores, siguiendo la deriva de los objetos flotantes, que suelen conducir a los pozos donde se quedan a dormir los ahogados. De pronto, Obregón lo vio: estaba sumergido hasta la coronilla, casi sentado dentro del agua, y lo único que flotaba en la superficie eran las hebras errantes de su cabellera. "Parecía una medusa", me dijo Obregón. Agarró el mazo de pelos con las dos manos y, con su fuerza descomunal de pintor de toros y tempestades, sacó al ahogado entero, con los ojos abiertos, enorme, chorreando lodo de anémonas y mantarrayas, y lo tiró como un sábalo muerto en el fondo del bote. Este episodio, que Obregón me vuelve a contar porque yo se lo pido cada vez que nos emborrachamos a muerte -y que además me dio la idea para un cuento de ahogados-, es tal vez el instante de su vida que más se parece a su arte. Así pinta, en efecto, como pescando ahogados en la oscuridad. Su pintura con horizontes de truenos sale chorreando minotauros de lidia, cóndores patrióticos, chivos arrechos, barracudas berracas. En medio de la fauna tormentosa de su mitología personal anda una mujer coronada de guirnaldas florentinas, la misma de siempre y de nunca, que merodea por sus cuadros con las claves cambiadas, pues en realidad es la criatura imposible por la que este romántico de cemento armado se quisiera morir. Porque él lo es como lo somos todos los románticos, y como hay que serlo: sin ningún pudor.

La primera vez que vi a esa mujer fue el mismo día en que conocí a Obregón, hace ahora 32 años, en su taller de la calle de San Blas, en Barranquilla. Eran dos aposentos grandes y escuetos por cuyas ventanas despernancadas subía el fragor babilónico de la ciudad. En un rincón distinto, entre los últimos bodegones picassianos y las primeras águilas de su corazón, estaba ella con sus lotos colgados, verde y triste, sosteniéndose el alma con la mano. Obregón, que acababa de regresar de París y andaba como atarantado por el olor de la guayaba, era ya idéntico a este autorretrato suyo que me mira desde el muro mientras escribo, y que él trató de matar una noche de locos con cinco tiros de grueso calibre. Sin embargo, lo que más me impresionó cuando lo conocí no fueron esos ojos diáfanos de corsario que hacían suspirar a los maricas del mercado, sino sus manos grandes y bastas, con las cuales lo vimos tumbar media docena de marineros suecos en una pelea de burdel. Son manos de castellano viejo, tierno y bárbaro a la vez, como don Rodrigo Díaz de Vivar, que cebaba sus halcones de presa con las palomas de la mujer amada.

Esas manos son el instrumento perfecto de una vocación desafortada que no le ha dado un instante de paz. Obregón pinta desde antes de tener uso de razón, a toda hora, sea donde sea, con lo que tenga a mano. Una noche, por los tiempos del ahogado, habíamos ido a beber gordolobo en una cantina de vaporinos todavía a medio hacer. Las mesas estaban

amontonadas en los rincones, entre sacos de cemento y bultos de cal, y los mesones de carpintería para hacer las puertas. Obregón estuvo un largo rato como en el aire, trastornado por el tufo de la trementina, hasta que se trepó en una mesa con un tarro de pintura, y de un solo trazo maestro pintó a brocha gorda en la pared limpia un unicornio verde. No fue fácil convencer al propietario de que aquel brochazo único costaba mucho más que la misma casa. Pero lo conseguimos. La cantina sin nombre siguió llamándose El Unicornio desde aquella noche, y fue atracción de turistas gringos y cachacos pendejos hasta que se la llevaron al carajo los vientos inexorables que se llevan al tiempo.

En otra ocasión, Obregón se fracturó las dos piernas en un accidente de tránsito, y durante las dos semanas de hospital esculpió sus animales totémicos en el yeso de la entablilladura con un bisturí que le prestó la enfermera. Pero la obra maestra no fue la suya, sino la que tuvo que hacer el cirujano para quitarle el yeso de las dos piernas esculpidas, que ahora están en una colección particular en Estados Unidos. Un periodista que lo visitó en su casa le preguntó con fastidio qué le pasaba a su perrita de aguas que no tenía un instante de sosiego, y Obregón le contestó: "Es que está nerviosa porque ya sabe que la voy a piritar". La pintó, por supuesto, como pinta todo lo que encuentra en todo lo que encuentra a su paso, porque piensa que todo lo que existe en el mundo se hizo para ser pintado. En su casa de virrey de Cartagena de Indias, donde todo el mar Caribe se mete por tina sola ventana, uno encuentra su vida cotidiana y además otra vida pintada por todas partes: en las lámparas, en la tapa del inodoro, en la luna de los espejos, en la caja de cartón de la nevera. Muchas cosas que en otros artistas son defectos son en él virtudes legítimas, como el sentimentalismo, como los símbolos, como los arrebatos líricos, como el fervor patriótico. Hasta algunos de sus fracasos quedan vivos, como esa cabeza de mujer que se quemó en el horno de fundición, pero que Obregón conserva todavía en el mejor sitio de su casa, con medio lado carcomido y una diadema de reina en la frente. No es posible pensar que aquel fracaso no fue querido y calculado cuando uno descubre en ese rostro sin ojos la tristeza inconsolable de la mujer que nunca llegó.

A veces, cuando hay amigos en casa, Obregón se mete en la cocina. Es un gusto verlo ordenando en el mesón las mojarras azules, la trompa de cerdo con un clavel en la nariz, el costillar de ternera todavía con la huella del corazón, los plátanos verdes de Arjona, la yuca de San Jacinto, el ñame de Turbaco. Es un gusto ver cómo prepara todo, cómo lo corta y lo distribuye según sus formas y colores, y cómo lo pone a hervir a grandes aguas con el mismo ángel con que pinta. "Es como echar todo el paisaje dentro de la olla", dice. Luego, a medida que hierve, va probando el caldo con un cucharón de palo y vaciándole dentro botellas y botellas y botellas de ron de tres esquinas, de modo que éste termina por sustituir en la olla el agua que se evapora. Al final, uno comprende por qué ha habido que esperar tanto con semejante ceremonial de sumo pontífice, y es que aquel sancocho de la edad de piedra que Obregón sirve en hojas de bijao no es un asunto de cocina, sino pintura para comer. Todo lo hace así, como pinta, porque no sabe hacer nada de otro modo. No es que sólo viva para pintar. No: es que sólo vive cuando pinta. Siempre descalzo, con una camiseta de algodón que en otro tiempo debió servirle para limpiar pinceles y unos pantalones recortados por él mismo con un cuchillo de carnicero, y con un rigor de albañil que ya hubiera querido Dios para sus curas.

(\*) Esta es la nota de presentación del catálogo de la exposición que el pintor colombiano Alejandro Obregón inauguró esta semana en el Metropolitan Museum and Art Center de Coral Gable, Fla. (EE UU).

# El cuento después del cuento

Gabriel García Márquez, 1982.

Clotilde Armenta, que es un personaje de mi novela más reciente, exclamó de pronto en alguna parte del libro: "¡Dios mío, qué solas estamos las mujeres en el mundo!". Rossana Rossanda, que es uno de los seres humanos más inteligentes que "conozco, me preguntó en una entrevista de Prensa cómo había llegado yo a esa conclusión. "¿Desde cuándo lo sabes?", fue su pregunta concreta. Ningún periodista me había puesto a pensar tanto sobre el comportamiento de alguno de mis personajes. Sobre todo, ninguno, como Rossana Rossanda en esa ocasión, me había obligado a pensar tan en serio sobre el papel de las mujeres en mis libros -y tal vez en mi vida-, que es algo de lo cual muchos críticos han hablado no sólo más de lo que deben, sino inclusive más de lo que saben. El personaje de Clotilde Armenta, que no existió en la realidad, fue inventado por mí, de cuerpo entero, porque me hacía falta como contrapeso a Pura Vicario, la madre de la protagonista principal. El carácter de Clotilde Armenta lo fui construyendo a medida que lo escribía, de acuerdo con los meandros imprevistos del drama. Siempre tuve la intuición de que el crimen de la realidad no se pudo impedir porque en la vida real no existió una mujer como ella, y en algún momento tuve la tentación de que, en efecto, lo impidiera en el libro. Sin embargo, a cada paso me daba cuenta de que lo único que ella podía hacer para impedirlo era solicitar la ayuda de otros, y casi siempre esos otros eran hombres. Era una realidad, no sólo dentro de la ficción, sino dentro de las condiciones sociales del pueblo. En la culminación, del drama, yo mismo descubrí, no sin cierto deslumbramiento, que era allí donde radicaba la impotencia de Clotilde Armenta para impedir el crimen. Entonces fue cuando exclamó: "¡Dios mío, qué solas estamos las mujeres en el mundo!". No lo dije yo. Lo dijo ella, aunque sea algo difícil de entender por alguien que no sea escritor. Sin embargo, creo que ella y yo lo descubrimos al mismo tiempo, y que al descubrirlo nos dimos cuenta de que lo sabíamos desde hacía mucho tiempo pero no lo lográbamos explicárnoslo. Fue eso lo que le contesté a Rossana Rossanda para una entrevista que publicó hace pocos meses en su periódico, *Il Manifesto*, de Roma.

Uno de los primeros lectores del libro me dijo: "Esto no es más que un sucio asunto de mujeres". Otro me señaló que era un drama de jóvenes, pues, en realidad, ninguno de sus protagonistas era mayor de veinticinco años, y este lector creyó entender que el libro era una prueba de que fueron los prejuicios de los adultos los que determinaron la tragedia. En todo caso, mi convicción es que la participación de las mujeres fue decisiva en el drama, y esto corresponde a mi convicción de que el machismo es un producto cultural de las sociedades matriarcales. El personal que comandaba el drama desde las sombras era Pura Vicario, la madre de Ángela -cosa que no ocurrió, por cierto, en la realidad-, y no creo que lo hiciera por vocación, sino porque pensaba, que la familia no sería capaz de sobrevivir al repudio social si sus hijos no lavaban la afrenta. Ángela Vicario descubrió esa verdad mucho más tarde, en el hotel del puerto de Riohacha, cuando volvió a ver al esposo que la había repudiado y descubrió que lo amaba por encima de todo, y comprendió que la madre era la única responsable de la desgracia. Entonces la vio tal como era: "Una pobre mujer

consagrada al culto de sus defectos". En todo caso, a mi modo de ver, lo que revela mejor la injusticia y la miseria de aquella sociedad es que la mujer más libre del pueblo, y en realidad la única libre, era María Alejandrina Cervantes, la puta grande.

Otro aspecto que le interesaba mucho a Rossana Rossanda era el ingrediente de la fatalidad en el drama. En realidad nunca me interesó la fatalidad como factor determinante. Lo que se parece a la fatalidad en la Crónica de una muerte anunciada no es más que un elemento mecánico de la narración. Tal como en el Edipo rey, de Sófocles -aunque parezca extraño en una tragedia griega-, cuya esencia no es la fatalidad de los hechos sino el drama del hombre en la búsqueda de su identidad y su destino.

En mi novela, mi trabajo mayor fue descubrir y revelar la serie casi infinita de coincidencias minúsculas y encadenadas que dentro de una sociedad como la nuestra hicieron posible aquel crimen absurdo. Todo era evitable, y fue la conducta social, y no el fatum, lo que impidió evitarlo. Rossana Rossanda no sólo estaba de acuerdo, sino que tal vez descifró la clave más inquietante. "Este no es el drama de la fatalidad", me dijo, "sino el drama de la responsabilidad". Más aún: el drama de la responsabilidad colectiva. Yo creo, incluso, que la novela termina por desprestigiar el mito de la fatalidad, puesto que trata de desmontarla en sus piezas primarias y demuestra que somos nosotros los únicos dueños de nuestro destino. Todo esto me parece más evidente cada vez que evoco el día aciago en que ocurrieron los hechos en la realidad. Yo no fui testigo presencial, pero conocía muy bien el lugar y conocía muy bien a los protagonistas, que al fin y al cabo eran todos los habitantes del pueblo. Recuerdo que cuando conocí la noticia y sus pormenores, mi primera reacción fue de rabia, pues, por más que le daba vueltas y más vueltas, todo me parecía evitable. A partir de entonces, todos los testigos con quienes he seguido hablando se siguen preguntando cómo fue que ellos mismos no pudieron impedirlo, y en todos he encontrado tanta ansiedad por justificar sus actos de aquel día que he creído reconocer en esa ansiedad un cierto sentimiento de culpa. Yo creo que lo que los paralizó fue la creencia, consciente o inconsciente, de que aquel crimen ritual era un acto socialmente legítimo. Las circunstancias en que Bayardo San Román volvió con la esposa repudiada no fueron tampoco las mismas que en el libro. Debo reconocer que en este caso la realidad fue más aleccionadora. Todo fue, al parecer, un rumor que circuló casi veinte años después entre los testigos. Según ese rumor, el marido había hecho toda clase de gestiones para volver con la esposa repudiada, y fue ella quien no quiso aceptarlo. Sin duda, el tiempo no había pasado con igual velocidad ni con igual intensidad para ella y para su marido. Pero lo que entonces me interesaba era que aquella tentativa de reconciliación -tal vez inventada por los propios testigos- se divulgó de inmediato entre los sobrevivientes, y éstos divulgaron el rumor como si fuera un hecho cumplido que los viejos esposos habían vuelto a reunirse y vivirían felices para siempre. Tal vez sentían que todos necesitábamos de esa reunificación, porque era como el final de la culpa colectiva, como si el desastre de que todos éramos culpables pudiera no sólo ser re parado sino borrado para siempre de la memoria social. Lo malo para todos es que siempre aparece un aguafiesta desperdigado cuya única función en el mundo es recordar lo que los otros olvidan.

# Se necesita un escritor

Gabriel García Márquez, 1983.

Me preguntan con frecuencia qué es lo que me hace más falta en la vida, y siempre contesto la verdad: "Un escritor". El chiste no es tan bobo como parece. Si alguna vez me encontrara con el compromiso ineludible de escribir un cuento de quince cuartillas para esta noche, acudiría a mis incontables notas atrasadas y estoy seguro de que llegaría a tiempo a la imprenta. Tal vez sería un cuento muy malo, pero el compromiso quedaría cumplido, que al fin y al cabo es lo único que he querido decir con este ejemplo de pesadilla. En cambio, no sería capaz de escribir un telegrama de felicitación ni una carta de pésame sin reventarme el hígado durante una semana. Para estos deberes indeseables, como para tantos otros de la vida social, la mayoría de los escritores que conozco quisieron apelar a los buenos oficios de otros escritores. Una buena prueba del sentido casi bárbaro del honor profesional lo es sin duda esta nota que escribo todas las semanas, y que por estos días de octubre va a cumplir sus primeros dos años de sociedad. Sólo una vez ha faltado en este rincón, y no fue por culpa mía: por una falla de última hora en los sistemas de transmisión. La escribo todos los viernes, desde las nueve de la mañana hasta las tres de la tarde, con la misma voluntad, la misma conciencia, la misma alegría y muchas veces con la misma inspiración con que tendría que escribir una obra maestra. Cuando no tengo el tema bien definido me acuesto mal la noche del jueves, pero la experiencia me ha enseñado que el drama se resolverá por sí solo durante el sueño y que empezará a fluir por la mañana, desde el instante en que me siento ante la máquina de escribir. Sin embargo, casi siempre tengo varios temas pensados con anticipación, y poco a poco voy recogiendo y ordenando los datos de distintas fuentes y comprobándolos con mucho rigor, pues tengo la impresión de que los lectores no son tan indulgentes con mis metidas de pata como tal vez lo serían con el otro escritor que me hace falta. Mi primer propósito con estas notas es que cada semana les enseñen algo a los lectores comunes y corrientes, que son los que me interesan, aunque esas enseñanzas les parezcan obvias y tal vez pueriles a los sabios doctores que todo lo saben. El otro-propósito -el más difícil- es que siempre estén tan bien escritas como yo sea capaz de hacerlo sin la ayuda del otro, pues siempre he creído que la buena escritura es la única felicidad que se basta de sí misma.

Esta servidumbre me la impuse porque sentía que entre una novela y otra me quedaba mucho tiempo sin escribir, y poco a poco -como los peloteros- iba perdiendo la calentura del brazo. Más tarde, esa decisión artesanal se convirtió en un compromiso con los lectores, y hoy es un laberinto de espejos del cual no consigo salir. A no ser que encontrara, por supuesto, al escritor providencial que saliera por mí. Pero me temo que ya sea demasiado tarde, pues las tres únicas veces en que tomé la determinación de no escribir más estas notas me lo impidió, con su autoritarismo implacable, el pequeño argentino que también yo llevo dentro.

La primera vez que lo decidí fue cuando traté de escribir la primera, después de más de veinte años de no hacerlo, y necesité una semana de galeote para terminarla. La segunda vez fue hace más de un año, cuando pasaba unos días de descanso con el general Omar

Torrijos en la base militar de Farallón, y estaba el día tan diáfano y tan pacífico el océano que daban más ganas de navegar que de escribir. "Le mando un telegrama al director diciendo que hoy no hay nota, y ya está", pensé, con un suspiro de alivio. Pero no pude almorzar por el peso de la mala conciencia y, a las seis de la tarde, me encerré en el cuarto, escribí en una hora y media lo primero que se me ocurrió y le entregué la nota a un edecán del general Torrijos para que la enviara por télex a Bogotá, con el ruego de que la mandaran desde allí a Madrid y a México. Sólo al día siguiente supe que el general Torrijos había tenido que ordenar el envío en un avión militar hasta el aeropuerto de Panamá, y, desde allí, en helicóptero, al palacio presidencial, desde donde me hicieron el favor de distribuir el texto por algún canal oficial.

### **Escribo la novela todos los días**

La última vez, hace ahora seis meses, cuando descubrí al despertar que ya tenía madura en el corazón la novela de amor que tanto había anhelado escribir desde hacía tantos años, y que no tenía otra alternativa que no escribirla nunca o sumergirme en ella de inmediato y de tiempo completo. Sin embargo, a la hora de la verdad, no tuve suficientes riñones para renunciar a mi cautiverio semanal, y por primera vez estoy haciendo algo que siempre me pareció imposible: escribo la novela todos los días, letra por letra, con la misma paciencia, y ojalá con la misma suerte con que picotean las gallinas en los patios, y oyendo cada día más cerca los pasos temibles de animal grande del próximo viernes. Pero aquí estamos otra vez, como siempre, y ojalá para siempre.

Ya sospechaba yo que no escaparía jamás de esta jaula desde la tarde en que empecé a escribir esta nota en mi casa de Bogotá y la terminé al día siguiente bajo la protección diplomática de la embajada de México; lo seguí sospechando en la oficina de Telégrafos de la isla de Creta, un viernes del pasado julio, cuando logré entenderme con el empleado de turno para que transmitiera el texto en castellano. Lo seguí sospechando en Montreal, cuando tuve que comprar una máquina de escribir de emergencia porque el voltaje de la mía no era el mismo del hotel. Acabé de sospecharlo para siempre hace apenas dos meses, en Cuba, cuando tuve que cambiar dos veces las máquinas de escribir porque se negaban a entenderse conmigo. Por último, me llevaron una electrónica de costumbres tan avanzadas que terminé escribiendo de mi puño y letra y en un cuaderno de hojas cuadrículadas, como en los tiempos remotos y felices de la escuela primaria de Aracataca. Cada vez que me ocurría uno de estos percances apelaba con más ansiedad a mis deseos de tener alguien que se hiciera cargo de mi buena suerte: un escritor.

Con todo, nunca he sentido esa necesidad de un modo tan intenso como un día de hace muchos años en que llegué a la casa de Luis Alcoriza, en México, para trabajar con él en el guión de una película.

Lo encontré consternado a las diez de la mañana, porque su cocinera le había pedido el favor de escribirle una carta para el director de la Seguridad Social. Alcoriza, que es un escritor excelente, con una práctica cotidiana de cajero de banco, que había sido el escritor más inteligente de los primeros guiones para Luis Buñuel y, más tarde, para sus propias películas, había pensado que la carta sería un asunto de media hora. Pero lo encontré, loco de furia, en medio de un montón de papeles rotos, en los cuales no había mucho más que

todas las variaciones concebibles de la fórmula inicial: por medio de la presente, tengo el gusto de dirigirme a usted para... Traté de ayudarlo, y tres horas después seguíamos haciendo borradores y rompiendo papel, ya medio borrachos de ginebra con vermouth y atiborrados de chorizos españoles, pero sin haber podido ir más allá de las primeras letras convencionales. Nunca olvidaré la cara de misericordia de la buena cocinera cuando volvió por su carta a las tres de la tarde y le dijimos sin pudor que no habíamos podido escribirla. "Pero si es muy fácil", nos dijo, con toda su humildad. "Mire usted". Y entonces empezó a improvisar la carta con tanta precisión y tanto dominio que Luis Alcoriza se vio en apuros para copiarla en la máquina con la misma fluidez con que ella la dictaba. Aquel día -como todavía hoy- me quedé pensando que tal vez aquella mujer, que envejecía sin gloria en el limbo de la cocina, era el escritor secreto que me hacía falta en la vida para ser un hombre feliz.



# Beguin y Sharon, premios 'Nobel de la Muerte'

Gabriel García Márquez, 1982.

Lo más increíble de todo es que Menájem Beguin sea premio Nobel de la Paz. Pero lo es sin remedio -aunque ahora cueste trabajo creerlo- desde que le fue concedido en 1978, al mismo tiempo que a Anuar el Sadat, entonces presidente de Egipto, por haber suscrito un acuerdo de paz separada en Camp David. Aquella determinación espectacular le costó a Sadat el repudio inmediato de la comunidad árabe, y más tarde le costó la vida. A Beguin, en cambio, le ha permitido la ejecución metódica de un proyecto estratégico que aún no ha culminado. Pero que hace pocos días propició la masacre bárbara de más de un millar de refugiados palestinos en un campamento de Beirut. Si existiera el Premio Nobel de la Muerte, este año lo tendrían asegurado sin rivales el mismo Menájem Beguin y su asesino profesional Ariel Sharon. En efecto, vistos ahora, los acuerdos de Camp David no tendrían para Beguin otra finalidad que la de cubrirse las espaldas para exterminar, primero, a la Organización para la Liberación de Palestina (OLP), y establecer luego nuevos asentamientos israelíes en Samaria y Judea. Para quienes tenemos una edad que nos permite recordar las consignas de los nazis, estos dos propósitos de Beguin suscitan reminiscencias espantosas: la teoría del espacio vital, con la que Hitler se propuso extender su imperio a medio mundo, y lo que él mismo llamó la solución final del problema judío, que condujo a los campos de exterminio a más de seis millones de seres humanos inocentes.

La ampliación del espacio vital del Estado de Israel y la solución final del problema palestino -tal como las concibe hoy el premio Nobel de la Paz de 1978- se iniciaron, en la noche del 5 de junio pasado, con la invasión de Líbano por fuerzas militares israelíes especializadas en la ciencia de la demolición y el exterminio. Menájem Beguin trató de justificar esta expedición sangrienta con dos argumentos falsos. El primero fue la tentativa de asesinato del embajador de Israel en Londres, Shlomo Argov, a finales de mayo. El segundo fue el supuesto bombardeo de Galilea por la OLP, refugiada en Líbano. Beguin acusó del atentado de Londres a la resistencia palestina y amenazó con represalias inmediatas. Pero Scotland Yard reveló más tarde que los verdaderos autores habían sido miembros de la organización disidente de Abou Nidal, que en los meses anteriores había asesinado inclusive a varios dirigentes de la OLP. En cuanto al segundo argumento, se comprobó muy pronto que los palestinos sólo dispararon dos o tres veces contra Galilea y causaron un muerto. Los disparos fueron hechos como represalia por los bombardeos de Israel contra los campos de refugiados palestinos, que dieron muerte a varios centenares de civiles.

En realidad, la guerra sin corazón desatada por Beguin con base en aquellos dos pretextos no era nada nuevo para los lectores del semanario israelí Haclam Haze, que había anunciado con todos sus pormenores desde septiembre de 1981. Es decir, nueve meses antes. Contra el refrán según el cual una guerra avisada no mata a nadie, las tropas israelíes

-que se consideran entre las más eficaces y las más preparadas del mundo- mataron en las primeras dos semanas a casi 30.000 civiles palestinos y libaneses y convirtieron en escombros a media ciudad. Sus pérdidas en el mismo período no habían pasado de trescientas.

Ahora la estrategia de Begin es muy clara. Al destruir a la OLP ha tratado de eliminar al único interlocutor palestino que parecía capaz de negociar una paz fundada sobre la base de la instalación de un Estado palestino independiente en Cisjordania y Gaza, que el propio Begin ha proclamado como territorios ancestrales del pueblo judío. Ese acuerdo estaba al alcance de la mano desde el 4 de julio pasado, cuando Yasir Arafat, presidente de la OLP, aceptó el principio de un reconocimiento recíproco de los pueblos de Israel y Palestina, en una entrevista publicada por Le Monde, de París, en aquella fecha. Pero Begin ignoró esa declaración, que entorpecía sus proyectos expansionistas ya en pleno desarrollo, y prosiguió con el establecimiento de un cinturón de seguridad en torno de Israel. Un cambio de Gobierno en Siria podría ser el paso inmediato, con la extensión consiguiente de una guerra desigual y sin cuartel, cuyas consecuencias finales son imprevisibles.

Yo estaba en París en junio pasado, cuando las tropas de Israel invadieron Líbano. Por casualidad estaba también el año anterior, cuando el general Jaruzelsky implantó el poder militar en Polonia contra la voluntad evidente de la mayoría del pueblo polaco. Y también por casualidad me encontraba allí cuando las tropas argentinas desembarcaron en las islas Malvinas. Las reacciones de los medios de comunicación ante esos tres acontecimientos, así como las de los intelectuales y, la de la opinión pública en general, fueron para mí una lección inquietante. La crisis de Polonia produjo en Europa una especie de conmoción social. Yo tuve la buena ocasión de agregar mi firma a la de los muy escogidos y muy notables intelectuales y artistas que suscribieron la invitación para un homenaje al heroísmo del pueblo polaco, que se celebró en el teatro de la Opera de París, patrocinado por el Ministerio de Cultura de Francia. Sin embargo, algunos anticomunistas profesionales me acusaron en público de que mi protesta no fuera tan histórica como la de ellos. En aquel clima pasional, toda actitud que no fuera maniqueísta se consideraba ambigua.

En cambio, cuando las tropas de Israel invadieron y ensangrentaron Líbano, el silencio fue casi unánime aun entre los más exaltados Jeremías de Polonia, a pesar de que ni el número de muertos ni el tamaño de los estragos admitían ninguna posibilidad de comparación entre la tragedia de los dos países. Más aún: por esas mismas fechas, los argentinos habían recuperado las islas Malvinas, y el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas no esperó 48 horas para ordenar el retiro de las tropas ni la Comunidad Económica Europea lo pensó demasiado para imponer sanciones comerciales a Argentina. En cambio, ni ese mismo organismo ni ningún otro de su envergadura ordenó el retiro de las tropas israelíes de Líbano en aquella ocasión. El Gobierno del presidente Reagan, por supuesto, fue el cómplice más servicial de la pandilla sionista. Por último, la prudencia casi inconcebible de la Unión Soviética, y la fragmentación fraternal del mundo árabe acabaron de completar las condiciones propicias para el mesianismo demente de Begin y la barbarie guerrera del general Sharon. Tengo muchos amigos, cuyas voces fuertes podrían escucharse en medio mundo, que hubieran querido y sin duda siguen queriendo expresar su indignación por este festival de sangre, pero algunos de ellos confiesan en voz baja que no se atreven por temor

de ser señalados de antisemitas. No sé si serán conscientes de que están cediendo -al precio de su alma- ante un chantaje inadmisibile.

La verdad es que nadie ha estado tan solo como el pueblo judío y el pueblo palestino en medio de tanto horror. Desde el principio de la invasión a Líbano empezaron en Tel Aviv y otras ciudades las manifestaciones populares de protesta que aún no han terminado, y que en el pasado fin de semana habían alcanzado una fuerza emocionante. Eran más de 400.000 israelíes proclamando en las calles que aquella guerra sucia no es la suya porque está muy lejos de ser la de su dios, que durante tantos y tantos siglos se había complacido con la convivencia de palestinos y judíos bajo el mismo cielo. En un país de tres millones de habitantes, una manifestación de 400.000 personas equivaldrían en términos proporcionales a una de casi treinta millones en Washington.

Es con esa protesta interna con la que me siento identificado cada vez que conozco las noticias de las hostilidades de los Beguines y los Sharones en Líbano, y en cualquier parte del mundo, y a ella quiero sumar mi voz de escritor solitario por el gran cariño y la admiración inmensa que siento por un pueblo que no conocí en los periódicos de hoy, sino en la lectura asombrada de la Biblia. No le temo al chantaje del antisemitismo, no le he temido nunca al chantaje del anticomunismo profesional, que andan juntos y a veces revueltos, y siempre haciendo estragos semejantes en este mundo desdichado.

# El destino de los embalsamados

Gabriel García Márquez, 1982.

Como uno de los chismes periódicos que divulgan las agencias de Prensa, ha surgido ahora la versión de que el cuerpo de Lenin que se exhibe en la plaza Roja de Moscú es, en realidad, una estatua de cera. Se dice que un sobrino de Stalin llamado Budu Svakadze reveló el secreto en un libro que el KGB no permitió publicar en 1952, pero que una copia del manuscrito logró llegar a Israel por correos clandestinos, y desde allí ha sido difundida al mundo por el Jerusalén Post. Todo esto es tan difícil de comprobar, que tal vez el método más útil sea tomarse el trabajo de viajar a Moscú, hacer la cola de tres horas bajo las nieves de enero y entrar en el glacial y denso edificio de mármoles incandescentes para tratar de averiguar con ojos propios qué puede haber de cierto en este folletín trasnochado. Yo lo hice en las dos únicas ocasiones en que he estado en la Unión Soviética -en 1957 y en 1979-, y en ambas tuve la impresión de que el cuerpo de Lenin estaba hecho de su materia natural, aunque es fácil entender que un visitante distraído, o demasiado incrédulo, se sienta inclinado a pensar que es una estatua de cera. La primera vez, el cuerpo de Lenin yacía en su urna de cristal, a la derecha del cuerpo de Stalin, que todavía entonces se consideraba digno de aquella gloria de formaldehído. Lenin había muerto 33 años antes, y Stalin, apenas cuatro, y la diferencia se notaba. Este último parecía irradiar un aura de vida, y su bigote histórico de tigre montuno apenas si ocultaba una sonrisa indescifrable. Lo que más me llamó la atención -como ya lo dije en los reportajes que publiqué en aquella ocasión- fueron sus manos delgadas y sensibles, que parecían de mujer. De ningún modo se parecía al personaje sin corazón que Nikita Jruschov había denunciado con una diatriba implacable en el vigésimo congreso de su partido. Poco después, el cuerpo sería sacado de su templo glorioso y mandado a dormir un sueño sin testigos, y tal vez más justo, entre los muertos numerosos de los patios del Kremlin. Muy cerca de la tumba de John Reed, el único norteamericano que alimenta las rosas de aquel jardín quimérico.

El cuerpo de Lenin era menos impresionante, porque estaba menos conservado. En efecto, 33 años son muchos, aun para los muertos, y también en ellos se notan, a través del tiempo, los artificios del embalsamamiento. Al lado de la cabeza de Stalin, enorme y maciza, la de Lenin parecía tan frágil como si fuera de vidrio, y su semblante oriental parecía llegarnos de muy lejos. Tal vez buena parte de esa degradación había sido heredada de sus dos últimos años de vida, que para Lenin habían sido de sufrimientos. En 1922 había sido operado para sacarle una bala que le quedó en el cuello del atentado de agosto de 1918, y el brazo izquierdo le quedó sin vida. El año siguiente sufrió varias recaídas, perdió el habla, se redujo a la nada su fabulosa capacidad de trabajo, y el 21 de enero de 1922 murió devastado por la arterioesclerosis cerebral. Su cerebro, extraído para embalsamar el cuerpo, tenía la consistencia árida de una piedra. La inutilidad del brazo izquierdo se notaba aun después de embalsamado, y la erosión general del cadáver, que ya era evidente la primera vez que yo lo vi, lo era mucho más la segunda, cuando ya habían transcurrido 55 años de la muerte. Pero en ningún caso me pareció una estatua de cera, entre otras cosas, porque la cera no tiene la buena virtud de envejecer.

En realidad, lo que más me estremeció en las dos ocasiones en que vi la momia de Lenin fue la impresión ineludible de que el cuerpo no se conservaba completo bajo las sábanas de la urna, sino que lo habían cortado por la cintura para facilitar la conservación.

Hasta el pecho, en efecto, el relieve del cuerpo era convincente, pero luego se confundía con la superficie del mesón donde estaba acostado, y se dejaba la puerta abierta a cualquier aventura de la imaginación. No era fácil soportar la idea de que la muchedumbre que desfilaba por el mausoleo le estaba rindiendo tributo a un héroe Partido por la mitad, cuya parte inferior se había podrido y convertido en polvo en algún basurero distinto.

En todo caso, estas suposiciones son posibles por la mala costumbre de conservar cadáveres para ser adorados por la muchedumbre. Nada se parece menos a la imagen que se tiene de un hombre o una mujer memorables que sus desperdicios mortales arreglados como para una fiesta funeraria. Los motivos de los egipcios eran perdonables, porque creían que mientras se conservara el cuerpo se conservaría también el espíritu, y en ningún caso embalsamaban a sus faraones para la exhibición pública. Los católicos, al revés, piensan que la conservación casual del cuerpo es un indicio de santidad, y lo exponen en sus templos para deleite de sus fieles. Pero es difícil encontrar una justificación doctrinaria para la costumbre creciente de los regímenes comunistas, que parecen confundir el culto de los héroes con el culto de sus momias. Es el caso en Bulgaria, donde se conserva el cuerpo de Dimitrov, y el caso de China, donde se conserva el cuerpo de Mao, y el caso de Vietnam, donde se conserva el cuerpo de Ho Chi Min. No se necesita ser un visionario para suponer que Kim Il Sum, el presidente de Corea del Norte, que desconoce por completo el dulce encanto de la modestia, debe estar ya ansioso por someter su cuerpo glorioso a los buenos oficios de sus embalsamadores.

Por fortuna, Cuba sentó un precedente ejemplar para este lado del mundo con las manos del Che Guevara, que fueron cortadas por la CIA para una identificación a fondo por las huellas digitales. Un antiguo funcionario del Gobierno boliviano que desertó de su cargo las llevó después a La Habana, y no faltó quien sugiriera la idea de conservarlas para el culto público. Fidel Castro, que tiene la buena costumbre de llevar estos problemas hasta la última instancia, lo consultó con las muchedumbres al final de un discurso en un acto de masas. La respuesta, que era la que Fidel Castro esperaba, fue unánime y rotunda: no.

Hay en América Latina otros antecedentes que no son tan consoladores. El general Antonio López de Santa Ana, que gobernó a México varias veces desde 1833, perdió la pierna derecha en la guerra contra los invasores franceses y la hizo enterrar en la catedral, bajo palio de obispo y con todos los honores militares y religiosos, en unos funerales babilónicos presididos por él mismo. Más tarde, el general Álvaro Obregón perdió el brazo izquierdo por una bala de cañón que le disparó Pancho Villa en la batalla de Celaya, y su mano se conserva todavía en la ciudad de México, achicharrada por el formol, en un monumento público, que por razones inescrutables se ha convertido en un sitio de peregrinación de los jóvenes enamorados. El caso más extraño de nuestro tiempo es el del cadáver de Evita Perón, que desapareció de Buenos Aires después de embalsamado y reapareció muchos años después en Italia, bajo la responsabilidad del Vaticano. El hombre que la embalsamó era un catalán grandilocuente que montó guardia en la antesala de la enferma durante las

largas semanas de su agonía, pues debía proceder al embalsamamiento en el instante mismo de la muerte para una conservación más convincente y duradera. Mientras esperaba, les hacía ver a los visitantes ilustres el álbum de fotos de sus trabajos más notables. Y entre ellos, su obra maestra: un niño de Montevideo que había muerto a los siete años, y cuyos padres lo hicieron embalsamar sentado en una sillita y vestido de marinero. Todos los años, durante muchos, sus hermanos le celebraron el cumpleaños con los que fueron sus amigos, hasta que todos crecieron, y se casaron y tuvieron otros hijos para embalsamar, y el pobre niño embalsamado, en su sillita de madera y con su vestido de marinero, quedó a merced de las polillas y el olvido en un ropero del dormitorio.

# El rumor como medio de comunicación social

Gabriel García Márquez, 1982.

Los rumores -que ya se sentían pasar de largo desde hacía varios meses- alcanzaron su tono más alto el 12 de agosto, cuando el Gobierno anunció su decisión de solicitar una tregua de alivio para el pago de sus deudas externas a corto plazo y estableció restricciones severas en el comercio de dólares, que era tal vez el más libre y libertino del mundo. A partir de entonces, la inmensa y superpoblada ciudad de México, que dentro de muy poco tiempo será la más grande del planeta, quedó a merced de los infundios más delirantes, como cualquier pueblo minúsculo de la provincia. Desde el principio, los rumores se referían a tres temas distintos, cuya relación interna era evidente. Había toda una serie con matices muy variados, que pretendían divulgar supuestos altercados personales entre el presidente de la República y personalidades muy conocidas de la política y aun de su propio Gobierno. Cosa curiosa: cualesquiera fueran las versiones, sus protagonistas terminaban siempre con heridas graves en un hospital de Houston. Aunque estos rumores eran capaces de apelar a los recursos más fantásticos, sus autores tenían el cuidado de establecer como punto de origen un hecho real y ya conocido del público. Es una ley de la ficción: si uno coloca un dato auténtico en medio de una ciénaga de invenciones, la tendencia del lector es la de apoyarse en el dato cierto para creer en todos los datos falsos por muy inverosímiles que sean.

El segundo tema de los rumores tenía el propósito definido de suscitar el pánico en la población. Estaban dirigidos a las amas de casa, a quienes se les urgía a comprar hoy porque mañana no habría nada en las tiendas. Al mismo tiempo se trataba de convencer a los tenderos de que no abrieran sus puertas para ponerse a salvo de los supuestos asaltos de las hordas hambrientas. El fantasma de la escasez, del pánico callejero, de la hambruna y la represión empezó a filtrarse por las rendijas de las casas. Había un antecedente que le prestaba crédito a este rumor: a raíz de dos devaluaciones casi sucesivas, el desorden de los precios asustó a las amas de casa y las puso en guardia contra cualquier otra disposición monetaria del futuro. La pérdida de la confianza en la capacidad del Gobierno para manejar la economía era un terreno fácil para el rumor.

El tercer tema favorito de los rumores era el de la corrupción desaforada de los funcionarios oficiales. Si hubo algunas dudas ante los rumores de las dos primeras series, parecía como si la población hubiera estado dispuesta desde mucho antes a creer todo cuanto se dijera sobre, el saqueo de la riqueza nacional por los propios empleados públicos. Nadie se sorprendió cuando se dijo que un alto responsable del sector agrario se había llevado para Suiza tres baúles llenos de dólares. Más aún: se pensaba que tal vez no fueran tres, sino cinco. Después de todo, por esos mismos días se publicó la noticia de que un italiano residente en México había comprado dos asientos de primera clase en un vuelo internacional: uno para él y otro para un talego con cinco millones de dólares en efectivo.

Alguien que leyó la noticia me dijo con una sonrisa perspicaz: "Si dicen que son cinco millones deben haber sido por lo menos quince". A raíz de este hecho real, publicado por los periódicos, los lectores menos avisados quedaron al corriente de que en aquel momento no era delito comprar en un banco cualquier cantidad de dólares con dinero bien habido, y llevárselos para el exterior en el asiento de al lado. Muy pronto, el propio presidente de la República había de confirmar a la nación que en esa forma, y en otras más refinadas, habían salido de México 50.000 millones de dólares. Una cantidad equivalente a las dos terceras partes de la deuda nacional.

Estas versiones no eran, como en otros casos históricos, productos espontáneos de la imaginación popular. Al contrario: era el rumor utilizado como un medio de comunicación social por tenebrosos especialistas de la psicología de masas. Y con un fin específico: desordenar a la nación para propiciar un golpe de Estado. Así ocurrió en Chile bajo el Gobierno de Salvador Allende. Pero tal vez el antecedente más siniestro ocurrió en Cuba, en 1960, cuando los enemigos de la revolución falsificaron y divulgaron un supuesto proyecto de ley por el cual los niños menores serían arrebatados a sus padres y enviados a la Unión Soviética. Nunca se supo cuántas familias huyeron a Estados Unidos, ni cuántos niños fueron enviados solos, a la buena de Dios, sólo por protegerlos de un peligro irreal.

La investidura presidencial tiene en México una majestad que no se parece a la de ninguna otra república de; mundo. Hay todavía algo en el subconsciente colectivo que tiende a identificar al presidente con los monarcas sagrados de la antigua prehispánica. No obstante, ninguno de ellos ha estado a salvo de los chistes callejeros en sus momentos malos. El presidente, José López Portillo, había sido una excepción durante los primeros cinco años largos de su mandato. De pronto, al mismo tiempo que florecieron los rumores, se le hizo sujeto de los chistes más inclementes. Los monarcas europeos tenían bufones que les contaban las burlas que se hacían contra ellos, y hacían bien en conocerlas, porque esas ocurrencias corrosivas suelen ser un buen índice de las veleidades de su popularidad. Julio César velaba largas horas en sus noches de campaña, escuchando las canciones que sus soldados componían contra él. Algunas eran terribles, pero él las soportaba con su buen hígado de tirano absoluto, porque sabía que era apenas uno de los tantos y amargos tributos de la soledad del poder. No sé si el presidente López Portillo habrá tenido esa saludable costumbre. Pero el 1 de septiembre, cuando subió a la tribuna para leer el último informe anual de su Gobierno, era sin duda consciente de que los empresarios de los rumores callejeros tenían razones de sobra para pensar que ya le habían ganado la partida. Tres horas y 46 minutos después, cuando el presidente terminó de leer su informe, todas las cartas se habían tornado a su favor. Fue un discurso magistral, estructurado con una lógica implacable, y dicho con una emoción que no sólo cerró un nudo en su propia garganta, sino en la de muchos de sus auditores. Para mí -que lo escuché sin perder una palabra, escondido entre cincuenta millones de mexicanos- aquella fue una experiencia humana y política que no podré olvidar en mi vida.



# Terrorismo científico

Gabriel García Márquez, 1982.

Hace veinte años estaba de moda el colesterol. Las dietas eran rigurosas e insípidas, y no estaban destinadas, como ahora, a regular el peso, sino a impedir que el silencioso asesino se acumulara en la sangre. Alguna revista de divulgación científica publicó la versión de que la berenjena era el preventivo más eficaz del colesterol: sus precios se dispararon hasta un punto en que era como comer pepitas de oro. En las visitas no se hablaba de otra cosa. Como ocurre en cada época con cada enfermedad de moda -tal como ocurre hoy con el cáncer-, la sola palabra adquirió semejante potencia de superstición, que nadie se atrevía a mencionarla. Alguien, hablando de sus males, decía apenas: "Eso". Y ya se sabía que eso no podía ser sino eso: el colesterol. En esos tiempos sufrí en secreto por un amigo, pues un médico infidente me revelé su diagnóstico: "Tiene el colesterol más alto de la ciudad". No era sorprendente: el plato favorito de mi amigo eran las orejas de cerdo, y la trompa y las patas, que según su médico eran colesterol puro y simple. "No vivirá cinco años", me dijo su médico. Me lo dijo hace treinta años, y el amigo sigue comiendo orejas de cerdo con una facilidad que se le sale por las suyas, y en cambio, su médico acucioso empezó a convertirse en polvo hace tanto tiempo, que ya no recuerdo cuánto. En todo caso, fue mucho antes de que el colesterol se hundiera en el olvido.

Evocando la otra noche, con algunos amigos, las épocas gloriosas del colesterol, terminamos por preguntarnos qué sucede con las enfermedades de moda, que de pronto dejan de serlo sin ningún motivo aparente o, al menos, sin ninguna explicación científica. El terror de nuestra infancia era una de ellas: la amigdalitis.

Hay toda una generación de castrados de amígdalas, a los que nunca se les dijo cuáles fueron los motivos reales por los que fueron reducidos a tan inexplicada condición. Yo recuerdo que de niño solía prestar demasiada atención a las conversaciones cifradas de los adultos, y cuando era sorprendido disimulaba mi atención prohibida con un parpadeo muy poco convincente. Me llevaron con el oculista, que al cabo de un examen minucioso ordenó extirparme las amígdalas. Cosa que no se hizo, por fortuna, porque un médico menos dramático aconsejó sustituir la operación por tres cucharadas diarias de jarabe de rábano yodado, y yo tuve el cuidado de ir disminuyendo poco a poco mis parpadeos de susto, hasta que los médicos estuvieron de acuerdo en que mis amígdalas habían sanado por completo.

Más tarde, fue la apendicectomía. Al contrario de la gran mayoría de las enfermedades de moda, la apendicitis ingresó a la vida social con un aura de distinción que la hacía imprescindible. Una mujer no podía permitirse la temeridad de aspirar al reinado de la belleza si en el borde de su traje de baño no se alcanzaba a ver -como una medalla de guerra- la cicatriz de su apendicitis de honor. Uno se hacía operar para no ser menos que el vecino. En el internado donde estudié, éramos despertados varias veces en la noche por el trajín de los enfermeros que se llevaban en la oscuridad a los que iban a ser operados de apendicitis. Los síntomas eran fáciles: un dolor lancinante en la ingle derecha, una especie

de adormecimiento en la misma pierna y nauseas con vómitos en los casos más severos. Cuando alguien no se sentía bastante preparado para el examen de álgebra, sólo tenía que fingir esos síntomas e irse al hospital con la seguridad de regresar con una excusa válida cosida en la ingle. Era cierto: los novios se regalaban el apéndice dentro de un frasco de formol, y en la ceremonia de la ruptura. Había que devolverlo, junto con las cartas de amor.

He estado recordando estos tiempos a propósito de la publicación que hizo el otro día una revista norteamericana sobre el flagelo de moda en Estados Unidos: el herpes. Según ese informe horripilante, veinte millones de norteamericanos han contraído esta enfermedad que no mata, pero que tampoco muere. Se supone, dice la revista, que el agente transmisor se atrinchera en el sistema nervioso, donde está en condiciones de sobrevivir a cualquier ofensiva médica, y vuelve a aparecer a flor de piel cuando encuentra alguna grieta en las condiciones del individuo. Sobre las condiciones emocionales. Esta lepra moderna, que apenas se manifiesta por una úlcera minúscula y recurrente en cualquier sitio del cuerpo, sobre todo en los labios, tiene su manifestación más alarmante y devastadora en los órganos genitales. Es decir: hay que considerarla como una enfermedad venérea. Contagiosa e incurable, por supuesto. Y para colmo de todo, no tiene ni siquiera posibilidad de ser resuelta con recursos quirúrgicos, como era el caso de las amígdalas y el apéndice. La revista lo dice de un modo más simple: "El herpes no te mata, pero tampoco puedes matarlo".

La primera noticia que tuve de este nuevo enemigo público del amor me la dio Carlos Fuentes hace como un año, con un estilo muy suyo: "Maestro: ya no se puede tirar, sino en la casa". Pero aun esa notificación inquietante parecía un caramelo para niños al lado de los informes terroríficos de la revista norteamericana. Toda la vida íntima de Estados Unidos -según el informe- está siendo conmovida en sus cimientos. Las relaciones personales sufren modificaciones que pueden ser de fondo. El ritmo social se altera, o el sentimiento que se vislumbra en un porvenir inmediato no es sino uno: el pánico. Una mujer que había padecido el herpes leyó en una revista que éste tenía una relación directa con el cáncer cervical: trató de degollarse con un cuchillo, para que el hijo que tenía en el vientre no viniera al mundo con el estigma de moda. Los noviazgos se interrumpen por la misma causa. Cada día, un número creciente de nuevas víctimas se incorpora, a las huestes de los pestíferos. Como consecuencia, un fantasma recorre al país más poderoso del mundo: el fantasma de la impotencia sexual.

De todos modos, lo que parece más desastroso no es el herpes, sino la manera alegre con que se está manejando su información; lo menos que puede decirse es que no es una manera higiénica: la noticia del flagelo puede tener una gravedad social mucho más perjudicial que la del flagelo mismo. Como en la Edad Media. Cuando el miedo a la peste causaba tantos estragos sociológicos y morales, y tanto desorden social, que se consideraban como otra peste distinta y más temible.

No es posible no preguntarse, habiendo tantos precedentes, si no estamos otra vez en presencia de una nueva campaña de terrorismo científico, cuya finalidad es condicionarnos para quién sabe qué tremenda operación comercial. Hace unos años se proclamó con la misma resonancia que correr era por fin la versión contemporánea de la fuente maravillosa de salud. Primero, todo Estados Unidos, después el mundo entero, se pusieron a correr

hasta el delirio. El propio presidente Carter no fue una excepción. Las vitrinas del mundo se llenaron de los folletos para aprender a correr, los zapatos para correr, las camisetas y las botas, y los alimentos adecuados para seguir corriendo hasta la vida eterna. Ahora, saturado el mercado, los mismos que proclamaron sus virtudes están advirtiéndole al mundo de los tremendos riesgos de correr. Algo semejante ocurrió con la noticia, ahora desmentida, de que la sacarina producía cáncer, y la de los tampax que causaban trastornos circulatorios, y de tantos otros productos que ahora son absueltos de sus culpas supuestas. Y, como ocurre ahora, cuando la cafeína está siendo objeto de toda clase de injurias, en el momento mismo que las grandes marcas de refrescos se disponen a lanzar al mercado nuevas versiones descafeinadas. Con estos antecedentes, nada de raro tiene que el Frankenstein tenebroso del herpes sólo pretenda condiciones para alguna innovación radiante en los hábitos -ya prehistóricos- de las artes del amor. Optimista que es uno.

# El mar de mis cuentos perdidos

Gabriel García Márquez, 1982.

Durante muchos años quise escribir el cuento del hombre que se extraviaba para siempre en los sueños. El hombre soñaba que estaba durmiendo en un cuarto igual a aquel en que dormía en la realidad, y también en ese segundo sueño soñaba que estaba durmiendo, y soñando el mismo sueño en un tercer cuarto igual a los dos anteriores. En aquel instante sonaba el despertador en la mesa de noche de la realidad, y el dormido empezaba a despertar. Para lograrlo, por supuesto, tenía que despertar del tercer sueño al segundo, pero lo hizo con tanta cautela, que cuando despertó en el cuarto de la realidad había dejado de sonar el despertador. Entonces, despierto por completo, tuvo el instante de duda de su perdición: el cuarto era tan parecido a los otros de los sueños superpuestos, que no pudo encontrar ningún motivo para no poner en duda que también aquél era un sueño soñado. Para su gran infortunio, cometió por eso el error de dormirse otra vez, ansioso de explorar el cuarto del segundo sueño para ver si allí encontraba un indicio más cierto de la realidad, y como no lo encontró, se durmió a su vez dentro del sueño segundo para buscar la realidad en el tercero, y luego en el cuarto y en el quinto. De allí -ya con los primeros latidos de terror- empezó a despertar de nuevo hacia atrás, del quinto sueño al cuarto, y del cuarto al tercero, y del tercero al segundo, y en su impulso desatinado perdió la cuenta de los sueños superpuestos y pasó de largo por la realidad. De modo que siguió despertando hacia atrás, en los sueños de otros cuartos que ya no estaban delante, sino detrás de la realidad. Perdido en la galería sin término de cuartos iguales, se quedó dormido para siempre, paseándose de un extremo al otro de los sueños incontables sin encontrar la puerta de salida a la vida real, y la muerte fue su alivio en un cuarto de número inconcebible que jamás se pudo establecer a ciencia cierta. Durante mucho tiempo pensé que no había escrito este cuento de horror porque su parentesco con Luis Borges era demasiado evidente, pero además inferior a todos sus cuentos. Sin embargo, ahora que lo recuerdo y lo escribo, he caído en la cuenta de que el cuarto en que lo hago -con la máquina de escribir frente a una ventana por donde se mete sin permiso todo el mar Caribe- es un cuarto igual al que siempre quise para el sueño del cuento: cuadrado justo y de paredes lisas y sin color, con una sola puerta y una sola ventana, y ningún otro mueble distinto de la cama simple y la mesa de noche con un despertador que había de repetirse sin respiro en cada uno de los cuartos soñados, pero que había que soñar en el cuarto real. Ahora que lo veo en la realidad me he dado cuenta de que no era de Borges este cuento, sino de la estirpe más antigua y sobrecogedora de Franz Kafka. En todo caso, nunca lo escribí, y tal vez ése sea su mérito mayor.

No es el único que se quedó sin escribir, ni fue tampoco una excepción en el mundo de la literatura; la vida de los escritores está llena de las obras que nunca escribieron, y que tal vez en muchos casos hubieran sido mejores que las que se escribieron. Pero lo curioso es que ese reguero casi interminable de historias concebidas jamás nacidas constituyen para los escritores una parte invisible e importante de su obra: la parte que nunca verán en sus obras completas. También durante muchos años, y en una época posterior a la del cuento del hombre que se perdió en los sueños, soñé con escribir un cuento del cual sólo tenía el

título: El ahogado que nos traía caracoles. Recuerdo que se lo dije a Álvaro Cepeda Sumudío en una fragosa noche de la casa de amores de Pilar Ternera, y él me dijo: "Ese título es tan bueno que ya ni siquiera hay que escribir el cuento"., Casi cuarenta años después me sorprende de comprobar cuán certera fue aquella réplica. En efecto, la imagen del hombre inmenso y empapado que debía de llegar en la noche con un puñado de caracoles para los niños se quedó para siempre en el desván de los cuentos sin escribir. En cambio, perdí mucho tiempo tratando de escribir una vez y otra vez el cuento del hombre que descomponía las máquinas.

En cierto modo, éste era una nueva variación del asunto que más me ha obsesionado de un modo ineludible: las pestes. El hombre había llegado caminando a un pueblo de artesanos y había preguntado por alguien a un hombre que laboraba con un tractor. Sin remedio: el tractor no volvió a funcionar. Lo mismo ocurrió a la máquina de coser de la costurera a quien hizo la misma pregunta poco después, y a todas las máquinas de oficios diversos con cuyos propietarios tuvo algo que ver. Hice muchas versiones antes de que el ángel de la guarda, que tan mal se ocupa de los escritores tercetos, me convenció de que no insistiera más, por la razón más simple del mundo: era un cuento muy malo.

Siempre creí, en cambio, que era muy bueno otro de los que tampoco pude escribir. Me refiero al que concebí en una enloquecedora tarde de tramontana en Cadaqués, el pueblo más hermoso y mejor conservado de la Costa Brava. Al cabo de tres días de aquel viento inclemente tuve de pronto la revelación deslumbrante de que jamás volvería a ese pueblo porque había de costarme la vida. El personaje de mi cuento debía padecer la misma obsesión durante muchos años, hasta que una noche de fiesta se la reveló a un grupo de amigos en Barcelona. Los amigos, con buena intención de aplicarle a su miedo una cura de burro, lo metieron a la fuerza en un automóvil y se lo llevaron esa misma noche a Cadaqués. El hombre hizo el viaje paralizado por la superstición, y cuando, por fin, vio las luces del pueblo desde la última curva de la montaña, logró zafarse de los amigos y se desbarrancó por un precipicio, incapaz de soportar el terror del regreso.

En ese estado se quedó para siempre el cuento de la muchacha que buscó durante muchos años al desconocido que la violó en un parque, hasta que ella misma descubrió que sólo quería encontrarlo porque no podía vivir sin él. Y el cuento de los niños que conspiraron para matar al rey y al fin lo consiguieron con un caramelo envenenado, y el cuento de los niños que mataron al compañero que lo sabía todo porque no podían soportar que supiera tanto. Hubo uno que terminé: el del hombre que se metió en una armadura de acero para asustar a sus amigos en una fiesta y nunca más pudo salir de ella, de modo que siguió viviendo en ella durante muchos años y se murió dentro de ella de una buena vejez. Estaba a punto de publicarlo cuando lo leyó un amigo providencial, y me hizo caer en la cuenta de que las armaduras de los guerreros no eran una pieza integral -como yo lo creía hasta entonces-, sino que se iban poniendo sobre el cuerpo pieza por pieza, como los trajes de luces de los toreros-. De modo que, como tantos otros, también este cuento naufragó para siempre, y con toda justicia, en el mar de los cuentos perdidos.

**1983**

# Frases de la vida

Gabriel García Márquez, 1983.

Hay en México un dicho tan hermoso como enigmático: "El que come y canta, loco se levanta". Siempre he tenido la curiosidad de averiguar su origen, aunque pienso que es una deformación poética de otro dicho español: "Al que come y canta, un sentido le falta". Comer cantando fue uno de los sueños de la infancia, sueño prohibido como tantos otros, pues siempre se nos dijo que cantar en la mesa espantaba a los duendes. Estamos llenos de frases como ésta desde el nacimiento. La costumbre de vivir con ellas, de regir por ellas nuestra conducta, se atribuye con demasiada facilidad a los abuelos, cuando en realidad es la vida toda la que nos llena con ellas cada instante. Los viejos refranes españoles fueron los primeros y tal vez los que más temprano nos despertaron el sentido de la poesía. "Culos conocidos de lejos se dan silbos", decía uno de ellos, por desgracia caído en desuso. Las madres que no querían ver a las hijas coqueteando en la calle, viendo bailes ajenos por las ventanas, tenían una manera de disuadirlas: "El buen paño, en el arca vende". Para referirse a alguien muy atolondrado, decían: "Es de las que confunden el culo con las tómporas". Durante muchos años lo oí decir, y nunca tuve el cuidado de averiguar qué eran las tómporas, hasta hace muy poco tiempo, cuando una necesidad del oficio me obligó a preguntárselo al diccionario, y éste me contestó: "Tiempo de ayuno que prescribe la Iglesia en las cuatro estaciones". La absoluta falta de relación entre los dos términos del refrán me hizo apreciarlo más de lo que ya lo apreciaba desde niño.

No todos los refranes españoles estaban al alcance de los niños, por supuesto. Había uno bárbaro, pero indiscutible: "Más pueden dos tetas que dos carretas". Los valencianos decían lo mismo, pero más a la valenciana: "Tira mes un pel de figa que una maroma de barco". Para hablar de una mujer que nunca se puso ropa fina, decían: "A la que nunca llevó bragas, las costuras le hacen llagas". Sin embargo, casi tan deslumbrantes como los refranes son las desfiguraciones que se suelen hacer de los más corrientes. "Ojos que no ven, pisan mierda", dice uno. Y otro, muy chulo, de Madrid: "Mal de muchos, epidemia". Y otro, de un realismo inclemente: "Al que a buen árbol se arrima, si no lo ve nadie, orina". Un escritor original tituló su libro reciente: Cría ojos. Con todo, en materia de desfiguraciones, ningunas me parecieron tan divertidas como las que hacíamos en la juventud a las obras de misericordia: visitar al desnudo, enterrar a los enfermos, dar posada a los muertos, dar de comer a los agonizantes. Las posibilidades eran, enormes, y cada quién las arreglaba como mejor convenía a sus gustos.

En México -tierra de grandes dichos- hay uno estupendo para referimos a algo que nos deja indiferentes: "Eso me hace lo que el viento a Juárez". El origen, de acuerdo con un informador bien ilustrado, fue un huracán, en Oaxaca, que arrasó con toda la población pero dejó intacta, en la plaza Mayor, la estatua de don Benito Juárez. El más certero de los refranes que recuerdo es del departamento colombiano de Antioquía: "Habla más que un perdido cuando lo encuentran".

Ramón Gómez de la Serna -a quien algún día habrá que reivindicar como uno de los grandes escritores de la lengua castellana- nos llenó la adolescencia de frases hermosas con sus mejores greguerías. "El melón sabe a fresca y limpia madrugada", dijo. Y otra: "La flauta canta por la nariz". Y otra, entre miles: "Puso a secar tantos guantes que parecía haber recibido una ovación de aplausos". Por la época en que las greguerías estaban de moda, una generación entera de poetas colombianos dio en la flor de jugar con las palabras. Arturo Camacho Ramírez, cuya inteligencia del idioma asombraba a todos, hizo conversiones de frases corrientes: a la vida social la convirtió en la socia vidal, a santa Teresita la convirtió en tanta cerecita, y al contralmirante Piedrahíta, en el piedralmirante Contrahíta. Con esa técnica hizo la mejor: "Se botan forrones". Al poeta Jorge Rojas se le atribuyen dos frases de aquella cosecha. Una: "La tortuga es una totumina llena de lentitud". Y otra: "La sirena no abre las piernas porque se quedó es camada". La cartilla de leer había marcado la pauta con aquellas frases, que no pretendían nada más que aliteraciones útiles y, sin embargo, se asomaban a los límites de la poesía: "Otilia lava latina", "La mula va al molino", "El adivino se dedica a la bebida".

Ya de adultos, la publicidad nos ha ido llenando la vida de frases y consignas que terminan por ser refranes de nuestro tiempo. Durante muchos años, una empresa aérea se anunció con una frase que se incorporó a nuestro hablar cotidiano: "Volar es natural en los holandeses". La imagen del holandés errante, que tal vez nace dentro de nosotros, se hizo más vívida con esa frase, que al fin y al cabo no decía una verdad. Durante la segunda guerra mundial, una famosa marca de cigarrillos se vio obligada a quitarle a su cajetilla el color verde tradicional. "El verde se fue a la guerra", fue su explicación publicitaria. Se decía de un modo corriente que tarde o temprano su radio sería un Phillips, o que había un Ford en su futuro, aunque en el fondo del corazón todos sabíamos que no era cierto. En Colombia, en cambio, una compañía de seguros contra incendios concibió la frase de la verdad: "El fósforo tiene cabeza, pero no tiene corazón".

Los sabores, los sonidos y los olores nos, han obligado siempre a forzar el idioma para describirlos. Hace muchos años, en una alcoba ajena, oí durante toda la noche a un cordero amarrado en el patio que lanzaba un balido idéntico y de una regularidad inclemente. La dueña de la alcoba, deslumbrada por la simetría de aquel lamento, dijo en la oscuridad: "Parece un faro". Hace menos años, en París, la bella y voluntariosa Tachia Quintana improvisó una tisana con cuantas hierbas secas encontró en los armarios, y cuando la probé creí encontrar la descripción exacta: "Sabe a procesión". Por eso entendí tan bien al Che Guevara cuando probó la primera bebida que se hizo en Cuba para sustituir la Coca-Cola, y dijo, sin vacilar: "Sabe a cucaracha". Nadie, que se sepa, se ha comido una cucaracha, pero es difícil que alguien no entienda a qué sabía aquel refresco nuevo. Cuántas veces hemos tomado un café que sabe a ventana, un pan que sabe a baúl, un arroz que sabe a depósito, una sopa que sabe a rincón. Un amigo probó en un restaurante de París unos espléndidos riñones al jerez, y dijo, suspirando: "Sabe a mujer". En un ardiente verano de Roma probé una vez un helado que no me dejó la menor duda: sabía a Mozart.



# También el humanitarismo tiene su límite

Gabriel García Márquez, 1982.

El 6 de diciembre de 1980, a las 12 del día, la embarcación El Socorro, con bandera de Bahamas, fue capturada frente a Cayo Confites, en aguas territoriales cubanas, por unidades de la Marina de Guerra. Se encontraron a bordo 514 pacas de marihuana, que pesaban 19.506 kilogramos. Su capitán era el norteamericano Vincent Salvatore Simone, y la tripulación estaba compuesta en su totalidad por doce colombianos. Todos fueron condenados a diez años de cárcel por violación de las aguas territoriales y tráfico de droga. Más tarde, el 20 de abril de 1981, la embarcación Liliana, con bandera de Honduras, fue capturada en la punta de Maisí, en el extremo oriental de Cuba, y se encontraron a bordo 56.000 libras de marihuana. La tripulación estaba compuesta por nueve colombianos. Ocho de ellos fueron condenados a ocho años de cárcel por tráfico de droga y a otros cuatro años por entrada ilegal al país. Pero uno de ellos, por razones que las autoridades cubanas, no han explicado, fue condenado a diez años por tráfico de droga y a sólo dos años por entrada ¡legal al país.

Esta era la situación en noviembre del año pasado, cuando vine a La Habana con un paquete de cartas de las familias de los colombianos presos, en las que me pedían hacer algo para obtener su liberación. Todas coincidían en un punto: el Ministerio de Relaciones Exteriores de Colombia se negaba a toda gestión, por considerar que se trataba de delinquentes comunes. Las familias se dirigían a mí porque un año antes había conseguido el indulto para otros diez colombianos presos en iguales circunstancias, y también lo había hecho por las súplicas de las familias. Al igual que aquella vez, en ésta le hice la solicitud informal del indulto al presidente Fidel Castro en persona, y él la presentó al Consejo de Estado.

Sin embargo, cuatro meses después cuando volví a Cuba para enterarme del estado en que se encontraban las gestiones, me informaron de que ya los colombianos presos no eran veintiuno, sino treinta. En efecto, el 13 de febrero de este año, a las 3.20 de la tarde, la Marina de guerra cubana había capturado, a tres millas de las costas de la provincia de Holguín, a un yate de placer con bandera colombiana cuyo nombre mundano no le sirvió de nada: Lucky Star, es decir, la estrella de la buena suerte: la embarcación llevaba a bordo cuatrocientas pacas de marihuana, con un peso de 8.300 kilogramos. Su capitán era un ecuatoriano radicado en Colombia. A pesar de que no tenía ninguna solicitud para la liberación de estos nuevos presos, pedí el favor de que fueran incluidos en la lista anterior (inclusive el ecuatoriano), y las autoridades cubanas lo hicieron aun antes de que se celebrara el juicio correspondiente.

En esta ocasión, una casualidad que merece ser contada agregó un nuevo nombre a la lista. Mis amigos del periódico El Heraldó, de Barranquilla, me habían pedido averiguar si no estaban presos en Cuba un piloto comercial y su hijo de dieciocho años, que unos meses

antes habían salido de La Guajira en una avioneta de un motor, con rumbo a Florida, y no se había vuelto a saber nada de ellos. La esposa del piloto había hecho toda clase de averiguaciones inútiles en el trayecto: Jamaica, Haití, Bahamas y aun Estados Unidos. La última posibilidad que la esposa vislumbraba, como una lucecita de esperanza, era que estuvieran presos en Cuba. Esta historia conmovió tanto a Fidel Castro, que ordenó una investigación a fondo. Pero fue inútil. "Lo siento mucho", me dijo entonces Fidel Castro, "porque nada nos hubiera complacido más que haberle dado una respuesta favorable a esa pobre mujer". Pero, en cambio, la investigación reveló que, además de los treinta marineros, estaba preso un piloto colombiano que no era el que yo buscaba.

En efecto, a principios de abril de 1981, este hombre volaba desde la costa caribe de Colombia hacia la de Florida, como copiloto de un Cessna de dos motores, piloteado por el norteamericano Allen Jackson, quien había sido aviador de guerra en Vietnam. A las nueve de la noche, cuando sobrevolaron Haití, el colombiano, que era el que conocía la ruta, le indicó al piloto que pusiera rumbo Norte hasta ver nuevas luces que, sin duda, serían las de las Bahamas, y que allí hiciera el ángulo hacia el Oeste para llegar a Florida. Luego se durmió, y cuando el norteamericano lo despertó, casi a las diez de la noche, estaba perdido. Tenían gasolina sólo para una hora, y no les quedaba otro recurso que aterrizar donde pudieran. "Por fortuna", ha dicho el colombiano, "había una luna como de medio día, y eso fue lo que nos salvó". Después de buscar una pista sin encontrarla, aterrizaron en un tramo recto de carretera, sin saber siquiera en qué país estaban. La historia es casi fantástica para los cubanos, porque muy pocos países del mundo tienen una barrera espacial como la de Cuba: su cielo se considera poco menos que invulnerable. Sin embargo, estos aviadores perdidos sobrevolaron la sierra Maestra y pasaron sobre la base norteamericana de Guantánamo, y nunca fueron detectados. Más aún: esa noche acamparon cerca del avión, que no fue descubierto hasta el día siguiente, cuando ellos mismos se presentaron en un puesto de policía que les fue indicado por un grupo de campesinos. En el avión se encontraron 1.404 libras de pastillas de dilaudid y de rualude lemon 174, que son estupefacientes de lujo. Las autoridades cubanas aceptaron que se incluyera también este piloto en la lista de los indultados, que de este modo fueron 31. Sin embargo, la semana pasada, cuando vine una vez más a Cuba para agilizar la salida de los presos, me encontré que en mayo había sido capturado un nuevo barco con dieciséis colombianos más. Uno de ellos se encontró en un estado de salud tan deteriorado, que desde entonces está sometido a cuidados intensivos en un hospital.

En realidad, este drama es infinito. El canal de los Vientos, que es el estrecho que separa Cuba de Haití, así como la costa norte cubana, son zonas de navegación muy difícil, y sólo expertos logran sortear sus riesgos incontables. No obstante, ésa es la ruta obligada de los barcos cargados de droga que vienen de Colombia hacia Estados Unidos. Por otra parte, las embarcaciones están a duras penas en condiciones de navegar, y sólo gentes muy necesitadas e inexpertas se atreven a embarcarse en semejante aventura.

Ninguna de las naves capturadas venía con destino a Cuba, uno de los pocos países del mundo que las Naciones Unidas han declarado limpios de drogadicción. Los cubanos los capturan no sólo porque violan sus aguas territoriales, sino porque han suscrito tratados internacionales contra el tráfico de droga, que se han esmerado en cumplir aun en las circunstancias más arduas. Estados Unidos, por pura sevicia política, inventa contra Cuba

toda clase de infundios en relación con el tráfico de droga, pero ellos saben muy bien que la barrera establecida por los cubanos es la más difícil de franquear por los traficantes que se dirigen a Estados Unidos, los grandes tiburones del tráfico no viajan en estos barcos perdularios, que vienen casi siempre al mando de aventureros gringos de tercera categoría. También éstos son condenados a penas muy duras. Pero no las cumplen por mucho tiempo. Cada vez que un norteamericano influyente viene a Cuba -y vienen muchos más de los que uno supone- se lleva de regreso un lote de compatriotas liberados, para usarlos como trofeos. Los presentan como víctimas del infierno comunista, pero la mayoría son, en realidad, agentes de la CIA o traficantes de droga. En enero de este año se llevaron ocho.

Los colombianos, en cambio, no tienen ni quien les escriba. Pero escriben. "Lo único que nos ofrece nuestra querida Colombia es traficar marihuana", me dice uno de los presos en una carta que me mandó a México hace poco. "Para nosotros, no es más que un trabajo fuera de la ley, pero que nos permite no morir nos de hambre". Es difícil no pensar que este hombre tiene toda la razón. Sin embargo, por lo que a mí se refiere, esta carta y todas las que ya siento venir se quedarán sin respuesta, pues no estoy dispuesto a interceder ni por los dieciséis presos más recientes ni por ninguno de los que, sin duda, serán capturados después. La razón es muy simple: a este paso, por puro humanitarismo fácil, tanto yo como las autoridades cubanas terminaremos por convertirnos en servidores involuntarios, pero eficaces, de los verdaderos traficantes. Las familias de estos presos, en todo caso, tienen ahora oportunidad de apelar al nuevo Gobierno de Colombia, que acaso tenga mejor corazón que el que acaba de irse para bien de todos.

# La vejez juvenil de Luis Buñuel

Gabriel García Márquez, 1982.

La magnífica autobiografía de Luis Buñuel, que acaba de publicarse, empieza con un capítulo deslumbrante sobre la facultad humana que más nos condiciona e inquieta: la memoria. Cuenta don Luis que su madre la perdió" por completo los últimos diez años de su vida y que leía una misma revista muchas veces con el mismo deleite porque siempre le parecía nueva. "Llegó a no reconocer a sus hijos, a no saber quiénes éramos, ni quién era ella", dice. "Yo entraba, le daba un beso, me sentaba un rato a su lado, y luego salía y volvía a entrar". Ella le recibía con la misma sonrisa y le invitaba a sentarse como si le viera por primera vez y sin recordar cómo se llamaba. Lo que no dice don Luis, y que tal vez nadie sabe a ciencia cierta, es si su madre era consciente de su desgracia. A lo mejor no lo era: quizá su vida volvía a empezar cada minuto y terminaba en el siguiente, con una conciencia fugaz y sin dolor de la que habían desaparecido no sólo los malos recuerdos, sino también los buenos, que en última instancia son los peores porque son la semilla de la nostalgia. Sin embargo, no es este enigma lo que más me ha impresionado de este libro excelente, sino la fuerza con que me ha puesto a pensar por primera vez en algo que suele estar siempre muy lejos de nuestras preocupaciones: la certidumbre de la vejez. En su momento leí con una gran admiración el libro de Simone de Beauvoire sobre este tema -que es tal vez el más minucioso y documentado que se ha escrito-, pero en ninguna de sus páginas me produjo esta impresión de desastre biológico de que habla Luis Buñuel. Según él, a los setenta años empezó por no recordar los nombres propios con tanta facilidad como antes.

Más tarde empezó a olvidar dónde había dejado el encendedor, dónde puso las llaves, cómo era la melodía que oyó una tarde de lluvias en Biarritz. Esto le preocupa -ahora que tiene 82 años- porque le parece el principio de un proceso que terminará por arrastrarlo al limbo del olvido en que vivió su madre en los últimos años. "Hay que haber empezado a perder la memoria, aunque sólo sea a retazos, para darse cuenta de que esta memoria es lo que constituye nuestra vida", dice. Por fortuna, su propio libro demuestra que el drama de Luis Buñuel no es la pérdida de la memoria, sino el miedo de perderla.

En realidad, este es un libro de recuerdos, y tener facultades para haberlos reconstruido en forma tan vivida es una proeza que niega de plano cualquier amenaza de la amnesia senil. Hace poco le dije a un amigo que me disponía a escribir mis memorias, y aquél me replicó que todavía no estaba en edad para eso. "Es que quiero empezar cuando todavía me acuerdo de todo", le dije. "La mayoría de las memorias se escriben cuando ya su autor no se acuerda de nada". Pero este no es el caso de Luis Buñuel. La precisión de sus evocaciones, de la vida medieval de Calanda, de la Ciudad Universitaria de Madrid -que tanto influyó en su generación-, de la época del surrealismo y, en general, de tantos momentos estelares de este siglo demuestran que hay todavía en este anciano invencible un germen de juventud que nunca se extinguirá. Es verdad, como él lo dice, que perdió hace mucho tiempo el oído, lo cual le privó del placer incomparable de la música. Tiene que leer a duras penas con una lupa y un rayo de luz especial porque está perdiendo la vista, y dice haber perdido también

el apetito sexual. Su última película, *Ese oscuro objeto del deseo*, la hizo hace cinco años, y él considera que será la última. Es decir, es cierto que está enfermo, aburrido por la falta de oficio, con la sensación de que sus amigos le han abandonado y pensando en la muerte cada vez con más frecuencia e intensidad. Pero un hombre que es capaz de analizar su propia vida en la forma en que él lo ha hecho y dejar un testimonio como éste de su mundo y su tiempo no es sin duda el viejo decrepito que él mismo cree ser.

Uno se consuela pensando que la vejez no es más que un estado de ánimo. Cuando vemos pasar a un anciano que no puede con su alma tenemos la tendencia a creer que esos son infortunios que sólo les ocurren a los otros. Se piensa, y ojalá con razón, que nuestra voluntad no tendrá fuerzas para oponerse a la muerte, pero sí para cerrarle el paso a la vejez. Hace unos años encontré en la sala de espera de un aeropuerto de Colombia a un condiscípulo de mi edad que parecía tener el doble. Un rápido examen permitía descubrir que su vejez prematura no era tanto un hecho biológico, como pura y simple negligencia suya. No pude contenerme. Le dije, entre otras muchas cosas, que su mal estado no era culpa de Dios, sino suya, y que yo tenía derecho a reprochárselo porque su deterioro no sólo le envejecía a él, sino a toda nuestra generación. Hace poco le pedí a un amigo que viniera a México. "Allí no", me contestó en el acto, "porque hace veinte años que no voy a México y no quiero ver mi vejez en la cara de mis amigos". Me di cuenta inmediatamente que él tenía la misma norma que yo: no facilitarle nada a la vejez. Mi padre, que ahora tiene 81 años, tiene una vitalidad y un aspecto excepcionales, y sus hijos sabemos que su secreto contra la vejez es muy simple: no piensa en ella.

Hay excepciones, por supuesto, buenas y malas, y lo mejor en este asunto es no pensar sino en las excepciones buenas. Miguel Barnet, el escritor cubano, escribió la biografía de un antiguo esclavo. En el momento de la entrevista, Barnet pudo comprobar que, en efecto, el anciano tenía los 104 años que decía tener, y su memoria era tan buena que parecía un archivo viviente de la historia de su país. Por otra parte, el doctor Grave E. Bird -citado por Simone de Beauvoire- hizo un estudio de cuatrocientas personas mayores de cien años, y sus resultados son consoladores. "La mayoría de ellos", concluye el estudio, "tenían planes precisos para el porvenir, se interesaban por los asuntos públicos, manifestaban entusiasmos juveniles, tenían un apetito sólido y un sentido del humor muy agudo, y una resistencia extraordinaria. Eran optimistas y no manifestaban miedo a la muerte". En cuanto a la actividad sexual de los viejos, hay evidencia de que hacia los noventa años se inicia en ese aspecto una segunda adolescencia. La única condición parece ser que se haya sido activo toda la vida anterior. Nada enfría más que la frialdad. Tengo un amigo de 85 años a quien alguien le acusó de ser un viejo verde porque le gustan las muchachas de catorce años. Su respuesta fue aplastante: también a los muchachos de catorce años les gustan y nadie les llama viejos verdes.

El problema es que la sociedad, fingiendo veneración y respeto, termina por volvernos viejos a la fuerza. "Con la india más vieja se prueba la flecha", dice un proverbio guajiرو. Hace algún tiempo, cuando yo le propuse a un productor que hiciera en cine *El coronel* no tiene quien le escriba, me contestó de plano: "Los viejos no se venden". En Francia -que en 1970 tenía el promedio de viejos más alto del mundo- se ha conseguido la jubilación a los sesenta años. Es un escándalo. La mejor prueba de la injusticia de esa decisión es que no hay seres más agresivos en este mundo que los ancianos franceses: se disputan los taxis a

golpes de paraguas con los jóvenes, se saltan los turnos en las colas a codazos y son capaces de una procacidad devastadora en una disputa callejera. Yo me había preguntado siempre si esos viejos saben que son viejos. No lo sé. Sólo sé que la semana pasada un hombre de 54 años, que se siente en la plenitud de su vida, le dio a un niño de cinco años un billete de cien pesos. El niño, feliz, corrió a mostrárselo a su padre y le dijo: "Me lo dio aquel viejito que está allá". El viejito que estaba allá, por supuesto, era yo.

# Los pobres traductores buenos

Gabriel García Márquez, 1982.

Alguien ha dicho que traducir es la mejor manera de leer. Pienso también que es la más difícil, la más ingrata y la peor pagada. Tradittore, traditore, dice el tan conocido refrán italiano, dando por supuesto que quien nos traduce nos traiciona. Maurice-Edgar Coindreau, uno de los traductores más inteligentes y serviciales de Francia, hizo en sus memorias habladas algunas revelaciones de cocina que permiten pensar lo contrario. "El traductor es el mono del novelista", dijo, parafraseando a Mauriac, y queriendo decir que el traductor debe hacer los mismos gestos y asumir las mismas posturas del escritor, le gusten o no. Sus traducciones al francés de los novelistas norteamericanos, que eran jóvenes y desconocidos en su tiempo -William Faulkner, John Dos Passos, Ernest Hemingway, John Steinbeck-, no sólo son recreaciones magistrales, sino que introdujeron en Francia a una generación histórica, cuya influencia entre sus contemporáneos europeos -incluidos Sartre y Camus- es más que evidente. De modo que Coindreau no fue un traidor, sino todo lo contrario: un cómplice genial. Como lo han sido los grandes traductores de todos los tiempos, cuyos aportes personales a la obra traducida suelen pasar inadvertidos, mientras se suelen magnificar sus defectos. Cuando se lee a un autor en una lengua que no es la de uno se siente deseo casi natural de traducirlo. Es comprensible, porque uno de los placeres de la lectura -como de la música- es la posibilidad de compartirla con los amigos. Tal vez esto explica que Marcel Proust se murió sin cumplir uno de sus deseos recurrentes, que era traducir del inglés a alguien tan extraño a él mismo como lo era John Ruskin. Dos de los escritores que me hubiera gustado traducir por el solo gozo de hacer lo son Andre Malraux y Antoine de Saint-Exupery, los cuales, por cierto, no disfrutaban de la más alta estimación de sus compatriotas actuales. Pero nunca he ido más allá del deseo. En cambio, desde hace mucho traduzco gota a gota los Cantos de Giacomo Leopardi, pero lo hago a escondidas y en mis pocas horas sueltas, y con la plena conciencia de que no será ese el camino que nos lleve a la gloria ni a Leopardi ni a mí. Lo hago sólo como uno de esos pasatiempos de baños que los padres jesuitas llamaban placeres solitarios. Pero la sola tentativa me ha bastado para darme cuenta de qué difícil es, y qué abnegado, tratar de disputarles la sopa a los traductores profesionales.

Es poco probable que un escritor quede satisfecho con la traducción de una obra suya. En cada palabra, en cada frase, en cada énfasis de una novela hay casi siempre una segunda intención secreta que, sólo el autor conoce. Por eso es sin duda deseable que el propio escritor participe en la traducción hasta donde le sea posible. Una experiencia notable en ese sentido es la excepcional traducción de Ulysses, de James Joyce, al francés. El primer borrador básico lo hizo completo y solo August Morell, quien trabajó luego hasta la versión final con Valery Larbaud y el propio James Joyce. El resultado es una obra maestra, apenas superada -según testimonios sabios- por la que hizo Antonio Houaiss al portugués de Brasil. La única traducción que existe en castellano, en cambio, es casi inexistente. Pero su historia le sirve de excusa. La hizo para sí mismo, sólo por distraerse, el argentino J. Salas Subirat, que en la vida real era un experto en seguros de vida. El editor Santiago Rueda, de

Buenos Aires, la descubrió en mala hora, y la publicó a fines de los años cuarenta. Por cierto, que a Salas Subirat lo conocí pocos años después en Caracas trepado en el escritorio anónimo de una compañía de seguros y pasando una tarde estupenda hablando de novelistas ingleses, que él conocía casi de memoria. La última vez que lo vi parece un sueño: estaba bailando, ya bastante mayor y más solo que nunca, en la rueda loca de los carnavales de Barranquilla. Fue una aparición tan extraña que no me decidí a saludarlo.

Otras traducciones, históricas son las que hicieron al francés Gustav Jean-Aubry y Phillippe Neel de las novelas de Josep Conrad. Este gran escritor de todos los tiempos -que en realidad se llamaba Jozef Teodor Konrad Korzeniowski- había nacido en Polonia, y su padre era precisamente un traductor de escritores ingleses y, entre otros, de Shakespeare. La lengua de base de Conrad era el polaco, pero desde muy niño aprendió el francés y el inglés, y llegó a ser escritor en ambos idiomas. Hoy lo consideramos, con razón o sin ella, como uno de los maestros, de la lengua inglesa. Se cuenta que les hizo la vida invivible a sus traductores franceses tratando de imponerles su propia perfección, pero nunca se decidió a traducirse a sí mismo. Es curioso, pero no se conocen muchos escritores bilingües que lo hagan. El caso más cercano a nosotros es el de Jorge Semprún, que escribe lo mismo en castellano o en francés, pero siempre por separado. Nunca se traduce a sí mismo. Más raro aún es el irlandés Samuel Becket, premio Nobel de Literatura, que escribe dos veces la misma obra, una vez en francés y otra vez en inglés. Es la misma obra en dos idiomas, pero su autor insiste en que la una no es la traducción de la otra, sino que son dos obras distintas en dos idiomas diferentes.

Hace unos años, en el ardiente verano de Pantelaria, tuve una enigmática, experiencia de traductor. El conde Entico Cicogna, que fue mi traductor al italiano hasta su muerte, estaba traduciendo en aquellas vacaciones la novela *Paradiso*, del cubano José Lezama Lima. Soy un admirador devoto de su poesía, lo fui también de su rara personalidad, aunque tuve pocas ocasiones de verlo, y en aquel tiempo quería conocer mejor su novela hermética. De modo que ayude un poco a Cicogna, más que en la traducción, en la dura empresa de descifrar la prosa. Entonces comprendí que, en efecto, traducir es la manera más profunda de leer. Entre otras cosas, encontramos una frase cuyo sujeto cambiaba de género y de número varias veces en menos de diez líneas, hasta el punto de que al final no era posible saber quién era, ni cuándo era, ni dónde estaba. Conociendo a Lezama Lima, era posible que aquel desorden fuera deliberado, pero sólo él hubiera podido decirlo, y nunca pudimos preguntárselo. La pregunta que se hacía Cicogna era si el traductor tenía que respetar en italiano aquellos disparates de concordancia o si debía vertirlos con rigor académico. Mi opinión era que debía conservarlos, de modo que la obra pasara al otro idioma tal como era, no sólo con sus virtudes, sino también con sus defectos. Era un deber de lealtad con el lector en el otro idioma.

Para mí no hay curiosidad más aburrida que la de leer las traducciones de mis libros en los tres idiomas en que me sería posible hacerlo. No me reconozco a mí mismo, sino en castellano. Pero he leído alguno de los libros traducidos al inglés por Gregory Rabassa y debo reconocer que encontré algunos pasajes que me gustaban más que en castellano. La impresión que dan las traducciones de Rabassa es que se aprende el libro de memoria en castellano y luego lo vuelve a escribir completo en inglés: su fidelidad es más compleja que la literalidad simple. Nunca hace una explicación en pie de página, que es el recurso menos



válido y por desgracia el más socorrido en los malos traductores. En este sentido, el ejemplo más notable es el del traductor brasileño de uno de mis libros, que le hizo a la palabra astromelia una explicación en pie de página: flor imaginaria inventada por García Márquez. Lo peor es que después leí no sé dónde que las astromelias no sólo existen, como todo el mundo lo sabe en el Caribe, sino que su nombre es portugués.

# Y de la guayaba, ¿qué?

Gabriel García Márquez, 1982.

Me molesta hablar una vez más de mi posible regreso a Colombia habiendo tantos temas de actualidad más atractivos, pero la amable invitación que me hizo el presidente electo para que asista al acto de su posesión, el 7 de agosto, lo ha convertido -aunque él no lo quisiera ni yo tampoco- en un asunto de interés público. No hubiera querido hablar de esto antes de haber recibido en mi casa la invitación oficial, y de haberla contestado en los términos que merece un mensaje tan cordial y humano de un viejo y muy apreciado amigo a quien la vida le ha echado encima el gran honor y la inmensa desgracia personal de ser presidente de la República dentro de un sistema que no tiene remedio. Sin embargo, aún no ha llegado a mis manos 72 horas después de que se hizo público sin advertírmelo, lo cual hace pensar que una de las primeras cosas que debe hacer el nuevo mandatario será agilizar los sistemas telegráficos de Colombia. Así las cosas, he decidido ocuparme de la invitación no recibida para salirle al paso a la especulación creciente de que mi silencio era un desaire personal al presidente electo. Muchos colombianos, yo entre ellos, no estamos de acuerdo con las ideas políticas de Belisario Betancur, pero eso no habría sido un obstáculo para que aceptara su invitación. Cuando algunos amigos comunes me preguntaron hace varias semanas cuál sería mi actitud en caso de recibirla, les contesté que mi respuesta sería negativa por razones que no tenían nada que ver con las ideas políticas del presidente electo, y mucho menos con su persona. Más aún: les pedí que se lo hicieran saber a él para que todo el trámite se quedara sin publicidad.

A pesar de eso, la invitación ha sido hecha, y creo entender la razón: si Belisario invitaba a un numeroso grupo de escritores y artistas y no me invitaba también a mí, hubiera podido interpretarse como una discriminación. De modo que, además de la invitación, tengo que agradecerle a Belisario el haber afrontado el riesgo de la negativa con la mayor elegancia.

Mis razones son más profundas. El 26 de marzo del año pasado, cuando Mercedes y yo salimos de Colombia bajo la protección diplomática de México, la reacción de las autoridades más altas no sólo fueron frívolas, sino de una vulgaridad inadmisible. El presidente Turbay Ayala repitió una vez más el socorrido argumento de que yo trataba de sumarme a la campaña de descrédito internacional contra Colombia, sin preguntarse siquiera si ese descrédito no estaba ya mejor sustentado por sus propios actos de gobierno. El canciller Lemos Simmons, a quien siempre tuve como un hombre inteligente, cometió la tontería de decir que el mío era un acto de publicidad para mi libro inminente. El ministro de la Defensa dijo que el único que me perseguía en Colombia era un agente de la policía que deseaba un autógrafo. Al cabo de 697.203 minutos de haber salido de Colombia, no conozco ningún acto ni ninguna declaración que permitan atribuir a esos tres funcionarios ni siquiera la atención de rendir tributo a la buena fe.

Sin embargo, en los meses siguientes a mi salida se han conocido algunos hechos que exigían por lo menos una explicación del Gobierno, no tanto por mí como por respeto a la opinión pública. Varios miembros del Movimiento Diecinueve de Abril (M-19), de cuya seriedad no tengo ninguna duda, han declarado desde la cárcel que la justicia militar trataba de establecer cuáles eran mis vínculos con ellos, sobre todo en relación con el desembarco del año pasado en el sur del país. A algunos se les preguntó en concreto cuál había sido mi participación, en el supuesto entrenamiento que les impartieron en Cuba y varios fueron torturados para arrancarles una declaración que sirviera para acusarme. Uno por lo menos declaró para la Prensa, y se publicó en forma destacada, que había firmado bajo tortura un pliego de cargos falsos contra mí.

Nada de esto era nuevo. Desde mucho antes del desembarco, Álvaro Fayad -a quien conocí y admiré como un hombre serio e inteligente desde que no era todavía uno de los dirigentes mayores del M-19- declaró, y se publicó en la Prensa, que en el interrogatorio insaciable y brutal que le hicieron trataban de hacerle revelar a la fuerza una supuesta complicidad mía con su movimiento. No obstante, estas publicaciones no han merecido ninguna atención del Gobierno. A pesar de tantas revelaciones públicas, el ministro de la Defensa volvió a repetir la semana pasada, en una entrevista de Prensa, el chiste bobo del policía que deseaba un autógrafo. La buena fe del ministro de la Defensa quedaría establecida si pudiera probar que no conoce las actas de los interrogatorios, que hace pocas semanas debieron pasar de la justicia militar a la civil cuando se levantó el estado de sitio. Pero aún así su situación sería muy grave, porque revelaría un grado inquietante de compartimentación entre los altos mandos de las fuerzas armadas.

Hay más. Poco después de mi salida de Colombia, cuando se inauguró el nuevo aeropuerto de Barranquilla, algunos miembros de su comitiva presidencial les contaron a amigos míos -sin duda para que me lo hicieran saber- que quien me previno de lo que se intentaba contra mí fue el propio presidente Turbay Ayala, a través de emisarios no oficiales y sin que yo supiera cuál era el origen de la información. Según ellos, el presidente lo hacía porque no quería que se intentara nada contra mí, pero no podía impedirlo, y decidió hacérmelo saber de trasmano para que me pusiera a salvo mientras se calmaban los ánimos. Lo que el presidente no se imaginaba -según sus infidentes- fue que yo no me escurriría del país en silencio, sino que lo haría con el escándalo deliberado y necesario de la protección diplomática. No le presté ningún crédito a esa versión, que me pareció una página más en esa gran novela de realismo mágico que es la vida real de Colombia. Pero unos meses después, uno de los ministros del presidente Turbay Ayala la repitió como si fuera con pleno conocimiento de causa y en presencia, de varias personalidades intelectuales y políticas. Conozco el nombre del ministro y los de cada una de esas personalidades, así como la fecha y el lugar de la reunión, pero tengo el derecho profesional de no revelar las fuentes. Además lo que importa en realidad de esta versión no es saber si es falsa o cierta, sino lo mucho que revela sobre la crisis de credibilidad de este Gobierno, que al fin se acaba para alivio de todos.

Regresar a Colombia en estas condiciones -a pesar de mi nostalgia, ya casi irresistible- sería admitir como ciertas las negativas sistemáticas de las más altas autoridades, y no tanto en mi caso personal como en el de las numerosas víctimas de la represión oficial. Sería olvidar de una sola plumada por qué Feliza Burztyl no podrá estar el 7 de agosto en la primera fila

de invitados del nuevo presidente, como fue su deseo hasta el instante de morir. Sería contribuir al perdón y el olvido de un Gobierno que se los ha negado sin grandeza a una oposición armada que parece dispuesta a desarmarse por el bien de todo. En efecto, con la misma frescura con que lo ha hecho conmigo, este Gobierno se ha conformado con negar que- ha cometido toda clase de abusos: allanamientos, torturas, desapariciones de presos y, en general, todas las formas de un terrorismo oficial tan abominable como el de sus contrarios. Regresar mientras no existan condiciones para que estas cosas se aclaren -como si nada hubiera pasado y sólo por adornar la fiesta de un buen amigo mio- sería conceder la razón a las peores razones del peor Gobierno que ha tenido mi país en toda su historia.

# Historias perdidas

Gabriel García Márquez, 1983.

Un joven de Checoslovaquia abandonó su país con el ánimo de hacer fortuna. Al cabo de veinticinco años, casado y rico, volvió a su pueblo natal, donde su madre y su hermana tenían un hotel. Sólo por hacerles una broma, el viajero dejó a su esposa en otro hotel del poblado y tomó una habitación en el hotel de la madre y la hermana, quienes no le reconocieron después de tantos años de separación. Su propósito, al parecer, era identificarse al día siguiente durante el desayuno. Pero a media noche, mientras dormía, la madre y la hermana lo asesinaron para robarle el dinero.

Este es el nudo de *El malentendido*, la conocida obra de teatro de Alberto Camus, inspirada en una de esas historias sin origen cierto que la tradición oral transmite -con muy ligeras modificaciones-, no sólo en el espacio, sino también en el tiempo. Roger Quillot, autor de las notas con que el drama de Camus fue publicado en la edición de *La Pléyade*, dice que la historia se encuentra con muchas variantes en numerosos países y que desde la Edad Media aparecía en la tradición oral o en la Prensa. "M. Paul Benicaou me señaló en particular una vieja canción de Nivernais, *El soldado muerto por su madre*", escribe Roger Quillot. "De igual modo, en *Mon Portrait*, de Louis Claude de St. Martin, se refiere esta historia como un caso policiaco que habría ocurrido en Tours en junio de 1796. Por último, el escritor latinoamericano Domingo Sarmiento asegura que la misma leyenda es muy conocida en Chile, y una acción idéntica es el tema de la tragedia titulada *El 24 de febrero*, de Zacarías Werner".

No sé si existía, aunque debería existir, una antología de esas historias que se repiten por todo el mundo y de las cuales -quienes las cuentan- aseguran haber sido testigos presenciales, o bien los narradores mienten, cosa que es muy probable, o bien es cierto que las historias ocurren como y otra vez a través de distintas culturas y de épocas diversas. Una de ellas, de las cuales se ha hablado otras veces en esta columna, es la del automovilista que recoge en la carretera a una mujer solitaria, que desaparece de su asiento vecino en el transcurso del viaje. Hay un dato constante: en todas las versiones de los distintos países, en el sitio donde la mujer es recogida ha habido un accidente atroz en el que ha muerto una mujer vestida del mismo modo. La última vez que escribí sobre esto recibí numerosas cartas en las que me decían que el mismo caso había ocurrido en lugares diversos, y en algunas se daban hasta los nombres de los protagonistas. Alguien me mandó la fotocopia de varias páginas de un libro de mi amigo el escritor catalán Manolo Vázquez Montalbán, que había sido publicado mucho antes de que la Prensa francesa publicara la historia como ocurrida en el verano anterior. Vuelvo al tema ahora porque un amigo de México, cuya palabra no se puede poner en duda, me cuenta que vivió la misma historia un día de la semana pasada, a pleno sol, cuando regresaba desde Taxco a la ciudad de México por una autopista tan concurrida que uno se pregunta a veces cómo es que no se han instalado semáforos en algunas esquinas.

Sin embargo, la más extraña, horrorosa y complicada de estas historias recurrentes se supone que ocurrió en algún lugar de Afganistán hace muchos años. Es la de un hombre que se encontró por casualidad en un mercado con una mujer que le pareció la más bella del mundo. De acuerdo con las costumbres locales, no trató de seducir a la hermosa con los sanos recursos occidentales, sino que concertó la boda con sus padres. La muchacha aceptó por obediencia, pero le puso al marido la condición no sólo de dormir en habitaciones separadas, sino también la de no tener ningún tipo de relaciones sexuales, salvo en las escasas ocasiones en que ella lo dispusiera. El marido se sometió a semejantes normas contra natura hasta una noche en que descubrió que su esposa solía escapar de la casa mientras él dormía para visitar un amante secreto, que mantenía desde antes de su matrimonio en una cabaña no muy distante de la suya. Entonces el marido la siguió armado con su espada, esperó a que ella saliera de la casa ajena para volver a la suya y decapitó al amante con un tajo certero. Luego limpió la espada con tanto cuidado que cuando la esposa la examinó -sospechando quién podía ser el autor del crimen- no encontró ningún rastro que le permitiera culpar al marido. Este, por su parte, coronó por fin su ambición de dormir y folgar con la mujer más bella del mundo, la cual terminó por ser feliz con él y le dio tres hijos. Muchos años después, cuando pasaron por casualidad frente a la cabaña del amante muerto, la mujer no pudo disimular su nerviosismo y le pidió al marido que se alejaran de allí lo más pronto posible. Entonces el marido cometió la imprudencia que lo delató. "En aquel tiempo no tenías tanta prisa", dijo. La mujer no hizo ningún gesto revelador, pero aquella noche, cuando el marido regresó a su casa, encontró a los tres hijos decapitados con la misma espada con que él había decapitado a su rival y nunca más en su vida volvió a tener la menor noticia de la mujer más bella del mundo.

La historia, con toda clase de variaciones, se repite con frecuencia por todas partes; pero el último que lo contó fue un profesor universitario que aseguró haber estado en Afganistán y haber conocido al protagonista. Y añadió un dato terminante: el hombre tenía una cicatriz en la espalda, causada por su propia mujer con la espada insaciable cuando trató de decapitarlo también a él. Esto convertiría en contemporánea una historia que se suponía muy antigua, de los tiempos en que las espadas se anticipaban a las armas de fuego en los crímenes pasionales, y cuando no era posible concebir una historia con un final feliz, de esos que hoy se consideran como un desastre literario.

Leí *Las mil y una noches* cuando apenas empezaba a tener uso de razón, y tal vez sea una más de las razones por las cuales las sigo apreciando como mi libro inolvidable. Ahora bien: cada vez que oigo contar la historia del amante decapitado creo emociones dormidas en aquellas lecturas brumosas de mi infancia, pero no logro encontrar la historia en las distintas versiones que tengo de los relatos fantásticos de *Scherezada*. Tropezó siempre, en cambio, con otra parecida y tremenda: la historia de la mujer que en su casa sólo comía granitos de arroz, uno por uno y pinchándolos siempre con un alfiler, hasta que su marido descubrió que no comía porque de noche escapaba de la casa para irse a comer muertos en el cementerio. Y tropezó con otra de las más hermosas que he leído jamás: la historia del pescador que le pide a su vecino un plomo para su red, con la promesa de que le dará a cambio el primer pescado de la jornada. Cumple su promesa, y cuando la mujer del vecino destripa el pez para prepararlo, le encuentra en el estómago un diamante del tamaño de una avellana. Encuentro estas y muchas historias de maravillas, pero no logro encontrar el origen de la otra terrible de la mujer más bella del mundo que decapitó a sus tres hijos

porque el marido había decapitado al amante. ¿Habrá un lector benévolo que me ayude a encontrarlo?

# Memorias de un fumador retirado

Gabriel García Márquez, 1983.

En una época casi irreal, en que todo el mundo era joven, el crítico mexicano de cine Emilio García Riera se quedó dormido en un cuarto de hotel mientras leía fumando en la cama. El cigarrillo resbaló de sus labios al mismo tiempo que resbaló el libro de sus manos, y cuando despertó estaba a punto de morir asfixiado en un cuarto lleno de humo y sobre un colchón en llamas. No fue posible convencer al administrador del hotel de que había sido un accidente común, que debía estar previsto en los contratos de seguro, como los vasos que se quiebran y las alfombras que se estropean porque se deja abierta la llave de la bañera, y que, por consiguiente, no era justo que trataran de cargar el precio del colchón quemado en la cuenta de un crítico de cine cuyo único lujo burgués era fumar dormido. No hubo nada que hacer: el hotel cobró el colchón a precio de colchón nuevo. He recordado este percance de juventud leyendo un artículo sobre los peligros de fumar, y entre los cuales no se menciona el cáncer como uno de los más terribles, no: parece que en Estados Unidos, donde el temor al fuego es una especie de obsesión patriótica, el vicio de fumar ocasiona más incendios que cualquier otra causa. Inclusive más que cocinar. "Se calcula", dice el artículo distribuido por el servicio de noticias del New York Times "que no menos de 2.500 personas mueren cada año en incendios provocados por cigarrillos, y unas. 25.000 resultan lesionadas en incendios del mismo origen, en los que se registran pérdidas de más de trescientos millones de dólares". Es probable, además, que estos desastres ocurran en lugares donde no está prohibido fumar, lo cual puede dar una idea de cuál sería el tamaño de los estragos si no existiera ningún límite, al albedrío de los fumadores.

Algún piloto me explicó una vez por qué en los aviones está prohibido fumar sólo durante el despegue y el aterrizaje, y no recuerdo su explicación, quizá porque no me pareció muy convincente. Sin embargo, cada vez que veo a alguien fumando durante un vuelo tengo la impresión ineludible de que está cometiendo una imprudencia y que nos está sometiendo a todos los pasajeros a un riesgo adicional, además de los muchos a que nos somete por sí sola la navegación aérea. A un vecino de asiento que me preguntó el otro día sobre el océano Atlántico si me molestaba que fumara, le contesté que no, siempre que él tuviera la amabilidad de fumarse su cigarrillo apagado. Quería decirle que el humo no me estorbaba para nada, pero que no podía soportar la tensión de ver una brasa ardiendo dentro de un ámbito artificial sometido a una presión de mil metros a 15.000 pies de altura, y disparado a una velocidad de novecientos kilómetros por hora.

Hasta hace unos cinco años no estaba prohibido fumar en los retretes de los aviones. Ahora no sólo hay letreros alarmantes que lo impiden, sino que en las instrucciones verbales que se imparten a través de los altavoces se subraya con un énfasis sospechoso, y a veces sin ningún motivo aparente, que está prohibido fumar en los lavabos. Hay indicaciones muy creíbles de que esa prohibición fue el resultado de un accidente atroz que ocurrió hace unos seis años en un aeropuerto de París, cuando un avión gigante de una empresa latinoamericana se precipitó a tierra a pocos metros de la pista. La investigación del accidente, que yo sepa, no fue nunca divulgada, pero hay versiones muy serias de que los



pasajeros murieron asfixiados por el humo de las materias plásticas incendiadas en un lavabo. Al parecer, un pasajero había dejado allí un cigarrillo encendido.

Es fácil imaginar por qué me siento tan a gusto contando estos horrores. Sucede que soy un fumador retirado, y no de los menores. Hace poco le oí decir a un amigo que prefiere ser un borracho conocido que un alcohólico anónimo. Yo había dicho otra cosa menos inteligente, pero tal vez más sincera en ese momento: "Prefiero morirme antes que dejar de fumar". Sin embargo, antes de dos años había dejado. De eso hace ahora catorce años, y había fumado desde la edad de dieciocho, y a un ritmo que no le conozco a muchos fumadores empedernidos. En el momento en que me detuve, me fumaba cuatro cajetillas de tabaco negro en catorce horas: ochenta cigarrillos. Alguien había calculado que de esas catorce horas útiles en la vida malgastaba cuatro horas completas en el acto simple de sacar el cigarrillo, buscar los fósforos y encenderlo. Fumaba en exceso, pero no era un adicto catastrófico: nunca me quedé dormido fumando, ni quemé un sillón o una alfombra en una visita, ni fumé desnudo, pero caminando con los zapatos puestos -que es una de las cosas de peor suerte que se pueden hacer en la vida-, ni olvidé un cigarrillo encendido en ninguna parte, y mucho menos, por supuesto, en el lavabo de un avión. No estoy tratando de hacer proselitismo, aunque suelo hacerlo y me gusta, como a todos los conversos. Al contrario, debo decir que en mis largos y dichosos años de fumador no tuve nunca un acceso de tos, ni ningún trastorno del corazón, ni ninguno de los males mayores y menores que se atribuyen a los grandes fumadores. En cambio, cuando dejé de fumar contraí una bronquitis crónica que me costó mucho trabajo superar. Más aún, no dejé de fumar por ningún motivo especial, y nunca me sentí ni mejor ni peor, ni se me agrió el carácter ni aumenté de peso, y todo siguió como si nunca hubiera fumado en mi vida. O mejor aún: como si aún siguiera fumando.

Durante muchos años repetí un chiste flojo: "La única manera de dejar de fumar es no fumar más". Mi mayor sorpresa en este mundo es que cuando dejé de fumar comprendí que aquél no era un chiste flojo, sino la pura verdad. Pero la forma en que ocurrió merece recordarse, por si estas líneas llegan ante los ojos de alguien que quisiera dejar de fumar y no ha podido. Sucedió en Barcelona, una noche en que salimos a cenar con el médico Luis Feduchi y su esposa, Leticia, y él andaba feliz porque había dejado el cigarrillo hacía un mes. Admirado de su fuerza de voluntad, le pregunté cómo lo había conseguido, y me lo explicó con argumentos tan convincentes, que al final aplasté la colilla de mi cigarrillo en el cenicero, y fue el último que me fumé en la vida. Dos semanas después el doctor Luis Feduchi volvió a fumar, primero en una pipa apagada, después en una pipa encendida, y después en dos, en tres y en cuatro pipas diferentes, y ahora en una preciosa colección de cuarenta pipas de todas las clases. A veces, para descansar de tantas pipas, fuma tabacos puros de todas las marcas, sabores y tamaños. Su explicación es válida: nunca me dijo que había dejado de fumar, sino que había dejado el cigarrillo.

Todas estas experiencias -que tal vez no sean más que las ráfagas de envidia que a veces deben sentir los curas que colgaron los hábitos- me permiten pensar que, a fin de cuentas, tal vez sea lo mismo fumar que no fumar. Pero que quienes dirigen las campañas contra el tabaquismo no debían ser los médicos y psicólogos -que, después de todo, no han logrado convencer a muchos-, sino que debía de ser una de las tantas y fructíferas atribuciones de los bomberos.

# Está bien, hablemos de literatura

Gabriel García Márquez, 1983.

Jorge Luis Borges dijo en una vieja entrevista que el problema de los jóvenes e - escritores de entonces era que en el momento de escribir pensaban en el éxito o el fracaso. En cambio, cuando estaba en sus comienzos- sólo pensaba en escribir para sí mismo. "Cuando publiqué mi primer libro", contaba, "en 1923, hice imprimir trescientos ejemplares y los distribuí entre mis amigos, salvo cien ejemplares, que llevé a la revista *Nosotros*. Uno de los directores de la publicación, Alfredo Bianchi, miró aterrado a Borges y le dijo: "¿Pero usted quiere que yo venda todos esos libros?" "Claro que no", le contestó Borges, "a pesar de haberlos escrito no estoy completamente loco". Por cierto, que el autor de la entrevista, Alex J. Zisman, que entonces era un estudiante peruano en Londres, contó al margen que Borges le había sugerido a Bianchi que metiera copias del libro en los bolsillos de los sobretodos que dejaran colgados en el ropero de sus oficinas, y así consiguieron que se publicaran algunas notas críticas. Pensando en este episodio recordé otro tal vez demasiado conocido, de cuando la esposa del ya famoso escritor norteamericano Sherwood Anderson, encontró al joven William Faulkner escribiendo a lápiz con el papel apoyado en una vieja carretilla. "¿Qué escribe?", le preguntó ella. Faulkner, sin levantar la cabeza, le contestó: "Una novela". La señora Anderson sólo acertó a exclamar: "¡Dios mío!" Sin embargo, unos días después Sherwood Anderson le mandó decir al joven Faulkner que estaba dispuesto a llevarle su novela a un editor, con la única condición de no tener que leerla. El libro debió ser *Soldiers Pay*, que se publicó en 1926 -o sea, tres años después del primer libro de Borges-, y Faulkner había publicado cuatro más antes de que se le considerara como un autor conocido, cuyos libros fueran aceptados por los editores sin demasiadas vueltas. El propio Faulkner declaró alguna vez que después de esos primeros cinco libros se vio forzado a escribir una novela sensacionalista, ya que los anteriores no le habían producido bastante dinero para alimentara su familia. Ese libro forzoso fue *Santuario*, y vale la pena señalarlo, porque esto indica muy bien cuál era la idea que tenía Faulkner de una novela sensacionalista.

Me he acordado de estos episodios en los orígenes de los -grandes escritores en el curso de una conversación de casi cuatro horas que sostuve ayer con Ron Sheppard, uno de los redactores literarios dela revista *Time*, que está preparando un estudio sobre la literatura de América Latina. Dos cosas me dejaron muy complacido de esa entrevista. La primera es que Sheppard sólo me habló y sólo me hizo hablar de literatura, y demostró, sin el menor asomo de pedantería, que sabe muy bien lo que es. La segunda es que había leído con mucha atención todos mis libros y había estudiado muy bien, no sólo por separado, sino también en su orden y en su conjunto, y además se había tomado el trabajo arduo de leer numerosas entrevistas mías para no recaer en la mismas preguntas de siempre. Este último punto no me interesó tanto porque halagar mi vanidad -cosa que, de todos modos, no se puede ni se debe descartar cuando se habla con cualquier escritor, aun con los que parecen más modestos-, sino porque me permitió explicar mejor, con mi experiencia propia, mis concepciones personales del oficio de escribir. Todo escritor entrevistado descubre de

inmediato -por cualquier descuido ínfimo- si su entrevistador no ha leído un libro del cual le está hablando, y desde ese instante, y acaso sin que el otro lo advierta, lo coloca en situación de desventaja. En cambio, conservo un recuerdo muy grato de un periodista español, muy joven, que me hizo una entrevista minuciosa sobre mi vida creyendo que yo era el autor de la canción de las mariposas amarillas, que por aquella época sonaba por todas partes, pero que no tenía la menor idea de que aquella música había tenido origen en un libro y que, además, era yo quien lo había escrito.

Sheppard no hizo ninguna -pregunta concreta, ni utilizó una grabadora, sino que cada cierto tiempo tomaba notas muy breves en un cuaderno de escolar, ni le importó qué premios me habían dado antes o ahora, ni trató de saber cuál era el compromiso del escritor, ni cuántos libros había vendido,-ni cuánto dinero me había ganado. No voy a hacer una síntesis de nuestra conversación, porque todo cuanto en ella se habló le pertenece ahora a él y no a mí. Pero no he podido resistir a la tentación de señalar el hecho como un acontecimiento alentador en el río revuelto de mi vida privada de hoy, donde no hago casi nada más que . contestar varias veces al día las mismas preguntas con las mismas respuestas de siempre. Y peor aún: las mismas preguntas, que cada día tienen menos que ver con mi oficio de escritor. Sheppard, en cambio, y con la misma naturalidad con que respiraba, se movía sin tropiezos con los misterios más densos de la creación literaria, y cuando se despidió me dejó ensopado en la nostalgia de los tiempos en, que la vida era más simple y uno disfrutaba del placer de perder horas y horas hablando de nada más que de literatura.

Sin embargo, nada de lo que hablamos se me fijó de un modo más intenso que la frase de Borges: "Ahora, los escritores piensan en el fracaso y en el éxito". De un modo o de otro, les he dicho lo mismo a tantos escritores jóvenes que encuentro por esos mundos. No a todos, por fortuna, los he visto tratando de terminar una novela a la topa tolontra para llegar a tiempo a un concurso. Los he visto precipitándose en abismos de desmoralización por una crítica adversa, o por el rechazo de sus originales en una casa editorial. Alguna vez le oí decir a Mario Vargas Llosa una frase que me desconcertó de entrada: "En el momento de sentarse a escribir, todo escritor decide si va a ser un buen escritor o un mal escritor". Sin embargo, varios años después llegó a mi casa de México un muchacho de veintitrés años, que había publicado su primera novela seis meses antes y que aquella noche se sentía triunfante porque acababa de entregar al editor su segunda novela. Le expresé mi perplejidad por la prisa que llevaba en su prematura carrera, y él me contestó, con un cinismo que toda vía quiero recordar como involuntario: "Es que tú tienes que pensar mucho antes de escribir porque todo el mundo está pendiente de lo que escribes. En cambio, yo puedo escribir muy rápido, porque muy poca gente me lee". Entonces entendí, como una revelación deslumbrante, la frase de Vargas Llosa: aquel muchacho había decidido ser un mal escritor, como, en efecto, lo fue hasta que consiguió un buen empleo en una empresa de auto móviles, usados, y no volvió a perder el tiempo escribiendo. En cambio -pienso ahora-, tal vez su destino sería otro si antes de aprender a escribir hubiera aprendido a hablar de literatura. Por estos días hay una frase de moda: "Queremos menos hechos y más palabras". Es una frase, por supuesto, cargada de una muy grande perfidia política. Pero sirve también para los escritores. Hace unos meses le dije a Jomi García Ascot que lo único mejor que la música era hablar de música, y anoche estuve a punto de decirle lo mismo sobre la literatura. Pero luego lo -pensé con más cuidado. En realidad,, lo único mejor que hablar de literatura es hacerla bien.

# Sí: ya viene el lobo

Gabriel García Márquez, 1983.

Muchos amigos de Nicaragua, inclusive algunos que están bien informados, piensan que las voces de alarma que los dirigentes sandinistas hacen oír cada cierto tiempo en el mundo entero no corresponden a una amenaza real en sus fronteras, sino que son como los gritos de diversión con que el pastor de la fábula anunciaba que ya venía el lobo. Sin embargo, la amenaza desde territorio de Honduras no sólo es verdadera y constante, sino que cuenta cada vez con mayores recursos, y si no ha llegado hasta sus últimas consecuencias es porque distintos sectores del Gobierno de los Estados Unidos no han logrado ponerse de acuerdo para una decisión final. Hace unos meses, un oficial del Ejército argentino, mandado por su Gobierno como maestro de represión en Honduras, desertó de su empleo por la actitud de los Estados Unidos en la guerra de las Malvinas, y reveló a la Prensa todos sus secretos. Su confesión espontánea no dejaba ninguna duda de que la Agencia Central de Inteligencia de los Estados Unidos estaba madurando una agresión en grande contra el Gobierno de Nicaragua, y que contaba no sólo con antiguos militares de Somoza y mercenarios del mundo entero, sino también con asistentes oficiales argentinos, chilenos e israelíes. Este convencido de última hora permitía pensar también que había sido una patraña del Gobierno argentino el retiro anunciado de sus maestros de represión en América Central, también por la actitud de los Estados Unidos en la guerra de las Malvinas. La patraña acabó de confirmarse con visos de burla sangrienta hace algunas semanas, cuando, otra vez, el Gobierno militar argentino volvió a anunciar que retiraba a los asesores que ya se suponían retirados y que, al parecer, todavía hoy continúan dando clases en sus escuelas siniestras, lo cual es -ahora sí- una versión moderna de la fábula del lobo, pero al revés.

Todo esto recuerda, a quienes tenemos una buena memoria de periodistas, las vísperas del desembarco en bahía de Cochinos, en abril de 1961. En esa ocasión, como todo el mundo sabe ahora, se llegó hasta el extremo de pintar las insignias de la aviación cubana en el fuselaje de aviones de guerra de los Estados Unidos, los cuales bombardearon la base de San Antonio de los baños, en Cuba, con el propósito -cumplido a medias- de destruir a los pocos aviones cubanos que podían enfrentarse al desembarco. Los aviones disfrazados regresaron a la Florida, y sus pilotos, que en realidad eran exiliados cubanos, se presentaron ante la Prensa como desertores de la aviación revolucionaria que había bombardeado su propia base con aviones robados. Es cierto que las condiciones de América Central y el Caribe y del mundo no son las mismas de hace veinte años, pero también es verdad que el Gobierno de Ronald Reagan actúa como si no lo supiera. De modo que los nicaragüenses tienen razón, una vez más, en gritar tan fuerte como puedan, y está bien que sus amigos los ayudemos a gritar tan fuerte como podamos, porque es verdad que ya viene el lobo, el lobo, y que viene pisando con pasos de animal tan grande que hasta el pastor más ingenuo se daría cuenta de que no viene solo.

Las maniobras conjuntas que 1.700 soldados norteamericanos y 4.000 hondureños comenzaron ayer en las fronteras de Honduras con Nicaragua no contribuyen, ni mucho

menos, a la paz, que ya más de medio mundo está deseando para América Central, ni son un paso para la solución pacífica negociada que tantos gobiernos de buena voluntad están tratando de conseguir, ni revelan en sus protagonistas ningún ánimo real de poner término a la sangría constante que padece esa desdichada cintura de las Américas. No comparto los temores de quienes piensan que semejante despliegue militar es apenas una pantalla para encubrir una invasión masiva de Nicaragua. No es así como suelen suceder las cosas. Pero estoy de acuerdo con quienes piensan que son decisivas para mejorar las condiciones profesionales del Ejército de Honduras, que está demasiado bien adiestrado para la represión interna, pero no para una guerra internacional. Las maniobras permitirían también a los Estados Unidos introducir equipo bélico mejor y mayor, y dejarlo en Honduras después del retiro de sus tropas, y no sólo al servicio de las fuerzas armadas hondureñas, sino también de los somocistas y sus pandillas de mercenarios. En cambio, comparto el temor de quienes piensan que el peligro real no está en las maniobras de tierra que se llevarán a cabo en la Mosquitia, sobre el mar Caribe, sino en las maniobras navales que se llevarán a cabo al mismo tiempo en el golfo de Fonseca, sobre el océano Pacífico. Este hermoso lugar, cuyas costas son compartidas por Honduras, El Salvador y Nicaragua, es la esquina caliente de América Central. Los tres países limítrofes montan allí una guardia constante y tensa, y cualquier provocación que en cualquier otro lugar sería resuelta con una protesta diplomática formal, podría ser allí el principio de una deflagración irreparable. A los Estados Unidos les gusta servirse dos veces del mismo plato, aun de los más amargos, y no sería asombroso que intentaran en el golfo de Fonseca una provocación semejante a la del golfo de Tomkin, en el mar de China, que les sirvió de pretexto para intervenir en Vietnam. Las analogías, por desgracia, son cada día más inquietantes.

A los numerosos periodistas que vinieron a mi casa de México el 21 de octubre pasado, a las seis de la mañana, les expresé mis temores de una invasión inminente a Nicaragua desde el territorio de Honduras, y les dije que había que hacer lo imposible por evitarla. No hablaba por decir algo resonante en la mañana del Nobel, no; el proyecto de invasión a Nicaragua desde Honduras lo había preparado la CIA bajo los auspicios del anterior secretario de Estado de los Estados Unidos, Alexander Haig, y su sucesor, George Shultz, lo había encontrado servido cuando tomó posesión del cargo. Era lo mismo que le había ocurrido al presidente John F. Kennedy, en 1961, cuando encontró servido en su mesa el proyecto de invasión a Cuba preparado por su antecesor, el general Eisenhower. Dos personalidades que hablaron por separado con George Shultz a principios de octubre lo encontraron preocupado por lo que pudiera ocurrir entre Honduras y Nicaragua, y aunque no les habló del proyecto, les dio seguridades de que él se oponía a cualquier acción de guerra en esa línea de alta tensión, y que haría lo que estuviera a su alcance por impedirla. Yo tenía versiones directas de esas conversaciones cuando dije lo que dije a los periodistas, y hoy creo y celebro que tal vez el señor Shultz haya logrado impedir el desastre a principios de diciembre, que era la época prevista. Lo que no sabemos hoy es si aquello no fue más que un aplazamiento.

Todo esto obliga a una movilización más activa, eficaz y coherente para el logro de una solución pacífica global al drama de América Central. La oposición armada de El Salvador ve aumentar cada día sus posibilidades de una victoria total sobre un Ejército cada día más dividido y desmoralizado; 5.000 rebeldes, la mitad de ellos con armas automáticas sofisticadas, avanzan frente a un Ejército regular que abandona sus posiciones y sus armas

sin combatir. Los propios Estados Unidos deben ser conscientes de que aquélla es para ellos y sus socios salvadoreños una guerra que no van a ganar, pero que puede prolongarse con una crueldad que ninguno de los dos bandos merece. Los cancilleres de México, Colombia, Venezuela y Panamá se reunieron hace poco en la isla de Contadora, tratando de encontrar la fórmula de paz necesaria para América Central, pero la reunión, al parecer, fue más bien un torneo de buena voluntad que de sentido práctico. No tengo ninguna duda de la sinceridad y la antigüedad de los buenos deseos de México, y me consta que la paz en esta región, como en su propio país, es uno de los propósitos más entrañables del presidente de Colombia. Sin embargo, en lugar de prestar atención al clamor, ya casi mundial, por un acuerdo político que los propios gobernantes nicaragüenses y los mismos rebeldes salvadoreños están dispuestos a patrocinar, el Gobierno del presidente Reagan prefiere seguir mostrando sus dientes de lobo, de lobo, de lobo, en unas maniobras de ya viene el lobo que, en el menos grave de los casos, habría que repudiar de todos modos como una impertinencia estúpida.

# Regreso a México

Gabriel García Márquez, 1983.

Alguna vez dije en una entrevista: "De la ciudad de México, donde hay tantos amigos que quiero, no me va quedando más que el recuerdo de una tarde increíble en que estaba lloviendo con sol por entre los árboles del bosque de Chapultepec, y me quedé tan fascinado con aquel prodigio que se me trastornó la orientación y me puse a dar vueltas en la lluvia, sin encontrar por dónde salir". Diez años después de esa declaración he vuelto a buscar aquel bosque encantado y lo encontré podrido por la contaminación del aire y con la apariencia de que nunca más ha vuelto a llover entre sus árboles marchitos. Esta experiencia me reveló de pronto cuánta vida mía y de los míos se ha quedado en esta ciudad luciferina, que hoy es una de las más extensas y pobladas del mundo, y cuánto hemos cambiado juntos, la ciudad y nosotros, desde que llegamos sin nombre y sin un clavo en el bolsillo, el 2 de julio de 1961, ala polvorienta estación del ferrocarril central.

La fecha no se me olvidará nunca, aunque no estuviera en un sello de un pasaporte inservible, porque al día siguiente muy temprano un amigo me despertó por el teléfono y me dijo que Hemingway había muerto. En efecto, se había desbaratado la cabeza con un tiro de fusil en el paladar, y esa barbaridad se quedó para siempre en mi memoria como el principio de una nueva época. Mercedes y yo, que teníamos dos años de casados, y Rodrigo, que todavía no tenía uno de nacido, habíamos vivido los meses anteriores en un cuarto de hotel en Manhattan. Yo trabajaba como corresponsal en la agencia cubana de noticias de Nueva York, y no había conocido hasta entonces un lugar más idóneo para morir asesinado. Era una oficina sórdida y solitaria en un viejo edificio de Rockefeller Center, con un cuarto de teletipos y una sala de redacción con una ventana única que daba a un patio abismal, siempre triste y oloroso a hollín helado, de cuyo fondo subía a toda hora el estruendo de las ratas disputándose las sobras en los tarros de basura. Cuando aquel lugar se hizo insoportable, metimos a Rodrigo en una canasta y nos subimos en el primer autobús que salió para el Sur. Todo nuestro capital en el mundo eran trescientos dólares, y otros cien que Plinio Apuleyo Mendoza nos mandó desde Bogotá al consulado colombiano en Nueva Orleans. No dejaba de ser una bella locura: tratábamos de llegar a Colombia a través de los algodones y los pueblos de negros de Estados Unidos, llevando como única guía mi memoria reciente de las novelas de William Faulkner.

Como experiencia literaria, todo aquello era fascinante, pero en la vida real -aun siendo tan jóvenes- era un disparate. Fueron catorce días de autobús por carreteras marginales, ardientes y tristes, comiendo en fondas de mala muerte y durmiendo en hoteles de peores compañías. En los grandes almacenes de las ciudades del Sur conocimos por primera vez la ignominia de la discriminación: había dos máquinas públicas para beber agua, una para blancos y otra para negros, con el letrero marcado en cada una. En Alabama pasamos una noche entera buscando un cuarto de hotel, y en todos nos dijeron que no había lugar, hasta que algún portero nocturno descubrió por casualidad que no éramos mexicanos. Sin embargo, como siempre, lo que más nos fatigaba no eran las jornadas interminables bajo el

calor ardiente de junio ni las malas noches en los hoteles de paso, sino la mala comida. Cansados de hamburguesas de cartón molido y de leche malteada, terminamos por compartir con el niño las compotas en conservas. Al término de aquella travesía heroica habíamos logrado confrontar una vez más la realidad y la ficción. Los partenones immaculados en medio de los campos de algodón, los granjeros haciendo la siesta sentados bajo el alero fresco de las ventas de caminos, las barracas de los negros sobreviviendo en la miseria, los herederos blancos del tío Gavin Stevens, que pasaban para la misa dominical con sus mujeres lánguidas vestidas de muselina: la vida terrible del condado de Yocknapatapha había desfilado ante nuestros ojos desde la ventanilla de un autobús, y era tan cierta y humana como en las novelas del viejo maestro.

Sin embargo, toda la emoción de aquella vivencia se fue al carajo cuando llegamos a la frontera de México, al sucio y polvoriento Laredo que ya nos era familiar por tantas películas de contrabandistas. Lo primero que hicimos fue entrar en una fonda para comer caliente. Nos sirvieron para empezar, a manera de sopa, un arroz amarillo y tierno, preparado de un modo distinto que en el Caribe. "Bendito sea Dios", exclamó Mercedes al probarlo. "Me quedaría aquí para siempre aunque sólo fuera para seguir comiendo este arroz". Nunca se hubiera podido imaginar hasta qué punto su deseo de quedarse sería cumplido. Y no por aquel plato de arroz frito, sin embargo, porque el destino había de jugarlos una broma muy divertida: el arroz que comemos en casa lo hacemos traer de Colombia, casi de contrabando, en las maletas de los amigos que vienen, porque hemos aprendido a sobrevivir sin las comidas de nuestra infancia, menos sin ese arroz patriótico cuyos granos nevados se pueden contar uno por uno en el plato.

Llegamos a la ciudad de México en un atardecer malva, con los últimos veinte dólares y sin nada en el porvenir. Sólo teníamos aquí cuatro amigos. Uno era el poeta Álvaro Mutis, que ya había pasado las verdes en México, pero que todavía no había encontrado las maduras. El otro era Luis Vicens, un catalán de los grandes que se había venido poco antes de Colombia, fascinado por la vida cultural de México. El otro era el escultor Rodrigo Arenas Betancur, que estaba sembrando cabezas monumentales a todo lo ancho de este país interminable. El cuarto era el escritor Juan García Ponce, a quien había conocido en Colombia como jurado de un concurso de pintura, pero apenas si nos recordábamos el uno del otro, por el estado de densidad éflica en que ambos nos encontrábamos la noche en que nos vimos por la primera vez. Fue él quien me llamó por teléfono tan pronto como supo de mi llegada, y me gritó con su verba florida: "El cabrón de Hemingway se partió la madre de un escopetazo". Ese fue el momento exacto -y no las seis de la tarde del día anterior- en que llegué de veras a la ciudad de México, sin saber muy bien por qué, ni cómo, ni hasta cuándo. De eso hace ahora veintiún años y todavía no lo sé, pero aquí estamos. Como lo dije en una memorable ocasión reciente, aquí he escrito mis libros, aquí he criado a mis hijos, aquí he sembrado mis árboles.

He revivido este pasado -enrarecido por la nostalgia, es cierto- ahora que he vuelto a México como tantas y tantas veces, y por primera vez me he encontrado en una ciudad distinta. En el bosque de Chapultepec no quedan ni siquiera los enamorados de antaño, y nadie parece creer en el sol radiante de enero, porque en verdad es raro en estos tiempos. Nunca, desde nunca, había encontrado tanta incertidumbre en el corazón de los amigos. ¿Será posible?



# Las veinte horas de Graham Greene en La Habana

Gabriel García Márquez, 1983.

Graham Greene ha hecho en La Habana una escala de veinte horas, a la cual le han dado toda clase de interpretaciones los corresponsales locales de la Prensa extranjera. No era para menos: llegó en un avión ejecutivo del Gobierno de Nicaragua acompañado por José de Jesús Martínez, un poeta y profesor de matemáticas panameño que fue uno de los hombres más cercanos al general Omar Torrijos, y fueron recibidos en el aeropuerto por funcionarios del protocolo dentro de la mayor discreción, de modo que ningún periodista se enteró de esa visita sino después de que había terminado. Fueron conducidos a una casa de visitantes distinguidos reservada, en general, para los jefes de Estado de países amigos, y pusieron a su disposición un solemne Mercedes Benz negro de los que sólo se usaron durante la sexta reunión cumbre de los países no alineados, hace cuatro años. No lo necesitaban, en realidad, pues no salieron de la casa, donde los visitaron algunos viejos amigos cubanos, que se enteraron de la noticia porque el mismo escritor la hizo saber. El pintor René Portacerrero, que es su amigo desde los tiempos en que Graham Greene pasó por aquí para estudiar el ambiente de Nuestro hombre en La Habana, recibió el recado demasiado tarde y cuando llegó a la visita el escritor ya se había marchado por donde vino. Apenas si comió una vez en aquellas veinte horas, picando un poco de todo como un pajarito mojado, pero se tomó en la mesa una botella de buen vino tinto español y durante su estancia fugaz se consumieron en la casa seis botellas de whisky. Cuando se fue, nos dejó la rara impresión de que ni él mismo supo a qué vino, como sólo podría ocurrirle a uno de esos personajes de sus novelas, atormentados por la incertidumbre de Dios. Pasé por su casa dos horas después de la llegada, porque me hizo llamar por teléfono tan pronto como supo que estaba en la ciudad, y esto me produjo una muy grande alegría, no sólo por la antigua e inagotable admiración que le tengo como escritor y como ser humano, sino porque habían pasado muchos años desde la última vez en que nos vimos. Había sido - como él mismo lo recordaba- cuando ambos viajamos a Washington en la delegación panameña a la firma de, los tratados del canal. Algunos periódicos especularon entonces que la invitación había sido una maniobra de Torrijos para adornar su delegación con los nombres de dos escritores famosos que nada tenían que ver con aquella fiesta. En realidad, ambos habíamos tenido que ver con las negociaciones del tratado mucho más de lo que suponía la Prensa, pero no fue ni por aquello ni por esto por lo que el general Torrijos nos invitó a acompañarlo a Washington, sino porque no pudo resistir a la tentación de hacerle una burla cordial a su amigo el presidente Jimmy Carter. El caso es que a Graham Greene y a mí -como a tantos otros escritores y artistas de este mundo- se nos tiene prohibida la entrada a Estados Unidos desde hace muchos años por razones que ni los propios presidentes han podido explicar nunca, y el general Torrijos se había empeñado en resolvernos el problema. Les planteó el asunto a muchos de los funcionarios de alto rango que lo visitaron por aquellos tiempos, y por último lo llevó hasta el propio presidente Carter, quien le manifestó su sorpresa y prometió resolverlo a la mayor brevedad, pero se le acabó el tiempo de su poder antes de dar una respuesta. Cuando estaba integrando la

delegación para ir a Washington, a Torrijos se le ocurrió la idea de meternos de contrabando en Estados Unidos a Graham, Greene y a mí. Era una obsesión: poco antes, le había propuesto, a Greene que se disfrazara de coronel de la Guardia Nacional, fuera a Washington en misión especial ante el presidente Carter, sólo por hacerle a éste una de sus bromas habituales. Pero Graham Greene, que es más serio de lo que pudiera parecer por algunos de sus libros, no quiso prestar su cuerpo glorioso para un episodio que, sin duda, hubiera sido uno de los más divertidos para sus memorias. Sin embargo, cuando el general Torrijos nos propuso asistir a la ceremonia de los tratados con nuestras identidades propias pero con pasaportes oficiales panameños e integrados a la delegación de ese país, ambos aceptamos con un cierto regocijo infantil. De modo que llegamos juntos a la base militar Andrews. Ambos con pantalones de vaqueros y camisas de mezclilla en medio de una delegación de caribes vestidos de negro y aturdidos por el estampido de veintiún cañonazos de júbilo y las notas marciales del himno norteamericano, que parecían formar parte de la burla. Consciente de la carga literaria del momento, Graham Greene me dijo al oído cuando bajábamos por la escalerilla del avión: "Dios mío, qué cosas las que le suceden a Estados Unidos", el propio Carter no pudo menos que reír con sus dientes luminosos de anuncio de televisión cuando el general Torrijos le contó su travesura.

Al cabo de tantos años me encontré con un Graham. Greene rejuvenecido, cuya lucidez sigue siendo su virtud más sorprendente e inalterable. Hablamos, como siempre, un poco de todo. Pero lo que más me llamó la atención fue el sentido del humor con que evocaba los cuatro juicios que debe enfrentar esta semana en distintos tribunales de Francia, como consecuencia del folleto acusatorio que publicó contra la mafia de Niza. Para muchos conocedores de los bajos fondos de la Costa Azul, las revelaciones de Greene no decían nada nuevo. Pero los amigos del escritor temimos por su vida. Él no se inmutó, sino que siguió adelante con su denuncia. "Para morir de un cáncer en la próstata", dijo, "prefiero morir de un tiro en la cabeza". Yo dije entonces, no recuerdo dónde, que Graham Greene estaba jugando a la ruleta literaria, como jugó en su juventud con un Smith y Wesson calibre 32, según lo había contado en sus memorias. El recordó esta declaración mía durante la visita y la tomó como punto de partida para contarnos los pormenores de sus cuatro procesos judiciales.

Hacia la una de la madrugada pasó a visitarlo Fidel Castro. Se conocieron al principio de la revolución, muy al principio, cuando Graham Greene asistió a la filmación de Nuestro hombre en La Habana. Se volvieron a ver varias veces, en los viajes periódicos de Graham Greene pero, al parecer, no se habían visto en los dos últimos, porque esta vez, cuando se dieron la mano, Graham Greene dijo: "No nos veíamos desde hace dieciséis años", ambos me parecieron un poco intimidados y no les fue fácil empezar la conversación. Por eso le pregunté a Graham Greene qué había de cierto en el episodio de la ruleta rusa que él ha contado en sus memorias. Sus ojos azules, los más diáfanos que conozco, se iluminaron con los recuerdos. "Eso fue a los diecinueve años", dijo, "cuando me enamoré de la institutriz de mi hermana". Contó que, en efecto, había jugado entonces al juego solitario de la ruleta rusa con un viejo revólver de un hermano mayor, y en cuatro ocasiones diferentes. Entre las dos primeras hubo una semana de intervalo, pero las dos últimas fueron sucesivas y con pocos minutos de diferencia. Fidel Castro, que no podía pasar por alto un dato como ése sin agotar hasta las últimas precisiones, le preguntó para cuántos proyectiles era el tambor del

revólver. "Para seis", le contestó Graham. Greene. Entonces, Fidel Castro cerró los ojos y empezó a murmurar cifras de multiplicación. Por último, miró al escritor con una expresión de asombro y le dijo: "De acuerdo con el cálculo de las probabilidades, usted tendría que estar muerto". Graham Greene sonrió con la placidez con que lo hacen todos los escritores cuando se sienten viviendo un episodio de sus propios libros, y dijo: "Menos mal que siempre fui pésimo en matemáticas". Tal vez porque se hablaba de la muerte. Fidel Castro se fijó de pronto en el semblante juvenil y saludable del escritor, y le preguntó qué ejercicios hacía. Era una pregunta que no podía faltar, porque Fidel Castro considera la cultura física como una de las claves de la vida. Hace varias horas de ejercicios todos los días, con las mismas proporciones descomunales de todo lo que emprende, y les aconseja un régimen semejante a sus amigos. Sus condiciones físicas son excepcionales para un hombre de 56 años y a ellas atribuye su buena salud mental. Por eso se sorprendió tanto cuando Graham Greene le contestó que nunca había hecho ningún ejercicio en toda su vida, y, sin embargo, se sentía muy lúcido y sin ningún trastorno de salud a los 79 años. Además, reveló que no tenía ningún régimen de alimentación especial, que dormía entre siete y ocho horas diarias, cosa que también era sorprendente en un anciano de costumbres sedentarias, y además se bebía, a veces, hasta una botella de whisky al día y un litro de vino con cada comida, sin haber padecido nunca la servidumbre del alcoholismo.

Por un instante, Fidel Castro pareció poner en duda la eficacia de su régimen de salud. Pero muy pronto comprendió que Graham Greene era una excepción admirable, pero nada más que una excepción. Cuando nos despedimos, ya me estaba inquietando la certidumbre de que aquel encuentro, tarde o temprano, iba a ser evocado en el libro de memorias de alguno de nosotros tres, o quizá de los tres.

# Felipe

Gabriel García Márquez, 1983.

Estuve dos veces la semana pasada con Felipe González y Carmen, su esposa, en el hogar tranquilo que tienen dentro del palacio de la Moncloa. La casa es lo menos hogareño que uno se pueda imaginar, y más parece un escenario de teatro para una pieza de don Jacinto Benavente -a quien Dios tenga en su Santo Reino- que un lugar para vivir. Pero los González lo han logrado hasta ahora -y espero que por mucho tiempo-, y no tanto por el decorado como por el modo de ser, naturales, dentro del aire enrarecido del poder. Aun, para mí, que me considero, a mucha honra, como el ser humano más refractario a la formalidad, aquellas dos visitas largas y sosegadas fueron una lección inolvidable. Todavía no me acostumbro a la idea de que mis amigos lleguen a ser presidentes, ni he podido superar el prejuicio de que me impresionen las casas de gobierno. Estas últimas tienen un olor propio, una especie de hálito sobrenatural que tal vez sus habitantes sean los últimos en percibir, y que a mí me causan una incertidumbre que apenas si logro dominar. Por eso, aunque Felipe González y yo hemos entrado sin corbata a algunos lugares donde otros se sentirían inhibidos aun con el smoking, yo me sentí obligado a ponérmela, no tanto por un homenaje a aquellos santos lugares como para que no pareciera que estaba usurpando el derecho de ser informal donde esto no fuera de buena educación. Llegué con Mercedes y nuestro hijo menor en un mediodía radiante y dulce de este raro invierno de Madrid, y Felipe había salido con alguno de sus asesores a dar una vuelta por el parque apacible dentro del cual se encuentra el palacio de la Moncloa. Cuando lo vi venir por entre los árboles con un suéter azul de mangas largas, que le daba más bien un aire de universitario que de presidente, me sentí demasiado vestido para la ocasión. Menos mal que él llevaba también una corbata. La primera que le veía alrededor del cuello desde aquella noche fugaz de hace ocho años en que nos conocimos en un populoso cuarto de hotel en Bogotá.

Habíamos ido con Enrique Santos Calderón y Antonio Caballero a hacerle una entrevista para la revista alternativa que era la queja descarriada de la Prensa nacional, pero Felipe no se asustó de nuestra mala reputación política, sino que de alguna manera distinta, pero muy inteligente, terminó de acuerdo con nosotros sin necesidad de decirlo; la verdad, sin embargo, fue que de algún modo tanto él como nosotros comprendíamos que aquella entrevista no era más que un pretexto y quedamos de acuerdo en encontrarnos al día siguiente para conversar sin testigos ni magnetofones. Lo hicimos por iniciativa del propio Felipe, en un ambiente al mismo tiempo acogedor e insospechable: entre los estantes de una librería, donde los clientes, absortos, apenas si se apercibían de nuestra presencia. Me pareció que aquella trianera de estar casi invisible, pero sin necesidad de esconderse, era para Felipe un hábito cotidiano de la clandestinidad, en la cual había vivido tantos años en los malos tiempos de España. Sin embargo, donde en realidad nos hicimos amigos fue en otras épocas diferentes, en las distintas casas que tenía el general Omar Torrijos en Panamá. Uno llegaba casi sin anuncio previo a la antigua base militar de Farallón, donde reventaban sin tregua las olas indómitas del Pacífico, o llegaba al paraíso cautivo de la isla de Contadora, y se encontraba siempre con alguien que tenía algo que decir sobre el destino de

la América Latina, y en especial sobre la América Central, sobre todo tres personas que habían de ser claves en la batalla sorda y difícil por la recuperación del Canal de Panamá: Carlos Andrés Pérez, Alfonso López Michelsen y el propio Omar Torrijos. Entre ellos, el joven Felipe González, que andaba por los treinta y pocos años cuando ya los otros tres eran presidentes, parecía sólo un discípulo privilegiado que se movía en la cátedra con tanta versación y tanto interés como sus maestros. Su carrera hacia la victoria ha sido tan fulminante que todo esto parece ocurrido hace muchos años, con una distancia histórica que ya ofrece hasta una cierta perspectiva para el análisis. Tal vez ésa fue la razón por la cual, cuando vi a Felipe González con su suéter azul paseando por el parque de la Moncloa, me costó trabajo acostumbrarme a la idea de que nuestro amigo de vacaciones en Farallón y Contadora se había convertido en presidente del Gobierno en su país con apenas cuarenta años mal contados. En realidad, para mí seguía siendo uno más de los muchos sobrevivientes de aquel avión del general Torrijos en que todos andábamos por todos lados a toda hora. Por entre soles y tempestades, sin pensar tal vez que era un avión señalado por la muerte.

Como ocurrió en nuestra primera tarde en Bogotá, como ocurrió tantas veces en Panamá, en México y aun en las islas San Blas, a donde hicimos alguna vez un viaje de regreso por el tiempo, Felipe González y yo ocupamos las casi diez horas de las dos visitas hablando de América Latina. En mí no es raro, pues es una, y tal vez la más dominante, de mis tres obsesiones. Lo raro es que no lo sea tampoco en un hombre como Felipe González, que tiene tanto que hacer y tanto que pensar para gobernar como es debido un país tan difícil. "Es el más grande especialista que conozco en el tema de América Central", les dije a los periodistas españoles, que todo lo querían saber. No era una exageración. En realidad, no conozco a nadie que no sea latinoamericano y que se interese tanto por nuestra suerte, consciente tal vez de que, de algún modo, la suerte de España y la nuestra podrían ser complementarias. En la primera visita de una tarde de domingo completa me llamó la atención algo que es insólito en un presidente: durante cinco horas nadie lo hizo pasar al teléfono, ni se vio al eterno ayudante de siempre que le hiciera un papelito con un recado urgente. Todo el tiempo era para los amigos con quienes estaba, que es, para mi modo de ver las cosas, la mejor prueba del respeto a la amistad. En la segunda visita ocurrió algo todavía más significativo. Los González nos invitaron a ver una película en una sala improvisada de la Moncloa y cada siete minutos había una interrupción para cambiar el rollo en el proyector. Felipe y yo aprovechamos aquellos tres minutos de intermedio para seguir nuestro diálogo sobre América Latina. La muy grave situación en América Central, por supuesto, era un tema específico. Cuando salimos de allí a la una de la madrugada y con la certidumbre de que habíamos perdido el último avión de las Américas, yo iba impulsado por la idea real de que no sólo había aprendido mucho sobre quiénes somos y para dónde vamos los latinoamericanos y los españoles, sino también por la convicción de que nuestros caminos siguen estando cruzados, que muchos de sus trechos hay que hacerlos juntos, y que Felipe puede ser un hombre decisivo, no sólo para España, sino también para nuestro destino común. No pude pensar en otra cosa en las diez horas siguientes, mientras volaba a través de los cielos solitarios y estrellados de Cristóbal Colón, y tratando de escribir por primera vez a 10.000 pies de altura esta nota de mis tormentos semanales.

# 1 Entrevista

# Esperando el tifón

**Gabriel García Márquez en entrevista con Akira Kurosawa, 1990**

*“El texto que sigue es parte de dos conversaciones que el escritor Gabriel García Márquez sostuvo en Tokio con el director de cine japonés Akira Kurosawa, en octubre de 1990. Se habló de muy diversos temas en algo más de seis horas, y la conversación fue grabada por un amigo de ambos, por pura curiosidad. Uno de los temas fue la película que Kurosawa filmaba en ese momento, Rapsodia en agosto, que ha sido presentada en el Festival de Cannes con gran éxito de público y de crítica y con el disgusto de algunos periodistas de Estados Unidos, que la consideraron agresiva contra su país. El fragmento que se publica aquí es el que corresponde a esa parte de la conversación.” EL PAÍS*

Gabo: Usted está rodando su película número 30. ¿En qué punto se encuentra?

Akira: Sólo nos falta filmar un tifón que está anunciado desde ayer y todavía no llega. La semana pasada anunciaron otro, lo esperamos durante tres días, pero no llegó.

G. Ese puede ser un buen título: Esperando el tifón.

A. No; el título será Rapsodia en agosto. En todo caso, si este tifón tampoco llega, tendremos que filmar una tormenta simulada con grandes ventiladores y otros dispositivos truculentos.

G. Tal vez así será más real. Cuando vi Rashomón por primera vez, hace unos cuarenta años, me impresionó tanto la lluvia de la primera escena, que me dije: "Con este aguacero la película tiene que ser muy buena". ¿Era una lluvia real?

A. No. Era artificial.

G. Me lo imaginé hace pocos días, cuando vi su última película, Sueños, porque allí hay otro aguacero que también me impresionó, pero esta vez por el sonido. Cuando vi Rashomón no me di cuenta de que estaba dejándome seducir por la banda sonora.

A. El sonido de la lluvia es un elemento dramático importante.

G. No quiero que esta conversación de amigos parezca una entrevista de prensa, pero es que tengo una gran curiosidad de saber muchas cosas más de usted y su obra.

A. No se preocupe. Tengo suficiente tiempo mientras llega el tifón.

G. Me interesa saber ante todo cómo escribe sus guiones. Primero, porque yo mismo soy guionista. Y segundo, porque usted ha hecho estupendas adaptaciones de grandes obras literarias, y tengo muchas dudas sobre las adaptaciones que se han hecho o puedan hacerse de las mías.

Todavía en este momento hay 2.700 personas en el hospital de la Bomba Atómica esperando morir por las secuelas de la radiación después de 45 años de agonía. Es decir, la bomba atómica sigue matando japoneses

A. Cuando me surge alguna idea original que deseo convertir en guión me encierro en un hotel con papel y lápiz. Entonces tengo en la mente el argumento general, y sé más o menos como va a concluir. Cuando no sé con qué escena empezar, sigo el curso de las ideas que me surgen de manera natural.

G. ¿Lo primero que le viene a la mente es una idea o es una imagen?

A. No puedo explicarme bien, pero creo que todo empieza por varias imágenes dispersas. En cambio, sé que los guionistas aquí en Japón crean primero una visión global del guión, ordenándolo por escenas, y luego de sistematizar el argumento empiezan a escribirlo. Pero yo creo que ésa no es la forma correcta de hacerlo, pues no somos Dios.

### **Método intuitivo**

G. ¿El método ha sido tan intuitivo también cuando ha adaptado a Shakespeare o a Gorki o a Dostoievski?

A. Los directores que hacen las películas a medias tal vez no se dan cuenta de que es muy difícil transmitir al público imágenes literarias a través de imágenes de cine. Por ejemplo, adaptando una novela policiaca en la cual se encontraba un cadáver junto a la vía férrea, un director joven aseguró que cierto lugar coincidía plenamente con el del libro. "Estás equivocado", le dije. "Lo que pasa es que tú ya leíste la novela y sabes que junto a los rieles se encontró un cadáver. Pero para las personas que no la han leído es un lugar sin nada especial". Ese director joven estaba cautivado por el poder mágico de la literatura, sin darse cuenta de que las imágenes del cine hay que expresarlas de otro modo.

G. ¿Recuerda usted alguna imagen de la realidad que le parezca imposible de expresar en cine?

A. Sí. La de un pueblo minero que se llama Hidachi, donde yo fui asistente de dirección cuando era muy joven. El director aseguró al primer golpe de vista que el ambiente era magnífico y extraño, y por eso lo filmamos. Pero las imágenes sólo mostraron un pueblo común y corriente, pues le faltaba algo que nosotros sabíamos: que las condiciones del trabajo en Hidachi son muy peligrosas, y que las mujeres y los hijos de los mineros viven con el terror eterno de que les suceda algo. Cuando uno ve el paisaje del pueblo lo confunde con ese sentimiento, y le parece más extraño de lo que es. Pero la cámara no lo ve con los mismos ojos.

G. La verdad es que conozco muy pocos novelistas que hayan quedado satisfechos con la adaptación de sus libros al cine. ¿Qué experiencia ha tenido usted con sus adaptados?

A. Permítame antes una pregunta: ¿vio usted mi película Barba Roja?



G. La he visto seis veces en 20 años, y le hablé de ella a mis hijos casi todos los días hasta que pudieron verla. Así que no sólo es la película suya que más nos gusta a mí y a la familia, sino una de mis favoritas en toda la historia del cine.

A. Barba Roja constituye un punto de referencia en mi evolución. Todas mis películas anteriores a ella son distintas de las posteriores. Fue el fin de una etapa y el principio de una nueva.

G. Eso se nota. Más aún: dentro de la misma película hay dos escenas extremas en relación con la totalidad de su obra, y ambas son inolvidables: una es el hermoso episodio de la Mantis religiosa y la otra es el pleito a golpes de kárate en el patio del hospital.

A. Sí. Pero lo que quería contarle es que el autor de la novela, Shuguro Yamamoto, se opuso siempre a que sus novelas se hicieran en cine. Hizo una excepción con Barba Roja porque yo me empeñé con una terquedad encarnizada hasta que lo logré. Sin embargo, cuando acabó de ver la película se volvió a mirar me y me dijo: "Pues es más interesante que mi novela".

G. ¿Por qué le gustaría tanto?

A. Porque tenía una conciencia clara de las características propias del cine. Lo único que me solicitó fue tener mucho cuidado con la protagonista, una mujer totalmente fracasada, según él. Pero lo curioso es que la idea de mujer fracasada no estaba explícita en su novela.

G. Tal vez él creía que sí lo estaba. Es algo que nos suele ocurrir a los novelistas.

A. Así es. Inclusive viendo las películas basadas en sus libros, algunos escritores dicen: "Está bien reflejada esta parte de mi novela". Pero en realidad se refieren a algo que el director agregó. Yo entiendo que lo dicen porque tal vez ven bien expresado en la pantalla, por pura intuición del director, algo que ellos quisieron escribir y no supieron cómo.

### **Animales actores**

G. Ya se sabe: "Los poetas son mezcladores de venenos". Pero volviendo a su película actual: ¿lo más difícil de filmar será el tifón?

A. No. Lo más difícil ya fue trabajar con los animales. Serpientes nadadoras, hormigas que comían rosas. Las víboras domesticadas están muy acostumbradas a la gente, no huyen por instinto, y se comportan como anguilas. La solución fue capturar una gran víbora silvestre, que trataba de huir con todas sus fuerzas y de veras causaba pavor. De modo que hizo muy bien su papel. En cuanto a las hormigas, se trataba de que subieran en fila india por un rosal hasta alcanzar una rosa. Se resistieron largo rato, hasta que pusimos

una senda de miel en la rama, y las hormigas subieron. En realidad tuvimos muchas dificultades, pero valió la pena, porque aprendí mucho sobre ellas.

G. Sí; ya me di cuenta. ¿Pero qué clase de película es ésta que lo mismo tiene problemas de hormigas que de tifones? ¿Cuál es el argumento?

A. Es muy difícil resumirlo en unas cuantas palabras.

G. ¿Alguien mata a alguien?

A. No. Se trata simplemente de una anciana de Nagasaki, que sobrevivió a la bomba atómica, y cuyos nietos fueron a visitarla en el verano pasado. No he filmado escenas tremendistas, que resultarían insoportables y que, sin embargo, no explicarían por sí mismas el horror del drama. Lo que quisiera transmitir es el tipo de heridas que dejó la bomba atómica en el corazón de nuestra gente, y cómo se fueron cicatrizando. Yo recuerdo bien el día de la explosión, y todavía hoy no puedo creer que aquello haya ocurrido en la realidad de ese mundo. Pero lo más terrible es que los japoneses ya lo echaron al olvido.

G. Para el futuro del Japón, para la identidad de los japoneses, ¿qué significa esa amnesia histórica?

A. Los japoneses no lo hablan en forma explícita. En especial nuestros políticos callan por temor a los Estados Unidos. Tal vez se conformen con la explicación de Truman de que apeló a la bomba atómica sólo por apresurar el fin de la guerra mundial. Sin embargo, para nosotros la guerra continúa. Oficialmente se publicó que el número total de muertos en Hiroshima y Nagasaki fue de 230.000. Pero en realidad hubo más de medio millón. Y todavía en este momento hay 2.700 personas en el hospital de la Bomba Atómica esperando morir por las secuelas de la radiación después de 45 años de agonía. Es decir, la bomba atómica sigue matando japoneses.

### **Ciudad civil**

G. La explicación que parece más racional es que los Estados Unidos apresuraron el final con la bomba por el temor de que los soviéticos se tomaran al Japón primero que ellos.

A. Sí. Pero ¿por qué lo hicieron en una ciudad donde sólo había civiles que no tenían nada que ver con la guerra? Había concentraciones militares que realmente la estaban haciendo.

G. Tampoco la tiraron en el palacio Imperial, que debía ser un espacio muy vulnerable en el corazón de Tokio. Y me parece que todo eso se explica porque querían dejar intactos al poder político y al poder militar para hacer una negociación rápida sin tener que repartir el botín con sus aliados. Es una experiencia que ningún otro país tuvo en toda la historia de la humanidad. Ahora bien: si Japón se hubiera rendido sin la bomba atómica, ¿sería hoy el mismo Japón que es?

A. Es difícil saberlo. Las personas que sobrevivieron en Nagasaki no quieren recordar su experiencia porque la mayoría de ellos, para sobrevivir, tuvieron que abandonar a sus padres, a sus hijos, a sus hermanos. Todavía no pueden dejar de sentirse culpables. Luego, las fuerzas-estadounidenses que ocuparon el país durante seis años influyeron por muchos medios para acelerar el olvido, y el Gobierno japonés colaboró con ellos. Yo estaría

dispuesto, inclusive, a entender todo eso como parte de la inevitable tragedia generada por la guerra. Pero creo que, por lo menos, el país que tiró la bomba debe presentar disculpas al pueblo japonés. Mientras eso no suceda, este drama no habrá terminado.

G. ¿Hasta qué punto? ¿No se podría compensar la desgracia con una larga era de felicidad?

A. La bomba atómica constituyó el punto de partida de la guerra fría y de la carrera armamentista, y marcó el principio del proceso de creación y utilización de la energía nuclear. La felicidad no será nunca posible con ese origen.

G. Ya veo: la energía nuclear nació como una fuerza maldita, y una fuerza que nace maldita es un tema perfecto para Kurosawa. Pero a mí lo que me preocupa es que usted no está condenando a la energía nuclear por sí misma, sino por el mal uso que se le dio desde el principio. La electricidad sigue siendo buena, a pesar de la silla eléctrica.

A. No es lo mismo. Yo pienso que la energía nuclear está fuera de las posibilidades de control que puede establecer el ser humano. En el caso de que se cometiera un error en el manejo de la energía nuclear, el desastre inmediato sería inmenso, y la radiactividad permanecería por cientos de generaciones. En cambio, cuando está hirviendo el agua, basta con dejarla enfriar y ya no será peligrosa. Dejemos de usar elementos que siguen hirviendo por centenares de miles de años.

G. La fe que le tengo al ser humano se la debo en gran parte a las películas de Kurosawa. Pero también comprendo su posición por la terrible injusticia de que hayan usado la bomba atómica solamente contra los civiles, y porque norteamericanos y japoneses se hayan confabulado para que el Japón la olvide. Pero me parece igualmente injusto que la energía nuclear se considere maldita para siempre sin pensar que puede prestar un gran servicio civil a la humanidad. Hay en eso una confusión de sentimientos que se debe a la irritación que usted tiene porque sabe que el Japón ha olvidado, y porque los culpables, que son los Estados Unidos, no han terminado por reconocer su culpa y por darle al pueblo japonés las excusas debidas.

A. El ser humano será más humano cuando tenga conciencia de que hay aspectos de la realidad que no puede manejar. Creo que no tenemos derecho de generar niños sin ano ni caballos con ocho patas, como está ocurriendo en Chernobil. Pero ahora me parece que esta conversación se ha vuelto demasiado seria, y no era esa mi intención.

### **Un joven periodista**

G. Hemos hecho bien. Cuando los temas son tan serios como éste no hay más remedio que tratarlos en serio. ¿La película que está terminando arroja luces sobre su pensamiento en este asunto?

A. No en forma directa. Yo era un joven periodista cuando tiraron la bomba, y quería escribir artículos sobre lo que ocurrió, pero estuvo totalmente prohibido hasta que terminó la ocupación. Ahora, para hacer esta película, me puse a investigar y estudiar el tema, y sé

mucho más que entonces. Pero si hubiera expresado mi pensamiento directamente en la película, no habría podido exhibirse en el Japón actual, ni en ninguna parte.

G. ¿Usted cree que sería posible publicar la transcripción de este diálogo?

A. No tengo inconveniente. Al contrario. Es un tema sobre el que muchas personas en el mundo deben opinar sin restricciones de ninguna clase.

G. Muchas gracias. Al fin de cuentas, creo que si yo fuera japonés sería tan intransigente como usted en este tema. Y de todos modos lo comprendo. Ninguna guerra es buena para nadie.

A. Así es. Pero lo malo es que cuando empiezan los tiros, hasta Cristo y los ángeles se convierten en jefes del Estado Mayor.

# 1 Reportaje

REPORTAJE:

# La misión secreta de García Márquez

EL PREMIO NOBEL TRASLADÓ A WASHINGTON UN PLAN ANTITERRORISTA DE FIDEL CASTRO

A finales de marzo [1998], cuando confirmé a la Universidad de Princeton que iría a hacer un taller de literatura desde el 25 de abril, le pedí por teléfono a Bill Richardson que me gestionara una visita privada con el presidente Clinton para hablarle de la situación colombiana. Richardson me pidió que lo llamara una semana antes de mi viaje para darme una respuesta. Días después fui a La Habana en busca de algunos datos que me faltaban para escribir un artículo de prensa sobre la visita del Papa, y en mis conversaciones con Fidel Castro le mencioné la posibilidad de entrevistarme con el presidente Clinton. De allí surgió la idea de que Fidel le mandara un mensaje confidencial sobre un siniestro plan terrorista que Cuba acababa de descubrir, y que podía afectar no sólo a ambos países, sino a muchos otros. Él mismo decidió que no fuera una carta personal suya, para no poner a Clinton en el compromiso de contestarle, y prefirió una síntesis escrita de nuestra conversación sobre el complot y sobre otros temas de interés común. Al margen del texto, me sugirió dos preguntas no escritas que yo podría plantear a Clinton si las circunstancias fueran propicias.

Aquella noche tomé conciencia de que mi viaje a Washington había sufrido un giro imprevisto e importante, y no podía seguir tratándolo como una simple visita personal. Así que no sólo le confirmé a Richardson la fecha de mi llegada, sino que le anuncié por teléfono que llevaba un mensaje urgente para el presidente Clinton. Por respeto al sigilo acordado, no le dije por teléfono de quién era -aunque él debió de suponerlo- ni le dejé sentir que la demora de la entrega podía ser causa de grandes catástrofes y muertes de inocentes. Su respuesta no llegó durante mi semana en Princeton, y esto me hizo pensar que también la Casa Blanca estaba valorando el hecho de que el motivo de mi primera solicitud había cambiado. Llegué inclusive a pensar que la audiencia no sería acordada.

## Sospecha maligna

Tan pronto como llegué a Washington el viernes primero de mayo, un asistente de Richardson me informó por teléfono que el presidente no podía recibirme porque estaría en California hasta el miércoles 6, y yo tenía previsto viajar a México un día antes. Me proponían, en cambio, que me reuniera con el director del Consejo Nacional de Seguridad de la Presidencia, Sam Berger, quien podía recibir el mensaje en nombre del presidente.

Mi sospecha maligna fue que se estaban interponiendo condiciones para que el mensaje llegara a los servicios de seguridad, pero no a las manos del presidente. Berger había estado presente en una audiencia que me concedió Clinton en la Despacho Oval de la Casa Blanca,

en septiembre de 1997, y sus escasas intervenciones sobre la situación de Cuba no fueron contrarias a las del presidente, pero tampoco puedo decir que las compartiera sin reservas. Así que no me sentí autorizado para aceptar por mi cuenta y riesgo la alternativa de que Berger me recibiera en vez del presidente, sobre todo tratándose de un mensaje tan delicado, y que además no era mío. Mi opinión personal era que sólo debía entregarse a Clinton en mano.

Lo único que se me ocurrió por lo pronto fue informar a la oficina de Richardson de que si el cambio de interlocutor se debía sólo a la ausencia del presidente, yo podía prolongar mi estancia en Washington hasta que él regresara. Me contestaron que se lo harían saber. Poco después encontré en mi hotel una nota telefónica del embajador James Dobbins, director para Asuntos Interamericanos del Consejo de Seguridad Nacional (NSC), pero me parecía mejor no darla por recibida mientras se tramitaba mi propuesta de esperar el regreso del presidente.

No tenía prisa. Había escrito más de veinte páginas servibles de mis memorias en el campus idílico de Princeton, y el ritmo no había decaído en la alcoba impersonal del hotel de Washington, donde llegué a escribir hasta diez horas diarias. Sin embargo, aunque no me lo confesara, la verdadera razón del encierro era la custodia del mensaje guardado en la caja de seguridad. En el aeropuerto de México había perdido un abrigo por estar pendiente al mismo tiempo de la computadora portátil, el maletín donde llevaba los borradores y los disquetes del libro en curso, y el original sin copia del mensaje. La sola idea de perderlo me causó un escalofrío de pánico, no tanto por la pérdida misma como por lo fácil que habría sido identificar su origen y su destino. De modo que me dediqué a cuidarlo mientras escribía, comía y recibía visitas en el cuarto del hotel, cuya caja de seguridad no me merecía ninguna confianza, porque no se cerraba por combinación, sino con una llave que parecía comprada en la ferretería de la esquina. La llevé siempre en el bolsillo, y después de cada salida inevitable comprobaba que el papel seguía en su lugar y en el sobre sellado. Lo había leído tanto, que casi lo había aprendido de memoria para sentirme más seguro si tuviera que sustentar alguno de los temas en el momento de entregarlo.

Siempre di por hecho además que mis conversaciones telefónicas de aquellos días -como las de mis interlocutores- estaban intervenidas. Pero me mantuvo tranquilo la conciencia de estar en una misión irreprochable, que convenía tanto a Cuba como a los Estados Unidos. Mi otro problema serio era que no tenía con quién ventilar mis dudas sin violar la reserva. El representante diplomático de Cuba en Washington, Fernando Ramírez, se puso por entero a mi servicio para mantener abiertos los canales con La Habana. Pero las comunicaciones confidenciales son tan lentas y azarosas desde Washington -y en especial para un caso de tanto cuidado-, que las nuestras sólo se resolvieron con un emisario especial. La respuesta fue una amable solicitud de que esperara en Washington cuanto fuera necesario para cumplir la diligencia, tal como yo lo había resuelto, y me encarecieron que fuera muy cuidadoso para que Sam Berger no se sintiera desairado por no aceptarlo como interlocutor. El remate sonriente del mensaje no necesitaba firma para saber de quién era: "Deseamos que escribas mucho".

Por una casualidad afortunada, el ex presidente César Gaviria había organizado para la noche del lunes una cena privada con Thomas Mack McLarty, quien acababa de renunciar a

su cargo de consejero del presidente Clinton para América Latina, pero continuaba siendo su amigo más antiguo y cercano. Nos habíamos conocido el año anterior, y la familia Gaviria planeó la cena desde entonces con una finalidad doble: conversar con McLarty sobre la indescifrable situación de Colombia y complacer a su esposa en sus deseos de aclarar conmigo algunas inquietudes que tenía sobre mis libros.

La ocasión parecía providencial. Gaviria es un gran amigo, un consejero inteligente, original e informado como nadie de la realidad de América Latina, y un observador alerta y comprensivo de la realidad cubana. Llegué a su casa una hora antes de la acordada, y sin tiempo de consultarlo con nadie me tomé la libertad de revelarle lo esencial de mi misión para que me diera nuevas luces.

Gaviria me dio la verdadera medida del problema y me puso sus piezas en orden. Me enseñó que las precauciones de los asesores de Clinton eran apenas normales, por los riesgos políticos y de seguridad que implica para un presidente de los Estados Unidos recibir en sus manos y por un conducto irregular una información tan delicada. No tuvo que explicármelo, pues recordé al instante un precedente ejemplar: en nuestra cena de Marta's Vineyard, durante la crisis por la emigración masiva de 1994, el presidente Clinton me autorizó para que le hablara de ése y de otros temas calientes de Cuba, pero antes me advirtió que él no podía decir ni una palabra. Nunca olvidaré la concentración con que me escuchó, y los esfuerzos titánicos que debió hacer para no replicarme en algunos temas explosivos.

Gaviria me alertó también en el sentido de que Berger es un funcionario eficiente y serio que debía tomarse muy en cuenta en las relaciones con el presidente. Me hizo ver además que el solo hecho de comisionarlo para atenderme era una deferencia especial de alto nivel, pues solicitudes privadas como la mía solían dar vueltas durante años por las oficinas periféricas de la Casa Blanca, o se las transferían a funcionarios menores de la CIA o del Departamento de Estado. Gaviria, en todo caso, parecía seguro de que el texto entregado a Berger llegaría a manos del presidente, y eso era lo esencial. Por último, como yo lo soñaba, me anunció que al final de la cena me dejaría a solas con McLarty para que me abriera el camino directo con el presidente.

### **Una noche grata y fructífera**

La noche fue grata y fructífera, solo con nosotros y la familia Gaviria. McLarty es un hombre del sur, como Clinton, y ambos son de un trato tan fácil e inmediato como el de la gente del Caribe. En la cena se rompieron los hielos desde el principio, sobre todo en relación con la política de los Estados Unidos para América Latina, y en especial con el narcotráfico y los procesos de paz. Mack estaba tan informado que conocía hasta las minucias de la entrevista que me concedió el presidente Clinton en septiembre pasado, en la cual se trató a fondo el derribo de las avionetas en Cuba, y se mencionó la idea de que el Papa fuera mediador de los Estados Unidos durante su visita a Cuba.

La posición general de McLarty en las relaciones con Colombia -y por la cual parece dispuesto a trabajar- es que las políticas de los Estados Unidos requieren un cambio radical. Nos dijo que el Gobierno estaba dispuesto a hacer contacto con cualquier presidente que



fuera elegido para ayudar a fondo en la paz. Pero ni él, ni otros funcionarios con que hablé más tarde, tienen claro cuáles serían los cambios. El diálogo fue tan franco y fluido, que cuando Gaviria y su familia nos dejaron solos en el comedor, McLarty y yo parecíamos viejos amigos.

Sin ninguna reticencia le revelé el contenido del mensaje para su presidente y no disimulé su sobresalto por el plan terrorista, aun sin conocer los detalles atroces. No estaba informado de mi solicitud de ver al presidente, pero prometió hablar con él tan pronto como éste regresara de California. Animado por la facilidad del diálogo, me atreví a proponerle que me acompañara en la entrevista con el presidente, y ojalá sin ningún otro funcionario, para que pudiéramos hablar sin reservas. La única pregunta que me hizo sobre eso -y nunca supe por qué- fue si Richardson conocía el contenido del mensaje, y le contesté que no. Entonces dio la charla por terminada con la promesa de que hablaría con el presidente.

### **La cita final**

El martes temprano informé a La Habana por el conducto ya habitual sobre los puntos básicos de la cena, y me permití una pregunta oportuna: si el presidente decidía al final no recibirme y le encomendaba la tarea a McLarty y a Berger, ¿a cuál de los dos debía entregarle el mensaje? La respuesta pareció inclinarse a favor de McLarty, pero con el cuidado de no desairar a Berger.

Aquel día almorcé en el restaurante Provence con la señora McLarty, pues nuestra conversación literaria no había sido posible durante la cena de Gaviria. Sin embargo, las preguntas que ella llevaba anotadas se agotaron pronto, y sólo quedó su curiosidad por Cuba. Le aclaré todas las que pude y creo que quedó más tranquila. A los postres, sin que se lo pidiera, llamó por teléfono a su esposo desde la mesa, y éste me hizo saber que aún no había visto al presidente pero esperaba darme alguna noticia en el curso del día.

Antes de dos horas, en efecto, un asistente suyo me informó a través de la oficina de César Gaviria que el encuentro sería mañana en la Casa Blanca, con McLarty y tres altos funcionarios del Consejo Nacional de Seguridad. Pensé que si uno de ellos hubiera sido Sam Berger lo habrían dicho con su nombre, y ahora mi sentimiento fue el contrario: me alarmó que no estuviera. ¿Hasta qué punto pudo haber sido por un descuido mío en alguna llamada intervenida? Ahora no importaba: puesto que McLarty había arreglado el asunto con el presidente, éste debía estar ya al corriente del mensaje. Así que mi decisión de no esperar más fue inmediata e inconsulta: acudiría a la cita para entregar el mensaje a McLarty. Tan seguro estaba, que reservé lugar en un vuelo directo para México a las cinco y media de la tarde del día siguiente. En esas estaba cuando recibí de La Habana la respuesta a mi última consulta con la autorización más comprometedora que me han dado en la vida: "Confiamos en tu talento".

La cita fue a las 11.15 del miércoles 6 de mayo en las oficinas de McLarty en la Casa Blanca. Me recibieron los tres funcionarios anunciados del Consejo de Seguridad Nacional (NSC): Richard Clarke, director principal de asuntos multilaterales y asesor del presidente en todos los temas de política internacional, y especialmente en la lucha contra el terrorismo y los narcóticos; James Dobbins, director principal de NSC para asuntos

interamericanos con rango de embajador, y asesor del presidente para América Latina y el Caribe, y Jeff Delaurentis, director de asuntos interamericanos del NSC y asesor especializado en el tema de Cuba. En ningún momento surgió una coyuntura para preguntar por qué no estaba Berger. Los tres funcionarios fueron de trato amable y una gran corrección profesional.

No llevaba notas personales, pero conocía el mensaje al dedillo, y en la agenda electrónica había anotado lo único que temía olvidar: las dos preguntas fuera de texto. Mack estaba terminando una junta en otra oficina. Mientras llegaba, Dobbins me dio una visión panorámica más bien pesimista de la situación de Colombia. Sus datos eran los mismos de McLarty en la cena del lunes, pero los manejaba con más familiaridad. Yo le había dicho a Clinton el año anterior que la política antidroga de los Estados Unidos era un agravante funesto de la violencia histórica de Colombia. Por eso me llamó la atención que este grupo de NSC -sin referirse a mi frase, por supuesto- parecía de acuerdo en que debía cambiarse. Fueron muy cuidadosos en no dar juicios sobre el Gobierno ni los candidatos actuales, pero no dejaron dudas de que la situación les parecía catastrófica y de futuro incierto. No me alegré por los propósitos de enmienda, pues varios observadores de nuestra política en Washington me los habían comentado con alarma. "Ahora que quieren ayudar de verdad son más peligrosos que nunca", me dijo uno de ellos, "porque quieren meterse en todo".

McLarty, con un traje cortado sobre medida y sus buenas maneras, entró con la premura de alguien que hubiera interrumpido un asunto capital para ocuparse de nosotros. Sin embargo, impuso a la reunión un tono reposado, útil y de buen humor. Desde la noche de la cena me agradó que hablara mirando siempre a los ojos. Así fue en la reunión. Después de un abrazo cálido se sentó frente a mí, apoyó las manos en sus rodillas, y abrió la charla con una frase de cajón tan bien dicha que pareció verdad: "Estamos a su disposición".

Quise establecer de entrada que iba a hablar por derecho propio sin más méritos ni mandato que mi condición de escritor, y en especial sobre un caso tan abrasivo y comprometedor como Cuba. De modo que empecé con una precisión que no me pareció superflua para las grabadoras ocultas: "Ésta no es una visita oficial".

Todos aprobaron con la cabeza y su solemnidad imprevista me sorprendió. Entonces conté de un modo simple y en un estilo de narración doméstica, cuándo, cómo y por qué había sido la conversación con Fidel Castro que dio origen a las notas informales que debía entregar al presidente Clinton. Se las di a McLarty en el sobre cerrado, y le pedí el favor de que las leyera para poder comentarlas. Era la traducción inglesa de siete temas numerados en seis cuartillas a doble espacio: complot terrorista, complacencia relativa por las medidas anunciadas el 20 de marzo para reanudar vuelos a Cuba desde los Estados Unidos, viaje de Richardson a La Habana en enero de 1998, rechazo argumentado de Cuba a la ayuda humanitaria, reconocimiento por el informe favorable del Pentágono sobre la situación militar de Cuba -era un informe en que se afirmaba que Cuba no representaba ningún peligro para la seguridad de Estados Unidos, lo añado yo-, beneplácito por la solución de la crisis de Irak y gratitud por los comentarios que hizo Clinton ante Mandela y Kofi Annan en relación con Cuba.

McLarty no lo leyó para todos en voz alta como yo esperaba, y como sin duda habría hecho si lo hubiera conocido de antemano. Lo leyó sólo para él, al parecer con el método de lectura rápida que puso de moda el presidente Kennedy, pero los cambios de las emociones se reflejaban en su rostro como destellos en el agua. Yo lo había leído tantas veces que casi pude deducir a qué puntos del documento correspondía cada uno de sus cambios de ánimo.

El primer punto, sobre el complot terrorista, le arrancó un gruñido: "Es terrible". Más adelante reprimió una risa traviesa, y exclamó sin interrumpir la lectura: "Tenemos enemigos comunes". Creo que lo dijo a propósito del punto cuarto, donde se describe la conspiración de un grupo de senadores para sabotear la aprobación de los proyectos Torres-Rangel y Dodd, y se agradecen los esfuerzos de Clinton para salvarlo.

### **Todos impresionados**

Al terminar la lectura, le pasó el papel a Dobbins, y éste a Clarke, quienes lo leyeron mientras Mack exaltaba la personalidad de Mortimer Zuckerman, dueño de la revista US News and World Report, que había viajado a La Habana en febrero pasado. Hizo el comentario por una mención que acababa de leer en el punto sexto del documento, pero no contestó la pregunta implícita de si Zuckerman había informado a Clinton de las dos conversaciones de doce horas que sostuvo con Fidel Castro.

El punto que ocupó casi todo el tiempo útil después de la lectura fue el del plan terrorista que impresionó a todos. Les conté que había volado a México después de conocerlo en La Habana y tuve que sobreponerme al terror de que estallara la bomba. El momento me pareció oportuno para colocar la primera pregunta personal que me había sugerido Fidel: ¿No sería posible que el FBI hiciera contacto con sus homólogos cubanos para una lucha común contra el terrorismo? Antes de que reaccionaran, les agregué una línea de mi cosecha: "Estoy seguro de que encontrarían una respuesta positiva y pronta por parte de las autoridades cubanas".

Me sorprendieron la inmediatez y la energía de la reacción de los cuatro. Clarke, que parecía ser el más cercano al tema, dijo que la idea era muy buena, pero me advirtió que el FBI no se ocupaba de asuntos que fueran publicados en los periódicos mientras estuvieran en investigación. ¿Estarían los cubanos dispuestos a mantener el caso en secreto? Ansioso por colocar la segunda pregunta le di una respuesta para distender el ambiente: "Nada les gusta más a los cubanos que guardar un secreto".

A falta de un motivo apropiado para la segunda pregunta, la resolví como una afirmación mía: la colaboración en materia de seguridad podría abrir paso a un clima propicio para que se autorizaran de nuevo los viajes de norteamericanos a Cuba. La astucia salió mal, porque Dobbins se confundió, y dijo que eso quedaría resuelto cuando se implantaran las medidas anunciadas el 20 de marzo.

Aclarado el equívoco, hablé de la presión a que me encuentro sometido por los muchos norteamericanos de toda clase que me buscan para que los ayude a hacer en Cuba contactos de negocios o de placer. Entre ellos mencioné a Donald Newhouse, editor de varias publicaciones periódicas y presidente de la Associated Press (AP), quien me ofreció una

cena estupenda en su mansión campestre de New Jersey al terminar mi taller en la Universidad de Princeton. Su sueño actual es ir a Cuba para tratar con Fidel en persona la instalación de una oficina permanente de la AP en La Habana, semejante a la que tiene la CNN.

No puedo asegurarlo, pero me parece que en la animada conversación de la Casa Blanca quedó claro que no tenían, o no conocen o no quisieron revelar ningún propósito inmediato de reanudar los viajes de norteamericanos a Cuba. Lo que sí debo destacar es que en ningún momento se habló de reformas democráticas, ni de elecciones libres o derechos humanos, ni de ninguno de los latiguillos políticos con que los norteamericanos pretenden condicionar cualquier proyecto de colaboración con Cuba. Al contrario, mi apreciación más nítida de este viaje es la certidumbre de que la reconciliación está empezando a decantarse como algo irreversible en el inconsciente colectivo.

Clarke nos llamó al orden cuando la conversación empezó a derivar, y me precisó -tal vez como un mensaje- que ellos darían los pasos inmediatos para un plan conjunto de Cuba y los Estados Unidos contra el terrorismo. Al final de una larga anotación en su libreta, Dobbins concluyó que se comunicarían con su embajada en Cuba para encaminar el proyecto. Yo hice un comentario irónico sobre el rango que le daba a la Oficina de Intereses en La Habana, y Dobbins me replicó con buen humor: "Lo que tenemos allá no es una embajada pero es mucho más grande que una embajada". Todos rieron no sin cierta malicia de complicidad. No se discutieron más puntos, pues en verdad no era del caso, pero confío en que los hayan analizado después entre ellos.

La reunión, contado el retraso de Mack, duró cincuenta minutos. Mack la dio por terminada con una frase ritual: "Sé que usted tiene una agenda muy apretada antes de volver a México y también nosotros tenemos muchas cosas por delante". Enseguida hizo un párrafo breve y ceñido que pareció una respuesta formal a nuestra gestión. Sería temerario intentar una cita literal, pero el sentido y el tono de sus palabras era expresar su gratitud por la gran importancia del mensaje, digno de toda la atención de su Gobierno, y del cual se ocuparían de urgencia. Y a manera de final feliz, mirándome a los ojos, me coronó con un laurel personal: "Su misión era en efecto de la mayor importancia, y usted la ha cumplido muy bien". Ni el pudor que me sobra ni la modestia que no tengo me han permitido abandonar esa frase a la gloria efímera de los micrófonos ocultos en los floreros.

### **Esfuerzos que valen la pena**

Salí de la Casa Blanca con la impresión cierta de que el esfuerzo y las incertidumbres de los días pasados habían valido la pena. La contrariedad de no haber entregado el mensaje al presidente en su propia mano me parecía compensada por lo que fue un cónclave más informal y operativo cuyos buenos resultados no se harían esperar. Además, conociendo las afinidades de Clinton y Mack, y la índole de su amistad desde la escuela primaria, estaba seguro de que el documento llegaría tarde o temprano a las manos del presidente en el ámbito cómplice de una sobremesa. Al término de la reunión, también la Presidencia de la República se hizo presente con un gesto gallardo: a la salida de la oficina, un ujier me entregó un sobre con las fotos de mi visita anterior tomadas seis meses antes en el Despacho Oval. De modo que mi única frustración en el camino del hotel era no haber

descubierto y gozado hasta entonces el milagro de los cerezos en flor de aquella primavera espléndida.

Apenas tuve tiempo de hacer la maleta y alcanzar el avión de las cinco de la tarde. El que me había llevado de México catorce días antes tuvo que regresar a su base con una turbina averiada, y esperamos cuatro horas en el aeropuerto hasta que hubo otro avión disponible. El que tomé de regreso a México, después de la reunión en la Casa Blanca, se retrasó en Washington una hora y media mientras reparaban el radar con los pasajeros a bordo. Antes de aterrizar en México, cinco horas después, por causa de una pista fuera de servicio. Desde que empecé a volar hace cincuenta y dos años, nunca me había sucedido nada semejante. Pero no podía ser de otro modo, para una aventura pacífica que ha de tener un sitio de privilegio en mis memorias.

## 3 Discursos

# La soledad de América Latina

The Nobel Foundation.

*Discurso pronunciado por Gabriel García Márquez al recibir el premio Nobel de Literatura. Gabo dedicó veinte millones de pesetas del premio a la creación de un periódico en Colombia.*

Antonio Pigafetta, un navegante florentino que acompañó a Magallanes en el primer viaje alrededor del mundo, escribió a su paso por nuestra América meridional una crónica rigurosa que sin embargo parece una aventura de la imaginación. Contó que había visto cerdos con el ombligo en el lomo, y unos pájaros sin patas cuyas hembras empollaban en las espaldas del macho y otros como alcatraces sin lengua cuyos picos parecían una cuchara. Contó que había visto un engendro animal con cabeza y orejas de mula, cuerpo de camello, patas de ciervo y relincho de caballo. Contó que al primer nativo que encontraron en la Patagonia le pusieron enfrente un espejo, y que aquel gigante enardecido perdió el uso de la razón por el pavor de su propia imagen. Este libro breve y fascinante, en el cual ya se vislumbran los gérmenes de nuestras novelas de hoy, no es ni mucho menos el testimonio más asombroso de nuestra realidad de aquellos tiempos. Los Cronistas de Indias nos legaron otros incontables. Eldorado, nuestro país ilusorio tan codiciado, figuró en mapas numerosos durante largos años, cambiando de lugar y de forma según la fantasía de los cartógrafos. En busca de la fuente de la eterna juventud, el mítico Alvar Núñez Cabeza de Vaca exploró durante ocho años el norte de México, en una expedición venática cuyos miembros se comieron unos a otros, y sólo llegaron cinco de los seiscientos que la emprendieron. Uno de los tantos misterios que nunca fueron descifrados, es el de las 11.000 mulas cargadas con cien libras de oro cada una, que un día salieron del Cuzco para pagar el rescate de Atahualpa y nunca llegaron a su destino. Más tarde, durante la colonia, se vendían en Cartagena de Indias unas gallinas criadas en tierras de aluvión, en cuyas mollejas se encontraban piedrecitas de oro. Este delirio áureo de nuestros fundadores nos persiguió hasta hace poco tiempo. Apenas en el siglo pasado la misión alemana encargada de estudiar la construcción de un ferrocarril interoceánico en el istmo de Panamá, concluyó que el proyecto era viable con la condición de que los rieles no se hicieran de hierro, que era un metal escaso en la región, sino que se hicieran de oro.

La independencia del dominio español no nos puso a salvo de la demencia. El general Antonio López de Santana, que fue tres veces dictador de México, hizo enterrar con funerales magníficos la pierna derecha que había perdido en la llamada Guerra de los Pasteles. El general Gabriel García Morena gobernó al Ecuador durante dieciséis años como un monarca absoluto, y su cadáver fue velado con su uniforme de gala y su coraza de condecoraciones sentado en la silla presidencial. El general Maximiliano Hernández Martínez, el déspota de Teósofo de El Salvador que hizo exterminar en una matanza bárbara a 30.000 campesinos, había inventado un péndulo para averiguar si los alimentos estaban envenenados, e hizo cubrir con papel rojo el alumbrado público para combatir una epidemia de escarlatina. El monumento al general Francisco Morazan, erigido en la plaza

mayor de Tegucigalpa, es en realidad una estatua del mariscal Ney comprada en París en un depósito de esculturas usadas.

Hace once años, uno de los poetas insignes de nuestro tiempo, el chileno Pablo Neruda, iluminó este ámbito con su palabra. En las buenas conciencias de Europa, y a veces también en las malas, han irrumpido desde entonces con más ímpetus que nunca las noticias fantasmales de la América Latina, esa patria inmensa de hombres alucinados y mujeres históricas, cuya parquedad sin fin se confunde con la leyenda. No hemos tenido un instante de sosiego. Un presidente prometeico atrincherado en su palacio en llamas murió peleando solo contra todo un ejército, y dos desastres aéreos sospechosos y nunca esclarecidos segaron la vida de otro de corazón generoso, y la de un militar demócrata que había restaurado la dignidad de, su pueblo. Ha habido cinco guerras y diecisiete golpes de Estado, y surgió un dictador luciferino que en el nombre de Dios lleva a cabo el primer etnocidio de América Latina en nuestro tiempo. Mientras tanto, veinte millones de niños latinoamericanos morían antes de cumplir dos años, que son más (de cuantos han nacido en Europa desde 1970. Los desaparecidos por motivos de la represión son casi 120.000, que es como si hoy no se supiera dónde están todos los habitantes de la ciudad de Upsala. Numerosas mujeres arrestadas encinta dieron a luz en cárceles argentinas, pero aún se ignora el paradero y la identidad de sus hijos, que fueron dados en adopción clandestina o internados en orfanatos por las autoridades militares. Por no querer que las cosas siguieran así han muerto 200.000 mujeres y hombres en todo el Continente, y más de 100.000 perecieron en tres pequeños y voluntariosos países de la América central: Nicaragua, El Salvador y Guatemala. Si esto fuera en los Estados Unidos, la cifra proporcional sería de 1.600.000 muertes violentas en cuatro años.

De Chile, país de tradiciones hospitalarias, ha huido un millón de personas: el 10% de su población. Uruguay, una nación minúscula de 2.500.000 habitantes, que se consideraba como el país más civilizado del Continente, ha perdido en el destierro a uno de cada cinco ciudadanos. La guerra civil en El Salvador ha causado desde 1979 casi un refugiado cada veinte minutos. El país que se pudiera hacer con todos los exiliados y emigrados forzosos de América Latina, tendría una población más numerosa que Noruega.

Me atrevo a pensar que es esta realidad descomunal, y no sólo su expresión literaria, la que este año ha merecido la atención de la Academia Sueca de las Letras. Una realidad que no es la del papel, sino que vive con nosotros y determina cada instante de nuestras incontables muertes cotidianas, y que sustenta un manantial de creación insaciable, pleno de desdicha y de belleza, del cual este colombiano errante y nostálgico no es más que una cifra más señalada por la suerte. Poetas y mendigos, músicos y profetas, guerreros y malandrines, todas las criaturas de aquella realidad desafortada hemos tenido que pedirle muy poco a la imaginación, porque el desafío mayor para nosotros ha sido la insuficiencia de los recursos convencionales para hacer creíble nuestra vida. Este es, amigos, el nudo de nuestra soledad.

Pues si estas dificultades nos entorpecen a nosotros, que somos de su esencia, no es difícil entender que los talentos racionales de este lado del mundo, extasiados en la contemplación de sus propias culturas, se hayan quedado sin un método válido para interpretarnos. Es comprensible que insistan en medirnos con la misma vara con que se miden a sí mismos, sin recordar que los estragos de la vida no son iguales para todos, y que la búsqueda de la



identidad propia es tan ardua y sangrienta para nosotros como lo fue para ellos. La interpretación de nuestra realidad con esquemas ajenos sólo contribuye a hacernos cada vez más desconocidos, cada vez menos libres, cada vez más solitarios. Tal vez la Europa venerable sería más comprensiva si tratara de vernos en su propio pasado. Si recordara que Londres necesitó trescientos años para construirse su propia muralla y otros trescientos para tener un obispo, que Roma se debatió en las tinieblas de la incertidumbre durante veinte siglos antes de que un rey etrusco la implantara en la historia, y que aún en el siglo XVI los pacíficos suizos de hoy, que nos deleitan con sus quesos mansos y sus relojes impávidos, ensangrentaron a Europa como soldados de fortuna. Aún en el apogeo del Renacimiento, 12.000 lansquenets a sueldo de los ejércitos imperiales saquearon y devastaron a Roma y pasaron a cuchillo a 8.000 de sus habitantes.

No pretendo encarnar las ilusiones de Tonio Kröger, cuyos sueños de unión entre un norte casto y un sur apasionado exaltaba Thomas Mann hace 53 años en este lugar. Pero creo que los europeos de espíritu clarificador, los que luchan también aquí por un patria grande más humana y más justa, podrían ayudarnos lejos si revisaran a fondo su manera de vernos. La solidaridad con nuestros sueños no nos hará sentir menos solos, mientras no se concrete con actos de respaldo legítimo a los pueblos que asuman la ilusión de tener una vida propia en el reparto del mundo.

América Latina no quiere ni tiene por qué ser un alfil sin albedrío, ni tiene nada de quimérico que sus designios de independencia y originalidad se conviertan en una aspiración occidental. No obstante, los progresos de la navegación, que han reducido tantas distancias entre nuestras américas y Europa, parecen haber aumentado en cambio nuestra distancia cultural. ¿Por qué la originalidad que se nos admite sin reservas en la literatura se nos niega con toda clase de suspicacias en nuestras tentativas tan difíciles de cambio social? ¿Por qué pensar que la justicia social que los europeos de avanzada tratan de imponer en sus países no puede ser también un objetivo latinoamericano con métodos distintos en condiciones diferentes? No: la violencia y el dolor desmesurados de nuestra historia son el resultado de injusticias seculares y amargas sin cuento, y no una confabulación urdida a 3.000 leguas de nuestra casa. Pero muchos dirigentes y pensadores europeos lo han creído, con el infantilismo de los abuelos que olvidaron las locuras fructíferas de su juventud, como si no fuera posible otro destino que vivir a merced de los dos grandes dueños del mundo. Este es, amigos, el tamaño de nuestra soledad.

Sin embargo, frente a la opresión, el saqueo y el abandono, nuestra respuesta es la vida. Ni los diluvios ni las pestes, ni las hambrunas ni los cataclismos, ni siquiera las guerras eternas a través de los siglos y los siglos han conseguido reducir la ventaja tenaz de la vida sobre la muerte. Una ventaja que aumenta y se acelera: cada año hay 74 millones más de nacimientos que de defunciones, una cantidad de vivos nuevos como aumentar siete veces cada año la población de Nueva York. La mayoría de ellos nacen en los países con menos recursos, y entre éstos, por supuesto, los de América Latina. En cambio, los países más prósperos han logrado acumular suficiente poder de destrucción como para aniquilar cien veces no sólo a todos los seres humanos que han existido hasta hoy, sino la totalidad de los seres vivos que han pasado por este planeta de infortunios.

Un día como el de hoy, mi maestro William Faulkner dijo en este lugar: "Me niego a admitir el fin del hombre". No me sentiría digno de ocupar este sitio que fue suyo si no tuviera la conciencia plena de que, por primera vez desde los orígenes de la humanidad, el desastre colosal que él se negaba a admitir hace 32 años, es ahora nada más que una simple posibilidad científica. Ante esta realidad sobrecogedora que a través de todo el tiempo humano debió de parecer una utopía, los inventores de fábulas, que todo lo creemos, nos sentimos con el derecho de creer que todavía no es demasiado tarde para emprender la creación de la utopía contraria. Una nueva y arrasadora utopía de la vida, donde nadie pueda decidir por otros hasta la forma de morir, donde de veras sea cierto el amor y sea posible la felicidad, y donde las estirpes condenadas a cien años de soledad tengan por fin y para siempre una segunda oportunidad sobre la Tierra.

# Así escribí 'Cien años de soledad'

*Extracto del discurso de Gabriel García Márquez leído ayer en Cartagena de Indias.*

Ni en el más delirante de mis sueños en los días en que escribía Cien años de soledad llegue a imaginar en asistir a este acto para sustentar la edición de un millón de ejemplares. Pensar que un millón de personas pudieran leer algo escrito en la soledad de mi cuarto con 28 letras del alfabeto y dos dedos como todo arsenal parecería a todas luces una locura, hoy las academias de la lengua lo hacen con un gesto hacia una novela que ha pasado ante los ojos de cincuenta veces un millón de lectores y ante un artesano insomne como yo, que no sale de la sorpresa por todo lo que le ha sucedido. Pero no se trata de un reconocimiento a un escritor.

Este milagro es la demostración irrefutable de que hay una cantidad enorme de personas dispuestas a leer historia en lengua castellana y, por lo tanto, un millón de ejemplares de Cien años de soledad no son un millón de homenajes a un escritor que hoy recibe sonrojado el primer libro de este tiraje descomunal. Es la demostración de que hay lectores en lengua castellana hambrientos de este alimento. No sé a qué horas sucedió todo; sólo sé que desde que tenía 17 años y hasta la mañana de hoy, no he hecho cosa distinta que levantarme todo los días temprano y sentarme ante un teclado para llenar una página en blanco o una pantalla de computador con la única misión de escribir una historia aún no contada por nadie que le haga más feliz la vida a un lector inexistente. En mi rutina de escribir nada ha cambiado desde entonces. [...]

Los lectores de Cien años de soledad son hoy una comunidad que si se uniera en una misma tierra sería uno de los 20 países más poblados del mundo. No se trata de una afirmación pretenciosa. Quiero apenas mostrar que hay una gigantesca cantidad de personas que han demostrado con su hábito de lectura que tienen un alma abierta para ser llenada con mensajes en castellano. El desafío es para todos los escritores, poetas, narradores para alimentar esa sed y multiplicar esa muchedumbre razón de ser de nosotros mismos.

A mis 38 años y ya con cuatro libros publicados desde mis 20 años, me senté en mi máquina de escribir y empecé: "Muchos años después, frente al pelotón de fusilamiento, el coronel Aureliano Buendía había de recordar aquella tarde remota en que su padre lo llevó a conocer el hielo". No tenía la menor idea del significado ni del origen de esa frase ni hacia dónde debía conducirme. Lo que hoy sé es que no dejé de escribir durante 18 meses hasta que terminé el libro. [...] Esperanza Araiza, la inolvidable Pera, era una mecanógrafa de poetas y cineastas que había pasado en limpio grandes obras de escritores mexicanos [...]. Cuando le propuse que me sacara en limpio la obra, la novela era un borrador acribillado a remiendos [...]. Pocos años después Pera me confesó que, cuando llevaba a su casa la última versión corregida por mí, resbaló al bajarse del autobús con un aguacero diluvial y las cuartillas quedaron flotando en el cenegal de la calle. Las recogió empapadas y casi ilegibles con la ayuda de otros pasajeros y las secó en su casa hoja por hoja con una plancha de ropa.

Y otro libro mejor sería cómo sobrevivimos Mercedes y yo con nuestros dos hijos durante ese tiempo en que no gané ni un centavo. Ni siquiera sé cómo hizo Mercedes durante esos meses para que no faltara ni un día la comida en la casa.

Después de los alivios efímeros con ciertas cosas menudas, hubo que apelar a las joyas que Mercedes había recibido de sus familiares a través de los años. El experto las examinó con rigor de cirujano, pasó y pasó con sus ojos mágicos las esmeraldas del collar, los rubíes de las sortijas [...]. Y al final volvió con una larga verónica de novillero: "Todo esto es puro vidrio" [...].

Por fin, a principios de agosto de 1966, Mercedes y yo fuimos la oficina de correos de México para enviar a Buenos Aires la versión terminada de Cien años de soledad, un paquete de 590 cuartillas escritas a máquina a doble espacio y en papel ordinario dirigidas a Francisco Porrúa, director literario de la editorial Suramericana. El empleado del correo puso el paquete en la balanza, hizo sus cálculos mentales y dijo: "Son 82 pesos". Mercedes contó los billetes y las monedas sueltas que le quedaban en la cartera y se enfrentó a la realidad: "Sólo tenemos 53". Abrimos el paquete, lo dividimos en dos partes iguales y mandamos una a Buenos Aires sin preguntar siquiera cómo íbamos a conseguir el dinero para mandar el resto. Sólo después caímos en la cuenta de que no habíamos mandado la primera sino la última parte. Pero antes de que consiguiéramos el dinero para enviarla, Paco Porrúa, nuestro hombre en la editorial Suramericana, ansioso de leer la primera parte, nos anticipó dinero para que pudiéramos enviarlo. Así es como volvimos a nacer en nuestra vida de hoy.

# ¿Todo cuento es un cuento chino?

*“Este artículo de Gabriel García Márquez, premio Nobel de Literatura en 1982, fue leído por él en Los Ángeles, el pasado 7 de octubre, en la 52ª Asamblea General de la Sociedad Interamericana de Prensa. García Márquez se ha preocupado desde siempre por la calidad del periodismo; como consecuencia de ello creó, hace tres años, la Fundación para el Nuevo Periodismo Iberoamericano; en este mismo periodo ha dirigido tres talleres de reporterismo y redacción en la Escuela de Periodismo UAM/EL PAÍS. Actualmente prepara tres novelas de amor, tras Noticia de un secuestro.” El País.*

Escribir una novela es pegar ladrillos. Escribir un cuento es vaciar en concreto. No sé de quién es esa frase certera. La he escuchado y repetido desde hace tanto tiempo sin que nadie la reclame, que a lo mejor termine creyendo que es mía. Hay otra comparación que es pariente pobre de la anterior: el cuento es una flecha en el centro del blanco y la novela es cazar conejos. En todo caso esta pregunta del lector ofrece una buena ocasión para dar vueltas una vez más, como siempre, sobre las diferencias de dos géneros literarios distintos y sin embargo confundibles. Una razón de eso puede ser el despiste de atribuirle las diferencias a la longitud del texto, con distinciones de géneros entre cuento corto y cuento largo. La diferencia es válida entre un cuento y otro, pero no entre cuento y novela. El cuento más corto que conozco es del guatemalteco Augusto Monterroso, reciente premio Príncipe de Asturias. Dice así: "Cuando despertó, el dinosaurio todavía estaba allí".

Nada más. Hay otro de Las Mil y una Noches, cuyo texto no tengo a la mano, y que me produce retortijones de envidia. Es el cuento de un pescador que le pide prestado un plomo para su red a la mujer de otro pescador, con la promesa de regalarle a cambio el primer pescado que saque, y cuando ella lo recibe y lo abre para freírlo le encuentra en el estómago un diamante del tamaño de una almendra.

Más que el cuento mismo alucinante por su sencillez, éste me interesa ahora porque plantea otro de los misterios del género: si la que presta el plomo no fuera una mujer sino otro hombre, el cuento perdería su encanto: no existiría. ¿Por qué? ¡Quién sabe! Un misterio más de un género misterioso por excelencia.

Las Novelas Ejemplares de Cervantes son de veras ejemplares, pero algunas no son novelas. En cambio Joseph Conrad escribió Los Duelistas, un cuento también ejemplar con más de ciento veinte páginas, que suele confundirse con una novela por su longitud. El director Ridley Scott lo convirtió en una película excelente sin alterar su identidad de cuento. Lo tonto a estas alturas sería preguntarnos si a Conrad le habría importado un pito que lo confundieran.

La intensidad y la unidad interna son esenciales en un cuento y no tanto en la novela, que por fortuna tiene otros recursos para convencer. Por lo mismo, cuando uno acaba de leer un

cuento puede imaginarse lo que se le ocurra del antes y el después, y todo eso seguirá siendo parte de la materia y la magia de lo que leyó. La novela, en cambio, debe llevar todo dentro. Podría decirse, sin tirar la toalla, que la diferencia en última instancia podría ser tan subjetiva como tantas bellezas de la vida real.

Buenos ejemplos de cuentos compactos e intensos son dos joyas del género: La Pata de Mono, de W.W. Jacobs, y El Hombre en la Calle, de Georges Simenon. El cuento policiaco, en su mundo aparte, sobrevive sin ser invitado porque la mayoría de sus adictos se interesan más en la trama que en el misterio. Salvo en el muy antiguo y nunca superado Edipo Rey, de Sófocles, un drama griego que tiene la unidad y la tensión de un cuento, en el cual el detective descubre que él mismo es el asesino de su padre.

El cuento parece ser el género natural de la humanidad por su incorporación espontánea a la vida cotidiana. Tal vez lo inventó sin saberlo el primer hombre de las cavernas que salió a cazar una tarde y no regresó hasta el día siguiente con la excusa de haber librado un combate a muerte con una fiera enloquecida por el hambre. En cambio, lo que hizo su mujer cuando se dio cuenta de que el heroísmo de su hombre no era más que un cuento chino pudo ser la primera y quizás la novela más larga del siglo de piedra.

No sé qué decir sobre la suposición de que el cuento sea una pausa de refresco entre dos novelas, pero podría ser una especulación teórica que nada tiene que ver con mis experiencias de escritor. Tanteando en las tinieblas me atrevería a pensar que no son pocos los escritores que han intentado los dos géneros al mismo tiempo y no muchas veces con la misma fortuna en ambos. Es el caso de William Somerset Maugham, cuyas obras -como las de Hemingway- son más conocidas por el cine. Entre sus cuentos numerosos no se puede olvidar P & O -siglas de la compañía de navegación Pacific and Orient- que es el drama terrible y patético de un rico colono inglés que muere de un hipo implacable en mitad del océano Índico.

Ernest Hemingway es un caso similar. Tan conocido por el cine como por sus libros, podría quedarse en la historia de la literatura sólo por algunos cuentos magistrales. Estudiando su vida se piensa que su vocación y su talento verdaderos fueron para el cuento corto. Los mejores, para mi gusto, no son los más apreciados ni los más largos. Al contrario, dos de ellos son de los más cortos -Un canario para regalo y Un gato bajo la lluvia-, y el tercero, largo y consagratorio, La breve vida feliz de Francis Macomber.

Sobre la otra suposición de que el cuento puede ser un género de práctica para emprender una novela, confieso que lo hice y no me fue mal para aprender a escribir El Otoño del Patriarca. Tenía la mente atascada en la fórmula tradicional de Cien Años de Soledad, en la que había trabajado sin levantar cabeza durante dos años. Todo lo que trataba de escribir me salía igual y no lograba evolucionar para un libro distinto. Sin embargo, el mundo del dictador eterno, resuelto y escrito con el estilo juicioso de los libros anteriores, habrían sido no menos de dos mil páginas de rollos indigestos e inútiles. Así que decidí buscar a cualquier riesgo una prosa comprimida que me sacara de la trampa académica para invitar al lector a una aventura nueva.

Creí haber encontrado la solución a través de una serie de apuntes e ideas de cuentos aplazados, que sometí sin el menor pudor a toda clase de arbitrariedades formales hasta encontrar la que buscaba para el nuevo libro. Son cuentos experimentales que trabajé más de un año y se publicaron después con vida propia en el libro de La Cándida Eréndira: Blacamán el bueno vendedor de milagros, El último viaje del buque fantasma, que es una sola frase sin más puntuación que las mínimas comas para respirar, y otros que no pasaron el examen y duermen el sueño de los justos en el cajón de la basura. Así encontré el embrión de El Otoño, que es una ensalada rusa de experimentos copiados de otros escritores malos o buenos del siglo pasado. Frases que habrían exigido decenas de páginas están resueltas en dos o tres para decir lo mismo, saltando matones, mediante la violación consciente de los códigos parsimoniosos y la gramática dictatorial de las academias.

El libro, de salida, fue un desastre comercial. Muchos lectores fieles de Cien Años se sintieron defraudados y pretendían que el librero les devolviera la plata. Para colmo de peras en el olmo la edición española se desbarataba en las manos por un defecto de fábrica, y un amigo me consoló con un buen chiste: "Leí el otoño hoja por hoja". Muchos persistieron en la lectura, otros la lograron a medias y con el tiempo quedaron suficientes cautivos para que no me diera pena seguir en el oficio. Hoy es mi libro más escudriñado en universidades de diversos países, y las nuevas generaciones pueden leerlo como si fuera el crepúsculo de un Tarzán de doscientos años. Si alguien protesta y lo tira por la ventana es porque no le gusta pero no porque no lo entienda. Y a veces, por fortuna, no ha faltado alguien que lo recoja del suelo.